*Leyendas y cuentos populares*

# La noche del samurái

## *Cuentos populares japoneses*



Lectulandia

Cuentan que una vez, en el lejano Japón, vivió un joven samurái llamado Yoshinari. Era valiente y de noble carácter y tenía una especial facilidad para contar historias maravillosas. Al emperador le gustaba mucho escuchar los cuentos de Yoshinari antes de dormirse, así que, el samurái era llamado a palacio para que le entretuvieran con sus relatos. Pero ocurrió que una noche, el emperador, preocupado por las cuestiones de Estado, no podía dormir y pidió a Yoshinari que le contara más historias que de costumbre, y el samurái le refirió, uno tras otro, todos los cuentos que, siendo niño, le contara su abuelo, quien los había escuchado de su padre, que a su vez los había oído de boca de su anciano bisabuelo. Yoshinari terminó sus relatos al alba, cuando el sol asomaba ya tímidamente por detrás de las montañas. Aquélla había sido una noche larga, muy larga; pero la Noche del Samurái, como luego fue llamada, quedó para siempre grabada en la memoria del pueblo nipón.

Lectulandia

Anónimo

# La noche del samurái

**ePub r1.0**
**Titivillus** 29.04.2018

Anónimo, 2005
Traducción: Elena del Amo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN CONMEMORATIVA

5.º ANIVERSARIO

"Más libros, más libres"




epublibre

*El sol sale por Oriente. Esto es obvio, y sobre esta obviedad ha cabalgado una metáfora que subraya la evidente emigración de los grandes temas tratados en los cuentos de tradición oral desde Asia hasta Occidente. Pero Japón, aunque reciba cada día con una sonrisa de islas desplegadas, y antes que ningún otro país de vieja cultura, los primeros rayos de la estrella fuente de la vida, no ha gozado siempre de la condición de orientalidad que en él grabó la estricta geografía. Durante muchos siglos, para indios y chinos, habitantes de las naciones-continentes origen de todo o casi todo —ellas sí el verdadero Oriente—, el archipiélago nipón estaba poblado por bárbaros. La luz de la cultura viajó esta vez en dirección contraria, y lentamente, apoyándose a menudo en ese puente inconcluso tendido hacia el Pacífico, que es la península de Corea, iluminó la tierra y los arrozales, tos bosques y las montañas, los pueblos y las ciudades, los templos, los lagos y las bahías extendidas bajo la serena e inmutable perfección telúrica del Fuji-Yama.*

*Las primeras alforjas culturales que marcharon en la dirección en que crecen las sombras de la tarde, contenían, sin duda en algún oculto rincón, cuentos de tradición oral. Por lo demás, los cuentos populares, como las aves, no conocen fronteras. Nacidos de un hecho casual especialmente conmovedor, o del propósito de prestar apoyo literario a la fantasía para servir de enseñanza, los cuentos muestran todavía muy jóvenes su carácter migrador. Pero, contrariamente a las grullas y los ánades que visitan las islas cada año para luego acudir a la llamada de los fríos vientos de la tundra y la taiga, los cuentos venidos de fuera anidaron en Japón. Y mientras andaban los senderos —las sendas de Oku cantadas por el poeta Bassoy todas las otras, hasta las más retiradas— en boca de las gentes, se fueron transformando poco a poco hasta aparecer ante el pueblo, como una mariposa blanca sale de la prisión de seda que abrigó su metamorfosis, y el pueblo los quiso más entonces, porque nadie escapa a la norma general de amar en mayor medida el aroma de las flores cultivadas en el propio jardín.*

*Los lenguajes y las religiones son exportados y adoptados por colectivos humanos, pero asimismo cambiados conforme a las idiosincrasias receptoras. ¿Acaso podría ocurrir algo distinto con los cuentos de tradición oral, los que van de boca en boca? También las especies agrícolas se modifican al adaptarse a nuevas comarcas.*

*Pues bien, sólo en el país del sintoísmo, esa religión autóctona y oficial del Japón que conoce 800 miríadas de* kami *(seres superiores, dioses), se pudo gestar la historia del misero Goei, el trapero, que acabará conociendo al dios de los pobres.*

*El peculiar optimismo del Sinto tiñe también las páginas que describen las peripecias del monje bondadoso y su campanilla de plata y las del comerciante Hansaemón. Pero en el primero de estos relatos se percibe nítidamente la presencia de la «no-acción» propuesta por el chino Lao-Tse, creador del taoísmo, y el segundo destila el humor socarrón apreciado por los campesinos del mundo entero.*

*Todo está enlazado, dijo una vez un hombre sabio y analfabeto, como la sangre que une a una familia. (O como los hilos de la tela maravillosa tejida por la muchacha-grulla, esposa de Kotaro).*

*Así es, y en el cuento El anciano que hacía florecer los árboles encontraremos la corroboración de este aserto en forma de hermosa parábola sobre la transmigración.*

*Como alguien que visita un huerto poblado de cerezos y fija su atención en la distinta estructura de los ramajes, indicadora de su individualidad, antes que en la propia condición específica de los frutales, hemos mencionado algunos aspectos de cuatro de los cuentos contenidos en este volumen, pero quizá convenga antes de seguir, resaltar las características comunes a la totalidad de ellos.*

*¿Cuáles son éstas?*

*Contagiados de ese espíritu tan oriental que aborrece las definiciones y responde a las preguntas con anécdotas, empezaremos por explicar qué características no poseen estos cuentos hablando de Ariwara no Naribira, autor de una serie de 209 poemas breves unidos y complementados por párrafos en prosa. En ellos aparecen diversas aventuras galantes presentadas en un estilo elegante y correcto. Naribira, que vivió en el siglo* IX*, era un aristócrata, y su obra, conocida como* Cuentos de Ise*, es una muestra de exquisitez cortesana. Todo es allí bello, pero también artificioso. Pues bien, los cuentos populares aquí presentados, muchos de los cuales existían ya antes de nacer Naribira, son la antítesis de los de Ise, y lo son precisamente por su condición de populares. Es como comparar un jardín japonés, meticulosamente medido y cuidado, con la boscosa naturaleza intocada de la ladera de una montaña.*

*En las narraciones de este libro destaca ante todo la sencillez, la simplicidad, que inevitablemente nos hace pensar en el Zen, forma japonesa de una secta budista llevada al archipiélago por el monje Eisai en el siglo* XII*. Y el Zen creó una estética peculiar que busca tas raíces de la belleza, deseada como favorecedora de la meditación, en la pureza y simplicidad de las líneas. Aunque quizá deberíamos pensar más bien en que la forma de ser que inspiró estos cuentos, engendró asimismo los presupuestos del Zen.*

*Los protagonistas de estos relatos son campesinos, leñadores, monjes, pescadores, huérfanos… Algunos son comerciantes, uno es médico y otro samurái, pero pobre. Ninguno acabará contrayendo un matrimonio real, como tan a menudo ocurre en los cuentos europeos. Mejorarán su suerte, sí, pero dentro de un orden.*

*Sencillez, pues, pero también sentido de la medida, del equilibrio, tan magistralmente expresado en otras manifestaciones artísticas niponas.*

*Otras notas destacables son: amor a los animales, alta valoración de la sabiduría —ambas de neto sabor oriental— y asimismo —esto quizá extrañe— una considerable desconfianza o temor ante la naturaleza, tal vez explicable por dos razones: la primera, histórica, por la notable antigüedad a que deben de remontarse algunas narraciones, un tiempo en que aún estaba fresco el recuerdo del bosque como morada de peligros para los hombres; la segunda, social, por la condición de los creadores de las historias, rastreable a través de la elección de los protagonistas: campesinos habitantes de una naturaleza humanizada, desconfiados ante lo salvaje, y comerciantes, es decir, ciudadanos que ven en el campo el dominio de todas las incomodidades.*

*Esta inquietud ante la naturaleza no domeñada se plasma en la creación —a falta de grandes predadores o seres realmente peligrosos— de un monstruo fantástico y dañino, Yamamba, y en la atribución de cualidades temibles a un animal tan inofensivo en realidad como es el tejón.*

*En cualquier caso, sobre la base de estas características comunes se edifica ta diferenciada arquitectura que, enlazando con los mitos universales presentes en este tipo de narraciones, eleva la fantasía desbordada de Urashima (Urashima Taro, un clásico), la entrega y capacidad de sacrificio de Komatchi (La grulla blanca), uno de los cuentos japoneses más bellos y más editados, la bondad de Micbico (Michiko y su gata) y de Honako (El árbol agradecido), el sentido de la amistad de 7 okubei (Aventuras del dependiente Tokubei), la generosidad del médico anónimo (La envidia), la indiscreción de Minochiki (La mujer de nieve), el valor del leñador (La bruja de la nariz de hierro), del comerciante Kakiemón (Los nueve monjes) y del samurái Yoshinari (La noche del Samurái).*

*Los héroes de estos cuentos son sencillos, pero también valerosos. Por eso se enfrentarán no ya a felinos, osos, lobos o serpientes, sino a la envidia, la ambición y la maldad de madrastras, vecinos y antihéroes mezquinos en general. Ellos también, como nosotros —y esto es tal vez lo que en último término tratan de transmitirnos las más antiguas recopilaciones de cuentos, desde el Panchatantra—, encuentran la consecución de su felicidad personal obstaculizada no por la naturaleza, sino por los vicios y defectos morales de otros humanos, que nunca faltan. Y no faltan nunca en los otros porque también están en nosotros. De ahí la importancia de armarse de coraje para oponerse a la acción perversa de esos antagonistas que son a la vez protagonistas, ellos y nosotros.*

*Como el samurái que da nombre a este volumen, debemos arrostrar las noches repletas de fantasmas y ensoñaciones perturbadoras con valor, serenidad e inteligencia. Y no olvidar que a las tinieblas seguirá la luz, y el sol, una vez más, saldrá por Oriente.*



# La bruja de la nariz de hierro

HABÍA una vez un leñador viudo que tenía muchísimos hijos, tantos como los agujeros de una criba. Era tan pobre, tan pobre, que no tenía con qué alimentarles. Sentía una gran congoja cuando pensaba que sus queridos hijos morirían de hambre si no encontraba rápidamente una solución a su miseria. Pasaba las noches en vela meditando en la forma de poner fin al hambre que les acuciaba.

Una mañana se levantó muy temprano, cogió el hacha y se fue al bosque. Estaba absolutamente decidido a no volver a casa hasta haber encontrado alimento suficiente para todos.

Pronto la desesperación se apoderó de él. Los árboles, inmóviles y silenciosos, no podían escuchar su lamento y tendría que volver, una vez más, con las manos vacías.

Vagó mucho tiempo por el bosque sin saber qué hacer, cabizbajo y pensativo. Después, cansado, se sentó junto a un arroyo. De repente, algo llamó su atención. Alzó la vista y a lo lejos distinguió una débil luz entre el follaje.

¿Qué podía ser? Conocía el bosque perfectamente y jamás había visto nada semejante. Hacia allí se dirigió, lleno de curiosidad.

En un claro, había una casita de madera con el tejado morado, rodeada por un precioso jardín cuajado de flores. Se acercó, miró por todas partes pero no vio a nadie y, como la puerta estaba abierta, entró. Lo primero que descubrió fue una mesa abarrotada de deliciosos manjares y excelentes vinos, aunque ni rastro de seres humanos. Durante unos instantes, miró la mesa con asombro, pero, como tenía mucha hambre, se sentó y comió hasta hartarse.

Luego sacó la pipa del bolsillo, la cargó, la encendió y se puso a fumar diciendo para sí:

—Rápidamente voy a emprender el camino de vuelta a casa para llevar a mis hijos estos ricos manjares. Seguro que están impacientes por mi tardanza.

Pero en el momento en que se disponía a poner en práctica su proyecto, los manjares, el pan y el vino desaparecieron y un horrible gato negro surgió sentado en el centro de la mesa.

El leñador se quedó paralizado sin poder dar crédito a sus ojos. Cuando, después de un rato, logró reaccionar, exclamó en voz alta:

—¡Esto es cosa de brujería! Tengo la impresión de haber caído en una guarida de diablos.

Entonces oyó una voz tras él que dijo:

—Lo has adivinado.

Se volvió y ante él había una vieja espantosamente fea y cuya nariz de hierro era tan larga que se clavaba en el suelo y lo hacía retumbar cada vez que lo tocaba. La bruja le miraba fijamente, con la misma mirada inmóvil y huraña del gato negro.

—Soy la madre del rey de los diablos —dijo—. Mi hijo está a punto de llegar y te llevará al infierno.



Presa de terror, el pobre hombre se arrodilló delante de ella.

—Perdóname la vida, suplicó.

—Imposible. Has entrado en mi casa, has comido mi comida y tengo que castigarte.

—¿Qué va a ser de mis hijos? Las pobres criaturitas morirán de hambre.

La vieja siguió mirándole fijamente y se sumió en profunda reflexión. Al fin dijo:

—¿Así que tienes muchos hijos?

—Muchos, sí.

—Está bien. Te perdonaré la vida si te casas conmigo. Te prometo que seré una segunda madre para tus hijos. No dejaré que les falte nada.

Al oír aquellas palabras, el pobre hombre se quedó de una pieza. ¿Cómo iba a casarse con una bruja que tenía la nariz de hierro? Por otra parte, si no aceptaba, le mataría y su hijo, el rey de los diablos, le llevaría al infierno. ¿Qué sería entonces de sus pobres hijos si no volvía a casa nunca más?

Como no había otra solución, consintió en que la bruja le acompañara.

Empezaron los preparativos para el viaje. Cogieron dos sacos; uno lo llenaron de pan, de vino y de carne, el otro de oro y plata y se pusieron en marcha.

Al llegar a lo más intrincado del bosque, se detuvieron a descansar un poco y a comer un bocado. La vieja bruja estaba muy contenta porque había encontrado un marido. Reía a carcajadas y de cuando en cuando guiñaba un ojo al pobre y atemorizado leñador. La bruja comió con asombroso apetito y, tras beberse varios tragos de vino, se durmió.

Había que aprovechar la ocasión.

El pobre hombre esperó, conteniendo la respiración, hasta estar seguro de que la bruja dormía profundamente y, sin hacer ruido, se levantó y se acercó a ella. Entonces cogió el hacha y le cortó la nariz. Y como toda la tuerza de la vieja estaba en su nariz, se quedó allí tendida, sin poderse mover.

¿Qué iba a pasar ahora? La bruja se había quedado sin su larguísima nariz de hierro y, al parecer, ya no había peligro, pero antes de expirar, lanzó un último grito que retumbó en todo el bosque.

Los pájaros, asustados, emprendieron el vuelo, y los animales la huida. Luego se hizo el silencio.

Entonces el pobre hombre cogió los dos sacos y echó a correr lo más deprisa que sus piernas le permitieron. Corrió y corrió sin detenerse, en dirección a su casa.

Pero el rey de los diablos había oído el grito de su madre y acudió en su auxilio. Cuando llegó junto a ella y la vio muerta, enloqueció de furia y se puso a perseguir al leñador. Avanzaba muy deprisa y en seguida le divisó a lo lejos. Furibundo, le gritó:

—¡Leñador! ¡Leñador! ¡Mira detrás de ti!

El pobre hombre oyó aquella voz que parecía venir de ultratumba y que sonaba como el trueno en el silencio del bosque, pero no se detuvo, ni miró hacia atrás y siguió corriendo a toda velocidad. Todavía le faltaba un buen trecho para llegar a su

casa y cada vez oía más cerca el jadeo del diablo, pero no desfalleció.

Pronto divisó entre los árboles el tejado de su casa. Pensó detenerse a tomar aliento, pero sabía que el peligro aún no había pasado. Las zancadas del diablo eran enormes.

Ya había llegado el leñador a la puerta cuando el diablo le alcanzó, se le pegó como una lapa y le gritó:

—¡Ya te tengo, malvado! Morirás de una muerte terrible.

Atraídos por los gritos, acudieron los niños y, creyendo que su padre les había traído al diablo para que se lo comieran, armaron gran alboroto. Se pusieron a gritar todos a la vez:

—¡Padre! ¡Padre! ¡Qué alegría! —decía uno.

—¡El diablo, para mí! —decía otro.

—¡No, para mí!

—¡Tengo mucha hambre!

—¡Y yo también!

—Pues el diablo para todos —concluyó el hermano mayor sensatamente.

Al ver tantas bocas hambrientas, el diablo emprendió la fuga y no volvió jamás.

El leñador entregó a sus hijos el saco de comida y, gracias al otro, lleno de oro, no volvió a preocuparse por el porvenir y todos vivieron felices durante mucho, muchísimo tiempo.



# El tejón Densaburo

VIVÍA una vez en la lejana isla de Sado un tejón llamado Densaburo. Todos los animales de la isla le tenían en mucha estima, pues no solamente era hábil y majestuoso, sino también muy sabio. Podía incluso transformarse en lo que quería, y en este aspecto era inigualable. Densaburo vivía dichoso en la isla; le complacía que nadie en Sado pudiera igualarle; pero con el tiempo aquella vida empezó a aburrirle, y un día se dijo: «Soy conocido y nadie en nuestra isla puede competir conmigo, pero es muy posible que exista alguien en alguna parte de nuestro reino que obtenga todavía más éxito que yo en algunas cosas. Aún soy joven y no sería nada desdeñable poder aprender más».

Entonces decidió irse por el mundo. Y aunque no lograra aprender nada nuevo, al menos descubriría cómo vivía la gente en otros lugares. No hubo distancia de la resolución al hecho, y de este modo todos vieron a nuestro querido tejón viajar a través del reino. Naturalmente, oyó cosas muy interesantes, pero durante mucho tiempo buscó en vano un maestro del que hablara el mundo entero.

Un día, cuando atravesaba un espeso bosque y se estaba preguntando precisamente que camino iba a elegir, encontró a un zorro. Éste le saludó cortésmente y, como una palabra llama a otra, al final el zorro preguntó al tejón el motivo de su viaje.

—Soy el tejón Densaburo, de la isla de Sado, y busco sin una meta concreta, a través del reino, ampliar mis conocimientos.

—¡Oh, es usted el señor Densaburo, el famoso tejón de la isla de Sado! —exclamó el zorro encantado—. He oído hablar mucho de usted —y le hizo una profunda reverencia.

Entonces el tejón, halagado, preguntó a su vez al zorro la razón y el motivo de su viaje.

—Soy el zorro Hansaburo, de la provincia de Eha, y me he puesto en marcha por las mismas razones que usted. Entre los míos difícilmente encontraba un adversario digno de mí, así que decidí ir al encuentro de maestros conocidos en mi género para aprender algo nuevo. Y doy gracias a la feliz casualidad que ha hecho que nos encontráramos aquí.

—Oh, señor Hansaburo de la provincia de Eha —dijo a su vez el tejón, haciendo una gran reverencia—, es usted famoso no solamente entre los miembros de su familia; nosotros los tejones también pronunciamos su nombre con respeto. A lo largo de mi viaje he oído con frecuencia hablar de usted y me considero dichoso de haber llegado a conocerle.

Durante mucho rato el tejón y el zorro intercambiaron frases de cortesía, se informaron recíprocamente sobre multitud de asuntos y decidieron por fin mostrarse mutuamente una prueba de su arte. De este modo tendrían ocasión no sólo de conocer con sus propios ojos las mejores hazañas del otro, sino que además podrían constatar cuál de los dos era el mejor maestro. Se proclamaría vencedor aquel que pudiera transformarse hasta el punto de que el otro 110 le reconociera. Ése sería el mejor maestro del reino.

—¿Ve ese templo ahí a lo lejos? —preguntó el zorro—. Vamos allá; en marcha, intentaremos engañarnos y veremos quién es el más astuto.

I ras estas palabras, se despidieron. El zorro echó a correr, y poco después había desaparecido. El tejón recogió su hatillo y siguió lentamente al zorro. Después de un rato, salió del bosque y avanzó por un camino que conducía, a través de unos arrozales, al templo. Miró atentamente a su alrededor, pero no pudo descubrir nada sospechoso.

«Seguramente el zorro habrá ido directamente al templo. Allí hay siempre tal movimiento que le será fácil esconderse».

Súbitamente, vio al borde del camino una estatua de madera de san Djiso. El santo figuraba sentado, con las piernas cruzadas, las manos en las rodillas, la cabeza rapada y la agradable mirada dirigida al paisaje.

«Verdaderamente es una bella estatua, sin duda hecha por las manos de un buen maestro», se dijo el tejón. «Hacía mucho que no veía un trabajo tan bien ejecutado. No se aprecia la huella del cincel. Voy a hacer al santo la ofrenda de una bolita de arroz para que bendiga mi camino».

Abrió su hatillo, sacó una bolita de arroz y la puso a los pies de la estatua del santo. Luego, hizo una profunda reverencia y se puso a murmurar las palabras de la oración. Pero cuál no fue su sorpresa cuando constató, al incorporarse, que la bolita de arroz había desaparecido.

«Es extraño», se dijo, asombrado, «¿Desde cuándo el santo acepta tan rápidamente una ofrenda? Aunque quizás el viento se ha llevado la bolita».

Pero, por mucho que buscó y rebuscó por el suelo, la bolita de arroz había desaparecido por completo.

«Probablemente se habrá colado en un agujero; si quiero que el santo me dé felicidad, voy a tener que sacrificar otra bolita».

Cogió una segunda bolita del hatillo, la colocó en el pedestal a los pies del santo y se puso otra vez a rezar con fervor. Al incorporarse, advirtió que la segunda bolita también había desaparecido.

«Es verdaderamente extraño», se dijo el tejón, y, como quería llegar al fondo del asunto —cosa nada sorprendente en un maestro—, decidió sacrificar una tercera bolita. Pero esta vez ¡prestaría atención!

De nuevo colocó una bolita ante la estatua, bajó la cabeza y se puso a rezar. Pero sólo fingía; aunque daba la impresión de estar absorto, no dejaba de vigilar la estatua con el rabillo del ojo. Y, de repente, se incorporó bruscamente, justo a tiempo para descubrir a la pretendida estatua comiéndose la bolita. El tejón agarró fuertemente la mano del santo, y en el mismo instante la estatua se transformó en zorro.

—Lo ha hecho muy bien, señor Zorro —dijo, con admiración, el tejón—. He perdido tres bolitas de arroz, pero al final su glotonería le ha traicionado.

Siendo así, no pudieron ponerse de acuerdo para saber cuál de los dos había ganado. Aunque al principio el tejón se hubiera dejado engañar por el zorro y hubiera incluso sacrificado sus bolitas de arroz, en seguida se había dado cuenta de la trampa, aunque la causa hubiera sido la glotonería del zorro.

Por fin, el zorro dijo:

—Señor Densaburo, la historia de la estatua ha sido solamente un juego de niños para mí. Le voy a mostrar una transformación mucho más difícil. ¿Ve usted ese pueblo? Pues bien, preste atención y verá.

Tras haber pronunciado estas palabras, desapareció. El tejón se dirigió entonces hacia el pueblo, y ya de lejos se dio cuenta de que algo pasaba allí, porque todos los habitantes corrían hacia el mismo lugar.

—¿Qué ocurre? ¿Adónde acude esa gente? ¡Tengo que ir a verlo!

- siguió a los habitantes del pueblo; pero, para que no le descubrieran, se transformó en monje.

El pueblo entero se había reunido en la larga calle que conducía al templo. ¡Y se trataba realmente de un acontecimiento! ¡Avanzaba un cortejo nupcial! En una magnífica silla con cortinas rojas iba la novia, seguida por sus parientes, vestidos con preciosos quimonos negros de seda ligera, con el escudo de la familia finamente bordado en las mangas y en el pecho. Un innumerable cortejo de sirvientes llevaba bandejas de ofrendas.

La gente estaba entusiasmada, pues hacía mucho tiempo que no habían visto en el pueblo una novia tan bella ni un cortejo nupcial tan magnífico. Sin duda debía de ser la boda de la hija de un señor muy rico.

Entre los curiosos estaba también nuestro señor Densaburo, disfrazado de monje. De repente, un joven monje le tiró de la manga y le dijo respetuosamente:

—Seguramente viene usted de muy lejos, porque jamás le había visto en nuestro templo. ¿No quiere descansar un poco dentro?

Y condujo al falso monje al santuario.

Mientras tanto, el cortejo había llegado ante el templo. La novia bajó de la silla y,

en el momento en que cruzaba el umbral del templo, una bolita de arroz cjue formaba parte de las ofrendas rodó a sus pies. La novia se agachó rápidamente a recogerla, y estaba a punto de hincarle el diente, cuando la bolita dijo suspirando:

—¡He ganado yo!

En el mismo instante, el cortejo nupcial y el monje desaparecieron: el zorro y el tejón estaban solos en el umbral del templo; inmediatamente echaron a correr porque temían, con razón, que los habitantes del pueblo les mataran por haber hecho aquel sortilegio. No se detuvieron hasta el lindero del bosque, ya sin aliento.

Después de haber descansado un poco de la rápida carrera, el tejón dijo:

—El cortejo nupcial no ha estado mal del todo, pero ha sobrestimado usted un poco sus fuerzas, señor Hansaburo. Es usted un animal muy pequeño, y querer transformarse en tan gran número de personas le ha hecho, fatalmente, cometer un error. Seguramente no advirtió que entre la ropa de los últimos criados asomaba un trozo de rabo de zorro. Eso le ha traicionado. Mañana me corresponderá a mí mostrarle mi arte. Para tal fin he elegido el templo que se encuentra dos pueblos más lejos, porque los habitantes del pueblo vecino ya nos conocen y no nos dejarían en paz. Venga mañana a la calle que conduce al templo del pueblo indicado y verá un cortejo principesco como no lo ha visto jamás. Preste mucha atención; ¡apuesto a que no me reconocerá!



Al señor Hansaburo le costó mucho creer al tejón. ¡Un cortejo principesco! Transformarse en una pequeña multitud, todavía pase; ¿pero en todo un cortejo principesco? ¿Acaso el tejón no sabía cuántas personas hacían falta para componer semejante cortejo? Realmente, el tejón era un poco más grande que el zorro. Pero ¿todo un cortejo principesco? ¡No, era una auténtica exageración!

El tejón disipó con desdén aquellas consideraciones haciendo un gesto con la mano, y dijo:

—¡Venga mañana al lugar indicado y verá!

El zorro no dejó de reflexionar durante toda la tarde. Aunque le costaba mucho creer al tejón, quería estar seguro. Finalmente, se dijo: «Un cortejo principesco es largo, y el tejón no podrá venir de muy lejos con ese disfraz. Seguramente llegará como tejón hasta la calle y no se transformará hasta que esté allí. Si llego a tiempo al lugar indicado, no podrá escapárseme».

El zorro durmió muy poco aquella noche, porque tenía miedo de no despertarse al amanecer. Cuando salió el sol, ya se hallaba en la calle que conducía al templo, dos pueblos más lejos. Se escondió detrás de un matorral y oteó los alrededores para ver llegar al tejón. Pero el sol brillaba desde hacía mucho rato, los pájaros cantaban, de cuando en cuando pasaban campesinos con cestos a la espalda; sólo el tejón permanecía invisible. Llegaba el mediodía, el sol calentaba, los pájaros hacía mucho que se habían callado, todos los animales habían buscado un rincón con sombra, cuando, por fin, el zorro oyó a lo lejos cascos de caballos. Por el horizonte apareció un cortejo que se acercaba majestuosamente al lugar donde estaba el zorro.

«¿Será el tejón?», se dijo el zorro dudando. «¿Habrá hecho, a pesar de todo, un camino tan largo con este calor y, lo que es más, con un disfraz tan difícil?».

Rápidamente se transformó en campesino para poder observar mejor. Era un cortejo magnífico y majestuoso. Algunos servidores corrían delante para dejar libre el paso, seguidos por cuatro espléndidos caballos montados por cuatro samuráis de formidable aspecto y armados de la cabeza a los pies, con rostros impasibles y severos.

«Realmente, es un verdadero príncipe con su séquito», se dijo el zorro. «Tal magnificencia está por encima de la voluntad del tejón». Y se quedó tan impresionado que hizo una profunda reverencia, como un campesino que encuentra a su príncipe en el camino. Se quedó paralizado en esa actitud y dejó que el cortejo se acercara.

En seguida llegó la silla laqueada en la que reposaba, sobre mullidos almohadones, el príncipe. Los porteadores avanzaban con mucho cuidado para no balancear inútilmente al señor. Detrás de la silla aparecieron otros cuatro samuráis inmóviles, completamente armados, seguidos por el cortejo del príncipe, en apretadas filas, compuesto únicamente por imponentes samuráis, cada uno de los cuales llevaba dos espadas. En resumen, era un cortejo tan majestuoso y tan impresionante que el zorro apenas se atrevía a respirar. Con la cabeza profundamente inclinada, esperó a

que el último samurái hubiera pasado.

Súbitamente, todo el cortejo se desvaneció. Ante el zorro estaba el señor Densaburo riendo burlonamente:

—Puede levantarse del polvo, señor Zorro. ¿Por qué tan profunda reverencia ante un simple tejón?

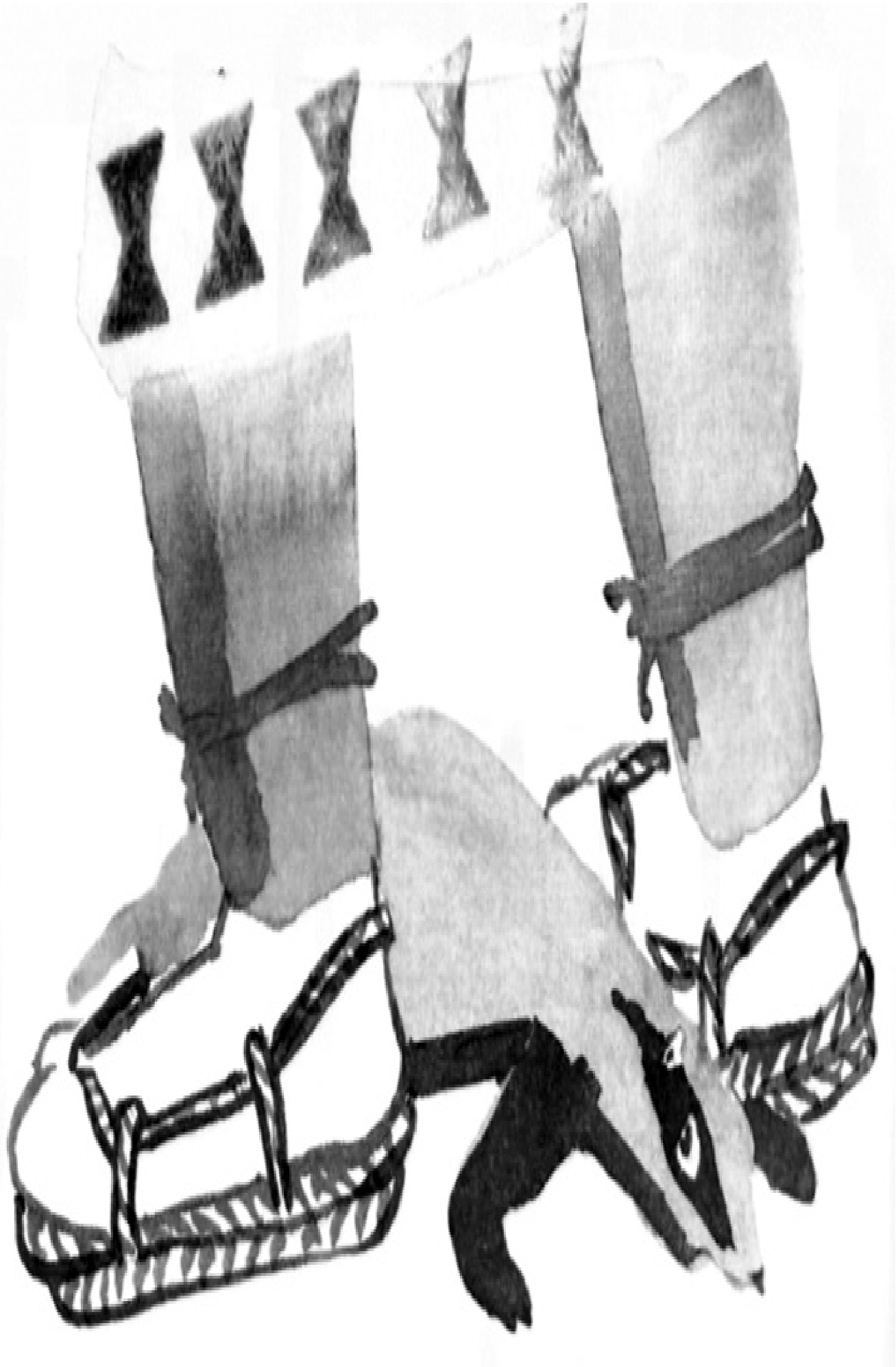
El zorro estaba fuera de sí porque el tejón le había engañado. Y, sin embargo, este último le había dicho de antemano en qué se transformaría. ¡Qué vergüenza!

—Escuche, señor Densaburo —articuló al fin, furioso—, le probaré que no soy un maestro peor que usted. Si mañana viene a este mismo lugar, verá un cortejo principesco todavía más perfecto. ¡Durante el resto de su vida no olvidará el arte de Hansaburo!

Al día siguiente, el tejón se levantó temprano, se dirigió al lugar indicado, se subió a un árbol y esperó al cortejo. Estaba convencido de que el zorro conseguiría, en el mejor de los casos, organizar un cortejo principesco muy pequeñito y además lleno de defectos. Sería muy fácil descubrir el engaño. Así que esperó muy tranquilo, hasta que por fin oyó, a lo lejos, cascos de caballos. Pero lo que aparecía por el horizonte no era un cortejo pequeño. Delante venían los servidores, después, dignos y majestuosos, los samuráis, dieciséis en total, que montaban, de dos en dos, magníficos caballos. Llevaban una silla dorada, con cortinas de seda bordada; en el interior descansaba, sobre blandos almohadones, el príncipe. Detrás de este último venían otros dieciséis samuráis sobre espléndidos caballos negros, seguidos por un cortejo innumerable de samuráis, llevando cada uno dos preciosas espadas.

«¿Será obra del zorro? Tengo que asegurarme», se dijo el tejón, y, antes de que el cortejo llegara a su altura, se transformó en samurái y se colocó respetuosamente al borde del camino. Inclinó la cabeza, pero observó muy atentamente para que nada se le escapara. Cuando el séquito del príncipe hubo llegado hasta él, se echó a reír y corrió hacia la silla. Allí apartó las pesadas cortinas de seda y dijo:

—Ya me parecía, señor Zorro, que esta tarea rebasaría sus fuerzas; aunque su cortejo no es malo, el último samurái enseña una parte de cola bajo la capa.



¡Ojalá no hubiera hecho eso! El príncipe se puso furioso, y los samuráis se echaron sobre él con sus espadas. Le hubieran matado si no se hubiera transformado otra vez rápidamente en tejón para escapar por entre sus piernas.

Convencido de que el zorro era incapaz de lograr semejante cortejo, había confundido la punta de la espada que asomaba bajo la capa del samurái con el rabo del zorro. Porque aquel cortejo era el verdadero cortejo de un príncipe. Y es que la víspera, mientras el zorro esperaba durante tanto tiempo al tejón, se enteró, por las conversaciones de los campesinos, que al día siguiente tendría lugar una gran fiesta en el templo del pueblo, fiesta a la que incluso asistiría el príncipe de la provincia. Entonces, para vengarse de su derrota, había tendido una trampa al inocente tejón.

Este último, al llegar al bosque, se puso a aullar de rabia por haber sido víctima de tan vergonzoso engaño. Por fortuna, el zorro había emprendido la huida hacía mucho tiempo; si se hubieran encontrado, seguro que habría habido menos cortesía entre ellos que la primera vez.

Unos días más tarde, cuando el tejón se restableció de sus heridas, volvió a la isla de Sado, porque el zorro había logrado que se le pasaran por completo las ganas de viajar. Pero, como castigo por el perverso engaño de Hansaburo, expulsó a todos los zorros de la isla. Y por esa razón no encontraréis ningún zorro en la isla de Sado, aunque los busquéis con lupa.



# El anciano que hacía florecer los árboles

HABÍA una vez, al pie de una montaña, un serpenteante riachuelo. Allí vivían hace mucho, mucho tiempo, dos vecinos. Uno tenía su casa río arriba, el otro, río abajo, y por eso se les llamaba normalmente el de arriba y el de abajo. Ya no eran muy jóvenes y sus mujeres evidentemente también eran de avanzada edad. La única diferencia entre ellos consistía en su carácter: los de arriba eran malvados y envidiosos; los de abajo, en cambio, eran amables y no dudaban en separarse de su último grano de arroz para ayudar a alguien.

Una tarde, los dos vecinos echaron sus redes al río. Al día siguiente, mucho antes de amanecer, el de arriba, impaciente, fue a ver lo que había pescado. Con gran decepción, encontró la red llena de raíces y ramas que la corriente había arrastrado. Curioso por naturaleza, quiso saber si su vecino había tenido la misma mala suerte que él. Pero, al ver la red del vecino, palideció de envidia, porque estaba llena de peces. Furioso, sacó los peces y puso en su lugar la leña que había encontrado él.

Cuando salió el sol, el de abajo fue a ver sus redes.

Pero no se quedó demasiado decepcionado al ver la extraña captura. «Por lo menos hoy no tendré que ir a buscar leña al bosque», se dijo contento, y retiró la leña del agua para ponerla a secar al sol.

Cuando la leña se secó, el viejo cogió un hacha para cortarla. Tomó en primer lugar una raíz de sauce especialmente dura y de extraña configuración.

«Voy a empezar por esto, ahora que tengo fuerzas», se dijo, «porque cortar semejante raíz no es cosa fácil». Colocó la raíz en el suelo y, antes de comenzar, reflexionó primero sobre cómo hacerlo. Luego probó, pero, cosa curiosa, apenas hubo tocado la raíz con el hacha, ésta se partió en dos por sí misma y, cosa todavía más extraña, de la abertura salió un precioso perrito blanco. El viejo no daba crédito a sus ojos; pero era realmente un perrito vivo el que estaba ladrando ante él.

El anciano llamó a su mujer para enseñarle el milagro.

Cuando ésta, curiosa, apareció, su marido le dijo:

—Mira lo que ha surgido de esta raíz: un perrito. ¿Qué vamos a hacer con él?

—Qué bonito es —dijo la abuela—. Vamos a educarlo. No tenemos hijos y podemos ocuparnos del perrito.

Cogió al perro en brazos, lo llevó a casa y le dio de comer caldo de mijo. El perrito se quedó en casa de los dos ancianos y no le faltó de nada. Le daban los platos que quería, y poco tiempo después había crecido y se convirtió en un perro grande de piel blanca y ojos inteligentes.

Una mañana, cuando el abuelo se disponía a dirigirse al campo, el perro le cerró el paso y le dijo con voz humana:

—Abuelo, abuelo, no vayas hoy al campo. Ata una cesta en mi lomo, coge un pico y vamos al bosque.

El abuelo se quedó muy sorprendido y llamó a la abuela:

—¿Has oído, mujer? ¡Nuestro perro sabe hablar! Dice que debo ir con él al bosque.

—Bueno, si queréis ir los dos al bosque —dijo la abuela—, tendré que prepararos una buena comida.

Y volvió a la cocina a guisar bolitas de arroz. El abuelo ató una cesta al lomo del perro, cogió el pico y la comida y se pusieron en marcha.

Al cabo de un momento, el perro se detuvo para decir:

—Abuelo, abuelo, mete el pico y la comida en la cesta; yo los llevaré.

—Es muy amable por tu parte, querer ayudarme —respondió el abuelo—, pero te pesaría demasiado.

—En absoluto, abuelo; ya soy un perro grande y, como me habéis alimentado bien, tengo mucha fuerza. Déjame llevar el pico y la comida.

El abuelo obedeció y metió el pico y la comida en la cesta; luego prosiguieron su camino.

Al llegar al lindero del bosque, hicieron un pequeño alto. El abuelo abrió el hatillo que contenía la comida, repartió las bolitas en dos partes iguales y dio una al perro. Después de haber comido y de haber descansado un poco, reemprendieron la marcha.

El perro conducía al abuelo por estrechos senderos, siempre hacia arriba. Apenas habían llegado a la mitad de la cuesta, el abuelo estaba tan agotado que caminaba cada vez más despacio. Entonces el perro se detuvo de nuevo y dijo:

—Abuelo, abuelo, siéntate en mi lomo: ¡yo te llevaré!

—No, no, querido perro. Estoy gordo; mi peso podría romperte el lomo —replicó el abuelo.

—Nada de eso, abuelo; ya soy un perro grande y forzudo; me habéis dado mucho de comer y tengo mucha fuerza. Siéntate tranquilamente en mi lomo; dentro de un momento, habremos llegado.

El abuelo estaba realmente muy cansado y acabó por sentarse en el lomo del perro; se agarró a la cesta y el perro lo llevaba como si no pesara más que una pluma.

Poco después, habían llegado a un claro en la cima de la montaña. El perro miró hacia su alrededor, corrió de un árbol a otro husmeando la tierra, luego se detuvo bajo un gran arce y dijo:

—Abuelo, abuelo, coge el pico y cava en este lugar.

El anciano tomó el pico y se puso a cavar en el lugar indicado por el perro. Pronto, el pico tocó algo duro. El abuelo siguió cavando con cuidado, y, cuando hubo apartado la tierra, vio una gran vasija llena de monedas de oro.

¡Qué sorpresa! El abuelo acarició al perro en señal de agradecimiento, pues ahora ni él ni su mujer padecerían miseria hasta su muerte. Luego, puso la vasija con las monedas de oro en la cesta, metió también el pico y, con paso alegre, se dirigió con el perro hacia la casa. La abuela estaba también loca de alegría. Dio las gracias al perro y preparó rápidamente una buena cena para que el anciano y el animal pudieran saciar el hambre después de una jornada tan emocionante.

Mientras tanto, el abuelo había volcado las monedas de oro en una estera y empezaba a contarlas.

Contó y contó, y todavía no había llegado a la mitad del montón cuando la mujer del vecino llegó corriendo a pedir un poco de carbón de leña incandescente para encender fuego. Al ver el montón de monedas de oro, los ojos empezaron a brillarle de envidia y en seguida preguntó a los dos viejos cómo lo habían conseguido.

El abuelo contó la verdad: cómo el perro le había ayudado a obtener el tesoro. Apenas había terminado su relato cuando la vecina se fue corriendo a su casa para poner a su marido al corriente lo antes posible.

—Qué suerte tienen —suspiró por fin—. Deberías ir a pedirles que te prestaran el perro, para que también te muestre un tesoro.

—Qué buena idea —respondió el marido.

Y, a la mañana siguiente, se fue a casa del vecino, quien le prestó con mucho gusto su perro por un día.

Apenas llegó a su casa con el perro, el abuelo dijo a su mujer:

—Rápido, prepárame bolitas de arroz, me voy al bosque.

Buscó una cesta, una cuerda y un pico. Al cabo de un momento, el perro le cerró el paso y le dijo:

—Abuelo, hoy no vayas al campo, ata una cesta a mi lomo, coge un pico y vamos al bosque.

—¿Por qué crees que te he pedido prestado? —respondió el vecino de arriba—. Naturalmente que vamos al bosque.

Y ató la cesta al perro, metió el pico, la comida y se sentó, sin ser invitado, en el lomo del perro, mientras gritaba:

—¡Deprisa, corre para que no perdamos tiempo!

El perro siguió el mismo camino que la víspera; pero el trayecto le pareció mucho más largo al vecino de arriba y, para matar el tiempo, se puso a comer una bolita de arroz tras otra. No le dio nada al perro; por el contrario, no cesaba de incitarlo a ir más deprisa. Al llegar al lindero del bosque, el perro se detuvo como había hecho la víspera. El vecino se bajó del perro, miró a su alrededor y preguntó, impaciente, dónde había que cavar. Pero el perro se callaba. Entonces, el vecino de arriba fue él

mismo de un árbol a otro, sin dejar de preguntar:

—Vamos, dime dónde debo cavar; ¿aquí o allí?

Hasta que, por fin, el perro respondió:

—Bueno, cava allí.

El vecino de arriba cogió el pico y se puso a cavar con furia. Y realmente, al cabo de un momento, su pico chocó con algo duro; pero no salió de la tierra sino un puchero de barro roto lleno de basura.

Entonces el vecino de arriba montó en cólera y dijo:

—¡Animal asqueroso, te atreves a engañarme! Espera un poco, ¡yo te enseñaré a burlarte de la gente!

Y lanzó el pico en dirección al perro, matándole en el acto. Luego volvió a su casa como si nada hubiera pasado.

Cuando, al día siguiente, el vecino de abajo quiso recuperar a su perro, el de arriba le dijo:

—Ese horrible animal yace en el lindero del bosque. Me engañó y lo he matado.

Llorando, el vecino de abajo se dirigió a la linde del bosque, llevó el perro a casa, lo enterró cerca del río y plantó una vara de sauce sobre su tumba.

Desde entonces, los vecinos de abajo fueron todos los días a la tumba que estaba junto al río para llorar a su perro fiel. Para su gran asombro, la vara de sauce echó raíces, creció cada vez más y al año siguiente un majestuoso sauce se erguía sobre la tumba.



Un día de otoño muy cálido, el abuelo estaba sentado, como de costumbre, bajo el sauce, contemplando el agua que corría por el río, y pensó en su buen perro blanco. Mientras escuchaba el murmullo del viento en el follaje del sauce, la cabeza le cayó sobre el pecho y se durmió. No durmió mucho tiempo, pero tuvo un extraño sueño; en su sueño, el perro se le apareció y le habló:

—Abuelo, abuelo, haz lo que voy a decirte. Coge una sierra y corta el sauce. Y con el mejor trozo haz un mortero para machacar arroz.

Con estas palabras, el perro desapareció y el abuelo se despertó. Corrió junto a su mujer y le contó:

—No puedes imaginar el extraño sueño que he tenido. En el sueño, el perro se me ha aparecido y me ha dicho que corte el sauce que crece sobre su tumba y que haga con el mejor trozo de madera un mortero para machacar arroz.

—Si el perro así lo desea, tienes que hacerlo —le aconsejó su mujer—. Así por lo menos tendremos un recuerdo de él.

El abuelo escuchó a su mujer, cortó el árbol, serró el mejor trozo y fabricó con él un precioso mortero. Cuando hubo terminado, lo llevó a la cocina. La mujer metió en él una medida del poco arroz que habían recolectado aquel año, luego cogió el mango y empezó a machacar el arroz. ¿Pero qué ocurrió? Tras el primer golpe, la medida se dobló; con el segundo, las dos medidas de arroz se convirtieron en cuatro; con el tercero, había ocho, y así hasta que el arroz se desbordó del mortero y llenó la cocina. Los vecinos de abajo no sabían qué hacer de tan alegres como estaban, porque ahora tenían bastante arroz para todo el invierno.

Cuando estaban metiendo el arroz en sacos, la vecina de arriba fue a pedir carbón de leña incandescente. Se quedó asombrada al ver tanto arroz y preguntó a los vecinos dónde habían recogido semejante cosecha.

Los dos viejos contaron encantados la historia del milagroso mortero que el abuelo había fabricado, por deseo del perro, con el sauce que había crecido sobre la tumba. Apenas la vecina de arriba oyó la historia, olvidó el motivo de su visita y corrió, sin carbón de leña, a su casa, para transmitir la noticia del mortero encantado a su marido.

—Nosotros también necesitamos una buena reserva de arroz para el invierno. Escucha, mañana pedirás prestado el mortero y sacaremos mucho más arroz; tanto como para llenar el granero —dijo al terminar su relato.

Al día siguiente, el vecino de arriba se dirigió a casa de su vecino de abajo, que no puso dificultad alguna en prestarle el mortero porque no le tenía envidia. El vecino de arriba llevó el mortero a casa y lo situó ante el granero. Luego, su mujer echó en él una medida de arroz y se puso a machacarlo. Pero apenas hizo el primer movimiento, no quedó en el mortero sino la mitad de la medida; al segundo movimiento no quedó más que un cuarto, y al tercero sólo quedó la octava parte; y si la vecina no se hubiera detenido, no le hubiera quedado nada en el mortero.

Al día siguiente, el vecino de abajo quiso recuperar su mortero, pero su vecino le

dijo:

—Era un mortero falso; me ha engañado y robado. Y para castigarlo, lo he roto y quemado.

—Qué pena —dijo el vecino de abajo—, el mortero era un recuerdo de nuestro perro. ¿Conservas por lo menos las cenizas? Me gustaría llevármelas como recuerdo.

—Coge las que quieras —respondió el de arriba—. Por lo menos no tendré que tomarme la molestia de barrerlas.

El vecino de abajo extendió su chaqueta, recogió todas las cenizas que cupieron en ella y las llevó con cuidado a su casa. Ya estaba en su jardín cuando, de repente, se levantó viento y dispersó en todas direcciones las pocas cenizas que había recogido. Las cenizas revolotearon y luego se posaron lentamente sobre los árboles del jardín. En el mismo instante, todos los árboles florecieron, aunque un momento antes estaban desnudos, como ocurre siempre en otoño.

El vecino de abajo se quedó atónito y llamó a su mujer:

—Mira, querida, con las cenizas de nuestro mortero he hecho florecer los árboles.

La abuela dio las gracias al abuelo y al perro, y luego dijo:

—Nuestro príncipe debería ver este milagro; ya sabes cómo le gustan los cerezos en flor. Seguro que al príncipe le encanta.

El abuelo se quedó entusiasmado con la idea que se le había ocurrido a la abuela. Metió el resto de las cenizas en un saquito de lino y tomó la dirección del jardín del príncipe. Allí, trepó a un árbol y esperó que pasara el príncipe. Había llegado a tiempo, porque, poco después, oyó cascos de caballos y voces alegres. El príncipe salía con su séquito. Cuando los jinetes llegaron junto al árbol, el príncipe descubrió al anciano y le preguntó qué hacía allí.

El vecino de abajo hizo una respetuosa reverencia y dijo:

—Soy el anciano que hace florecer los árboles. Si lo deseáis, oh, noble príncipe, vuestro jardín no será sino un mar de flores.

—¿Sabes hacer florecer los árboles en otoño? —dijo el príncipe, sorprendido—. Tienes que hacerme una demostración; no puedes imaginar cómo deseo ver flores.

Entonces el abuelo abrió el saquito, cogió un puñado de cenizas y las lanzó al aire. En el mismo instante, el árbol en el que estaba sentado se cubrió de flores.

—¡Ay! —suspiró el príncipe, asombrado y feliz.

Y todo su séquito se puso a cantar alabanzas. El anciano lanzó las cenizas por todas partes y rápidamente todo el jardín estaba lleno de flores.

—Verdaderamente es un arte extraordinario —alabó el príncipe—. Me has proporcionado un inmenso placer. Y para agradecerte que hayas dado a mi jardín tan bella apariencia, te regalo ropa de príncipe.

El príncipe estaba contento con su idea e, inmediatamente, envió a sus criados a buscar al palacio los más bellos trajes de la más pura seda. Luego, contempló otra vez el jardín lleno de flores, hizo un gesto amistoso al abuelo y siguió su camino.

El abuelo se puso en seguida el magnífico traje que el príncipe le había dado y le

costó mucho reconocerse. ¡Había tanta tela! «Seguramente será posible hacer con esto un quimono a la abuela», pensó el viejo, y corrió a su casa con el regalo.

Ante su cabaña, encontró a la vecina de arriba que, una vez más, había ido a buscar un poco de carbón de leña incandescente. Al ver al vecino llegar con ropa de príncipe, naturalmente preguntó en seguida de dónde la había sacado, y el vecino le contó cómo el príncipe le había recompensado por haber hecho florecer el jardín principesco con las cenizas del mortero. Llena de sorpresa y de envidia, la vecina olvidó el carbón y corrió a su casa para dar la noticia a su marido.

—Todavía nos quedan muchas cenizas del mortero —dijo al fin—. Cógelas y vete al jardín de nuestra princesa. Seguramente te dará vestidos todavía más bellos si haces florecer sus melocotoneros.

El vecino de arriba cogió un gran saco lleno de cenizas y se dirigió al jardín de la princesa. Allí trepó al melocotonero más alto y esperó a que la princesa saliera al jardín. No tuvo que esperar mucho tiempo; poco después, la princesa, acompañada por damas y cortesanos, salió del palacio. Al llegar al jardín, la princesa descubrió al anciano en el árbol y le preguntó qué hacía allí.

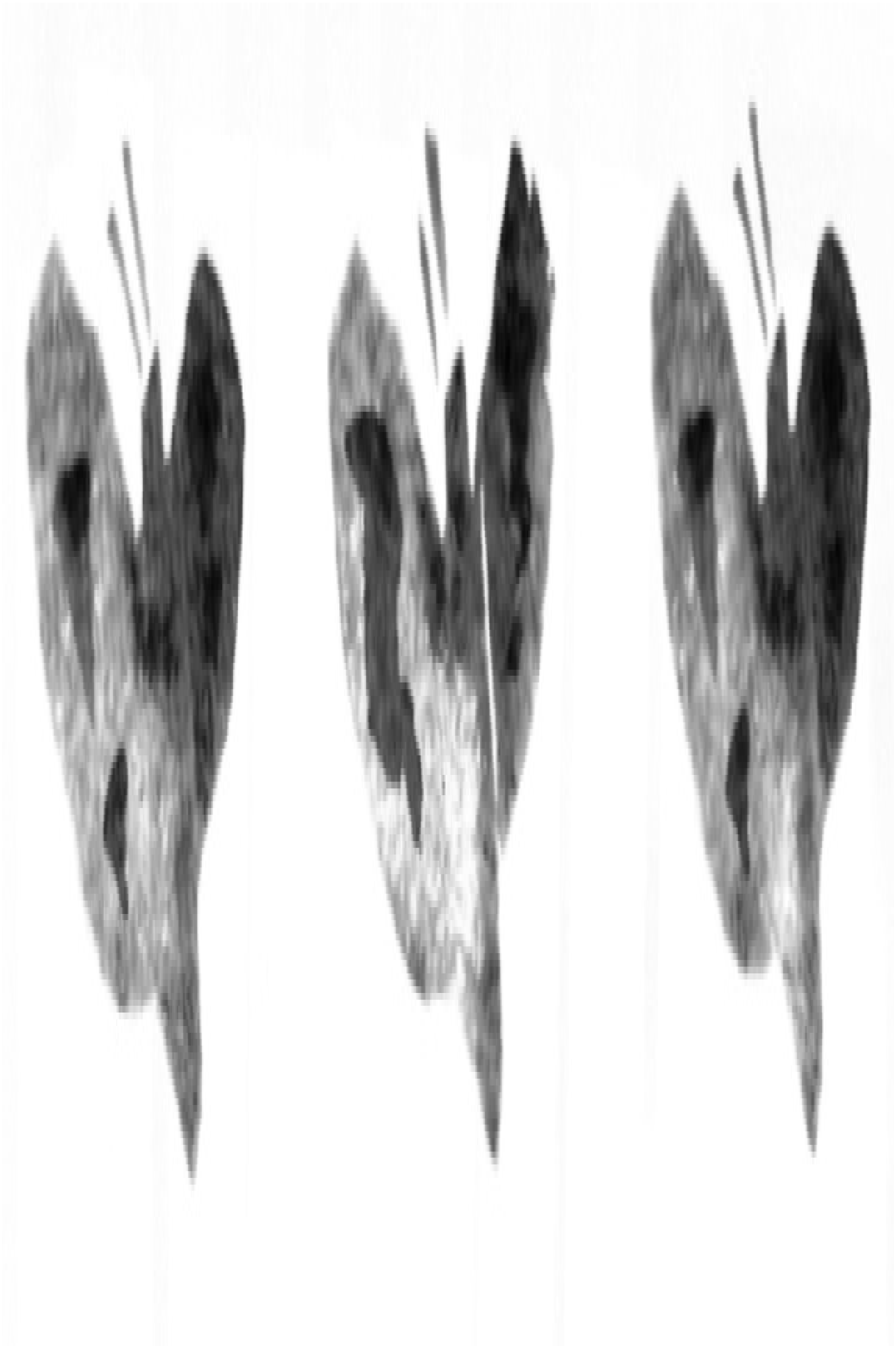
Entonces el vecino de arriba hundió la mano en el saco y dijo:

—Soy el anciano que hace florecer los árboles. ¡Voy a hacer florecer vuestros melocotoneros a cambio de bellos trajes!

Tras estas palabras, cogió las cenizas y las dispersó a su alrededor. Pero el melocotonero siguió desnudo como antes y, para colmo de males, un poco de ceniza cayó en un ojo de la princesa. Esta gritó de dolor y de furia, y los cortesanos increparon al viejo:

—¡Cómo te atreves! ¡Has hecho daño a nuestra princesa!

Maniataron al viejo y lo metieron en la cárcel. Y si, desde entonces, la princesa no ha vuelto a acordarse de él, allí sigue todavía.



# Los rollos sagrados

HABÍA una vez un pobre campesino que tenía seis hijos. Su pequeña propiedad, que más tarde pertenecería a Taro, el hijo mayor, apenas bastaba para alimentar a la numerosa familia; entonces los padres decidieron que su segundo hijo, Djiro, de diez años, sería monje. De ese modo, él estaría atendido y la familia contaría con una boca menos que alimentar. Encontraron a un monje, encargado del pequeño templo situado en los confines del pueblo vecino, que aceptó tomar a Djiro en su casa como discípulo.



Era realmente un templo pequeño, pobre como toda la región, y tampoco el honorable monje vivía en la abundancia; sin embargo, quería hacer un favor a los padres de Djiro y, por otra parte, como era bastante anciano, le vendría bien una ayuda en el templo y en la casa, sin contar con que había que ir pensando en asegurar su sucesión.

De este modo, un día, al pequeño Djiro le raparon la cabeza, recibió un hábito negro y entró como alumno en casa de su nuevo maestro.

El templo de madera estaba situado un poco apartado del pueblo, junto a un estanque en el lindero del bosque, y se accedía a él por un camino que pasaba por los diques entre los arrozales, El templo era viejo, los frecuentes chaparrones habían desencalado las paredes y casi borrado la inscripción que había encima de la puerta. Djiro estaba a gusto, pero lo que más le atraía era el bosque. Cuando tenía un minuto libre, iba allí corriendo, cogía flores perfumadas o se tumbaba boca arriba en la hierba y dejaba que su mirada vagara hacia el sol a través de la profusión inextricable de la espesa vegetación.

Como el honorable monje era muy modesto, Djiro no tenía mucho que hacer. Llevaba la leña y el agua, barría el templo, quitaba el polvo a las estatuas de madera de los santos en el santuario y a los libros santos en la biblioteca, y a veces ayudaba en la cocina. Pero lo peor era la enseñanza. No solamente Djiro tenía la impresión de que escribir los signos era algo muy difícil, y no podía, aun poniendo su mejor voluntad, acordarse de las incomprensibles oraciones, sino que toda la enseñanza le desagradaba profundamente. Cuando el monje le recitaba las oraciones no escuchaba, y cuando tenía que aprender solo prefería marcharse al bosque.

El monje razonó con él, le regañó: no consiguió nada. A Djiro le bastaba con tener un libro entre las manos para ver cómo los árboles desde el exterior le hacían señas para que fuera, para que sintiera el aroma encantado del bosque y para que oyera cantar a los pájaros. Entonces el estudio terminaba; no esperaba sino el momento propicio para deslizarse al exterior.

Estuvo así durante todo el verano, hasta que, por fin, el monje perdió la paciencia. Una vez más, Djiro había dejado uno de los libros santos en la hierba y corría por el bosque en lugar de instruirse.

El monje llamó al niño y, al comprobar horrorizado que Djiro seguía siendo incapaz de recitar una sola oración desde el principio hasta el final, cuando la gran tiesta *Bueno* se acercaba, le dijo:

—Lo siento, muchacho, pero nunca llegarás a ser un buen monje. Porque un monje que no respeta la sabiduría y las oraciones no sirve para nada y, en lugar de ayudar a los hombres, no es sino un estorbo para ellos. Aunque esta decisión me cueste mucho, no tengo otra elección que devolverte a casa de tus padres. ¡Vete inmediatamente para no perder tiempo!

Djiro se quedó como paralizado por un rayo y al borde de las lágrimas. Hubiera querido llegar a ser monje si no hubiera sido por aquellos estudios que tanto le

desagradaban.

El monje, al ver al niño tan profundamente afligido, sintió lástima. Sacó de un cofre laqueado cuatro rollos y se los tendió a Djiro diciéndole:

—Realmente no puedo hacer nada contigo, pero, para demostrarte que no estoy enfadado, te doy estos cuatro rollos de papel En cada uno de ellos se encuentra el símbolo de nuestro templo y un versículo sagrado. Son las palabras de Buda; te ayudarán cuando estés en peligro. Guárdalos bien, y ahora vete.

Djiro no se atrevió a contestar. Metió los rollos bajo el hábito, dio las gracias, hizo una reverencia al monje y luego, con lágrimas en los ojos, se volvió y se puso las sandalias de paja que estaban ante la puerta.

Verdaderamente Djiro estaba muy afligido. «¿Y qué dirán mis padres cuando me vean llegar de improviso?», pensaba. Ante aquella idea, se puso a derramar lágrimas de nuevo.

Pero apenas había dado unos pasos, cuando el bosque empezó a susurrar y a atraerle con su olor de tal manera que olvidó inmediatamente su tristeza. Y, en lugar de dirigirse hacia su casa, corrió a su querido bosque. Como ahora disponía de todo el tiempo, al fin podría penetrar más lejos, allí donde no había puesto jamás los pies.

Djiro cazó mariposas, contempló, oculto tras un arbusto, a un lagarto que se calentaba al sol sobre una piedra, y escuchó el gorjeo de los pájaros. En el preciso momento en que pensaba que seguramente era ya mediodía y, por lo tanto, hora de buscar el camino para salir del bosque, el aire se ensombreció súbitamente de forma extraña, como si se acercara una tormenta por el horizonte. Las voces a su alrededor callaron de repente; el cambio fue tal, que sintió escalofríos.

Miró a su alrededor y reconoció con dificultad el claro del bosque. «¿Será ya tan tarde? ¡Ali, si por lo menos hubiera un alma cerca!» se dijo.

De repente vio al otro extremo del claro a una viejecita que se dirigía hacia él cojeando. Debía de ser muy anciana, porque estaba completamente encorvada. En la cabeza llevaba un enorme gorro, y la falda, muy remendada, sujeta a la cintura por una cinta estrecha como una cuerda.

La vieja le sonrió con su boca desdentada y dijo:

—¡Qué alegría encontrarte aquí! Por tu cabeza rapada y tu hábito negro reconozco que eres un futuro monje; vienes muy a propósito. Así, mis pobres viejas piernas no tendrán que llevarme hasta el pueblo a casa del honorable monje. Hoy es el primer aniversario de la muerte de mi marido y quería pedir al honorable monje que rezara por él. Pero ya que te he encontrado aquí, sin duda bastará con que digas una oración ante el altar de nuestro hogar. ¿Verdad que no negarás ese favor a una pobre anciana?

Djiro no sabía qué actitud tomar. Estaba contento porque ya no estaba solo en el sombrío bosque; pero ¿tendría que admitir que no sabía rezar? Sin contar con que la anciana no le creería y pensaría más bien que no quería cumplir su deseo. Entonces asintió y la acompañó a través del claro hasta una cabañita que, cosa extraña, no

había visto nunca. La cabaña era tan pequeña que apenas cabían dos personas; en un rincón había una tabla en la pared que sostenía el pobre altar, y en otro, la chimenea. Djiro se arrodilló ante el altar y dijo con mucha dificultad una oración por el muerto juntando lo poco que se acordaba de varias oraciones. Sudaba y se puso colorado, pero la anciana, que le escuchaba atentamente, no parecía advertir que la plegaria no era en absoluto como tenía que haber sido.

Cuando Djiro hubo terminado, la anciana inclinó la cabeza y dijo:

—Eres un buen muchacho; te lo agradezco sinceramente. Seguro que mi pobre marido está contento porque no le hemos olvidado. Pero es tarde y el pueblo está lejos; podrías perderte. Quédate aquí a pasar la noche. No tengo otra cosa que ofrecerte más que un poco de caldo de avena, pero creo que te gustará.

Djiro tenía ya mucha hambre y el caldo de avena le sentó muy bien. Después de la cena, la anciana preparó un lecho en el suelo —apenas lo bastante ancho como para que cupieran los dos— y en seguida Djiro se durmió. Pero durmió mal: quizás había tomado demasiado caldo, quizás a la cabaña le faltaba aire; sea como fuere, dio vueltas y más vueltas, se despertaba y volvía a dormirse hasta que, de repente, se despertó completamente. Al darse la vuelta había puesto una mano en la pata de un animal; sintió claramente la piel y que se trataba de una garra. Cuando, con la claridad del fuego, intentó ver aquella pata, advirtió que se trataba del pie de la anciana.

Djiro se quedó paralizado de espanto, pues se dio cuenta de que la abuela no era en realidad una verdadera abuela, sino quizás un zorro o un tejón que le había atraído a su madriguera para comerlo. Había que huir lo más rápidamente posible.

Lentamente y con mucha precaución, se levantó; pero cuando quiso pasar por encima de la anciana, ésta se despertó y preguntó:

—¿Adónde vas, muchacho, tan tarde en medio de la noche?

—Abuela, necesito salir —contestó Djiro con mucha presencia de ánimo.

—Pero fuera está muy oscuro; podrías perderte o incluso caer por un barranco; hay muchos alrededor de la casa. ¡Voy a atarte una cuerda para que no te pierdas!

La anciana ató a Djiro una cuerda y le dejó salir. Apenas llegó Djiro al claro del bosque, la anciana tiró de la cuerda y gritó:

—¡No te quedes mucho tiempo!

—No, no, vuelvo en seguida —respondió Djiro sin dejar de reflexionar febrilmente sobre lo que convenía hacer.

De pronto, se acordó de los rollos sagrados que el monje le había dado. Quizá podrían ayudarle a salir del atolladero.

Mientras tanto, la anciana tiraba otra vez de la cuerda y lo llamaba.

—Ya voy, abuela —contestó Djiro desatando la cuerda. Luego, ató a ella uno de los rollos y echó a correr a toda velocidad.

Todavía no estaba muy lejos cuando la anciana tiró de nuevo de la cuerda y lo llamó. Y, milagro, el rollo sagrado hizo contrapeso, como si fuera el propio Djiro

quien estuviera atado, y respondió, cobrando la voz del muchacho: «¡Ya voy, abuela!». Djiro se puso muy contento y continuó su carrera. La larga ausencia de Djiro que respondía «¡Ya voy, abuela!» cada vez que tiraba de la cuerda, acabó por intrigar a la anciana. Se levantó para ver que podía estar haciendo el muchacho tanto tiempo fuera.

Al comprobar que el muchacho había desaparecido, pisoteó con rabia el rollo de papel y luego olfateó el suelo para saber qué dirección había tomado su víctima; cuando la encontró, se lanzó en persecución del muchacho a tal velocidad que una violenta ráfaga recorrió el bosque.

Djiro, en la oscuridad, todavía no estaba muy lejos cuando oyó tras él un jadeo y un gruñido formidables. Se volvió y estuvo a punto de desplomarse de terror. Detrás de él vio a la que le perseguía; pero ya no era la vieja abuela coja, sino la terrible dama del bosque, la Yamamba. Al lado de una terrorífica nariz con grandes agujeros, sus ojos, inyectados en sangre, giraban como ruedas de fuego; de su espantosa boca, una lengua rojísima colgaba hasta la cintura, y sus grises cabellos flotaban al viento como las crines de un caballo salvaje. Sus huesudos brazos terminaban en temibles garras y sus velludos pies, que Djiro ya había visto en la cabaña, golpeaban el suelo. Mientras Djiro daba un paso, Yamamba efectuaba dos saltos gigantescos; estaba ya muy cerca de él y extendía sus garras cuando, en el colmo de la desesperación, el muchacho cogió el segundo rollo y lo tiró a los pies de Yamamba.

Inmediatamente un río con enormes olas separó a Djiro de Yamamba. Djiro respiró, pero, sin perder tiempo, salió del bosque y, como empezaba a clarear, continuó su carrera por los diques entre los arrozales.

Cuando Yamamba se vio al borde de las infranqueables olas y se dio cuenta de que Djiro, al otro lado, se alejaba corriendo, aulló de furia y golpeó el suelo con los pies. Pero rápidamente se serenó, se arremangó, se inclinó sobre el agua y empezó a beber. El agua caía a chorros en su vientre sin que el nivel del río pareciera bajar mucho. Sin embargo, cuando Djiro, tras un instante, se volvió, el río había disminuido ya la mitad en anchura y en profundidad, y poco tiempo después no era más que un arroyuelo que, en un momento, desapareció también en el vientre de Yamamba.

Esta prosiguió su persecución, pero iba más despacio que antes, porque estaba completamente mojada y tenía que sostenerse el vientre lleno de agua con las dos manos. A cada paso un poco rápido, salía agua de su terrible boca. Pero, a pesar de todo, era todavía más rápida que Djiro, cuyo avance disminuía sin cesar.

Daba rodeos corriendo por los arrozales y Yamamba tenía que detenerse un rato cada vez que quería cambiar de dirección, pues su vientre lleno de agua la molestaba al hacer cualquier movimiento. Pero esta táctica tampoco fue de gran ayuda para Djiro, y pronto el jadeo y el gruñido estaban de nuevo cerquísima. Entonces sacó el tercer rollo sagrado y lo lanzó tras él. Inmediatamente, en aquel lugar se extendió un lago de llamas. Las llamas chisporroteaban, crepitaban y se elevaban, ocultando

completamente a Yamamba.

Djiro suspiró de alivio y siguió su carrera más deprisa, porque le había parecido distinguir a lo lejos los tejados de un pueblo. Corría con todas sus fuerzas, pero, al llegara lo alto de una colina, oyó tras él un silbido sospechoso. Se volvió, y vio surgir de las llamas una nube de vapor y cómo el fuego se apagaba progresivamente. Yamamba se había colocado muy cerca del fuego y había comprimido su vientre; entonces, dos manantiales salieron de los agujeros de su nariz, y de la boca brotó una catarata hacia las llamas apagándolas unas tras otras hasta la última.

Pero Djiro no esperó a ver el final; bajó por la pendiente de la colina; sin embargo, en seguida Yamamba estaba de nuevo tras él, sudando y completamente negra por el humo. Ya extendía sus garras para coger su presa cuando Djiro sacó el último rollo sagrado y lo tiró tras él.

Apenas el rollo hubo tocado el suelo cuando surgió un rayo plateado que se transformó en una montaña de cortantes espadas.

«Semejante obstáculo es infranqueable incluso para Yamamba», se dijo Djiro, pero, para mayor seguridad, siguió corriendo rápidamente y muy pronto distinguió cerca de allí, en la niebla matinal, el pequeño templo gris junto al estanque. Apenas había recorrido la mitad de la distancia que le separaba de él cuando oyó detrás un ruido terrible, acompañado de rugidos y aullidos. Como a Yamamba se le había metido en la cabeza devorar al muchacho, no dudó en enfrentarse a la montaña de espadas. Las agarró por los extremos, las rompió, las hizo pedazos y las apartó como si hubieran sido briznas de hierba. Se cortó muchas veces, pero al final abrió un camino a través de la montaña.

Mientras tanto, Djiro había llegado al silencioso templo que había abandonado la víspera y llamaba desesperado a la puerta de la cabaña donde vivía el monje. Pero este último parecía dormir muy profundamente, porque nada se movía. En cambio, a lo lejos, se podía oír el jadeo y el gruñido de Yamamba.

Djiro llamó con todas sus fuerzas a la puerta y gritó desesperadamente:

—¡Honorable maestro!, ¡honorable maestro!

Por fin, algo se movió en el interior y una voz soñolienta preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡Honorable maestro, honorable maestro, rápido, déjeme entrar! —suplicó Djiro lanzando miradas temerosas a su alrededor.

En la niebla que se iba disipando, vio a Yamamba furibunda acercarse cada vez más, con la ropa hecha jirones, el pelo quemado, pero los ojos de fuego todavía más terroríficos y la enorme lengua voraz todavía más roja.

El monje, en el interior de la cabaña, bostezó y contestó:

—¿Eres tú, Djiro? ¿Qué quieres? ¿No te envié a tu casa ayer? ¡Sabes perfectamente que nunca llegarás a ser un buen monje!

—Se lo suplico, perdóneme y déjeme entrar, Yamamba está detrás de mí —gritó Djiro, que estaba a punto de enloquecer de miedo.

—Qué tontería; ¿desde cuándo existe una Yamamba en los alrededores? Sé bueno y vuelve a tu casa, ¡realmente no te necesito!

—¡Honorable maestro, honorable maestro! ¡Está terquísima, rápido, déjeme entrar! —imploró Djiro, y se pegó a la puerta, pues los ojos de fuego de Yamamba brillaban ya por encima del dique del estanque y sus afiladas garras sonaban sobre los guijarros del patio.

Las súplicas del muchacho hicieron cambiar de opinión al monje, y en el mismo momento en que el demonio iba a agarrar a Djiro, descorrió el cerrojo y abrió la puerta. Djiro cayó en la habitación sobre el umbral seguido por la larga lengua de Yamamba, que no quería a ningún precio dejar escapar su presa. Pero el monje cerró la puerta de un portazo. Entonces, un grito espantoso se elevó por los aires, y Yamamba desapareció.

Podo estaba como antes. El sol se elevaba lentamente en el horizonte, sus rayos inundaban la casa y el honorable monje acariciaba la cabeza de Djiro mientras le decía que estaba dispuesto a hacer otro intento. Y jamás tuvo que lamentar aquella decisión. Desde entonces, Djiro fue el más aplicado de los muchachos y nada en el mundo hubiera logrado llevarle al bosque, ni siquiera el perfume más embriagador de los árboles.



# El anciano del lobanillo en la mejilla

HABÍA una vez un viejo leñador que tenía un enorme lobanillo[1] en la mejilla izquierda. Una mañana, como todos los días, salió de su casa y se dirigió a la montaña a cortar leña.

Llevaba ya un rato dedicado a su trabajo, cuando, de repente, se desencadenó una fuerte tormenta. Los rayos y los truenos se sucedieron sin cesar y empezó a llovera cántaros. Entonces el anciano se vio obligado a refugiarse en el tronco hueco de un árbol. Allí, al resguardo y sin mojarse en absoluto, olvidó la tormenta y se durmió.

Varias horas después, un gran alboroto le despertó. A sus oídos llegaban gritos y canciones. La tormenta había cesado. Asomó la cabeza y vio a unos ogros bebiendo y bailando. El leñador, muy alegre, salió de su escondite y se fue con ellos a beber, cantar y bailar. Los ogros hicieron un corro a su alrededor. Les gustó mucho la agilidad con que bailaba el leñador, que parecía tener alas en los pies.

La danza duró mucho rato, y, cuando la música cesó, los ogros estaban tan complacidos que le quitaron el lobanillo de la cara.

—Aquí lo dejamos —le dijeron—, vuelve mañana a bailar y lo recuperarás.

El anciano se despidió de los ogros y volvió contento y satisfecho a su casa.

Su mujer, al verle llegar tan alegre y sin el lobanillo en la mejilla, le preguntó qué había ocurrido. El leñador le contó su aventura y la dejó maravillada.

La noticia se propagó como el rayo y muy pronto todo el mundo sabía lo que había pasado en la montaña entre los ogros y el leñador.

Otro anciano de la misma aldea, que tenía un gran lobanillo en la mejilla derecha, se enteró de la historia. Como quería librarse de su grano, decidió emplear el mismo sistema.

Inmediatamente se fue a la montaña y esperó a que llegara la noche, oculto en el hueco de un árbol. Cuando el sol se puso, oyó un gran alboroto.

Entonces el anciano salió de su escondite y se acercó al lugar donde ya los ogros bebían y cantaban.

—¡Baila! ¡Baila! —gritaron los ogros a coro.

El anciano empezó a bailar, pero lo hizo espantosamente mal, porque era reumático y apenas podía mover los brazos y las piernas. Los ogros se pusieron

furiosos y empezaron a abuchearle, porque cuanto más bailaba, peor lo hacía.

Entonces uno de ellos, que parecía el jefe, estaba tan furibundo que se acercó a él y le pegó en la mejilla izquierda el lobanillo del otro anciano, que tenían en custodia.

El anciano, pues, bajó de la montaña, muy triste, con dos enormes lobanillos, uno en cada mejilla.



# El hombre y el tigre

UN día, un hombre paseaba tranquilamente por el campo y se encontró, frente a frente, con un tigre. Entonces echó a correr, perseguido por el tigre. Corrió y corrió a toda la velocidad que sus piernas le permitieron, buscando un lugar donde refugiarse para que el tigre no le devorara.

Por fin, llegó al borde de un precipicio y, como el tigre le pisaba los talones, saltó y se agarró a una viña silvestre.



El hombre se quedó suspendido en el vacío.

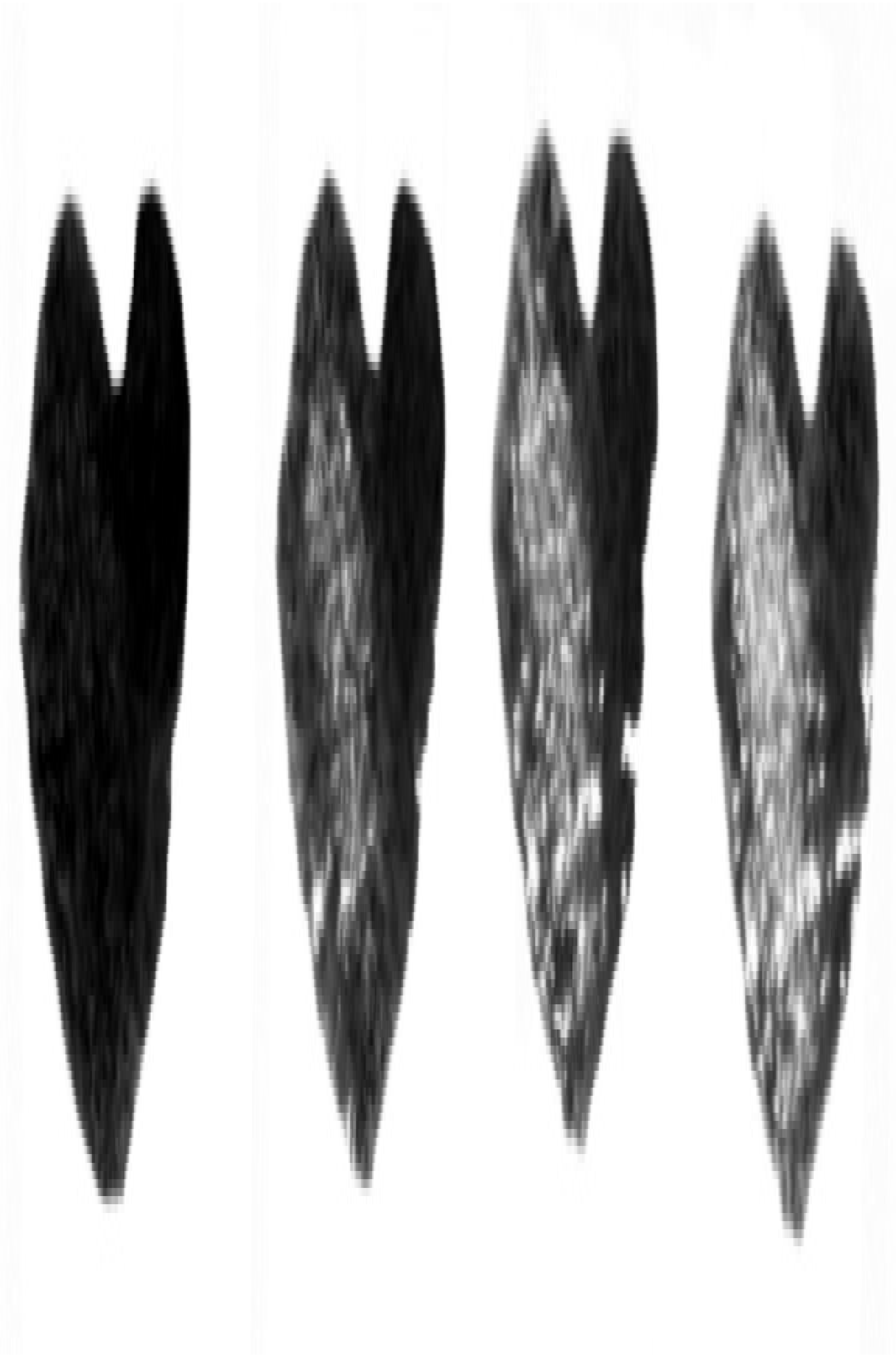
El tigre resoplaba por encima de su cabeza. Muy asustado, el hombre miró hacia abajo y vio a otro tigre acechándole al fondo del abismo.

De repente surgieron dos ratones, uno blanco y otro negro, y empezaron a roer la viña.



Cuando estaba a punto de quebrarse, el hombre vio, no lejos de donde se encontraba, una maravillosa fresa. Entonces soltó una mano de la viña para poder coger la fresa y se la comió.

¡Qué sabor! ¡Que delicia!



# Las pestañas del lobo

VIVÍA una vez en un pueblo un rico herrero con su única hija, la bella Akiko. La mujer del herrero había muerto poco después del nacimiento de la niña y el hombre había vuelto a casarse, porque necesitaba que alguien llevara su casa. Pero su elección 110 había sido afortunada. La madrastra era avara y perversa, nada podía alegrarla y detestaba sobre todo a Akiko, a la que envidiaba porque, a pesar de las humillaciones a que la sometía, era alegre y sonriente. A medida que la muchacha crecía, la madrastra la agobiaba cada vez con más trabajo, de modo que la joven Akiko pronto se quedó sola para ocuparse de la casa. La madrastra pasaba el día holgazaneando y dando órdenes, y por la noche se quejaba al padre diciendo que Akiko no había hecho esto o había hecho mal aquello. Cuando oía estas acusaciones, Akiko se ponía a llorar, pero al día siguiente lo había olvidado y se dedicaba a sus ocupaciones con alegría. Trabajaba sin parar, y los sirvientes jamás oían una mala palabra de su parte. Akiko era amable con la gente porque sabía por experiencia propia lo que significaba la injusticia. También era afable con los monjes y con los mendigos errantes que se encuentran en los pueblos: nadie se iba nunca de la casa con las manos vacías. De cuando en cuando incluso deslizaba en la mano de los novicios una moneda de bronce que había cogido del dinero de la compra. Todo el mundo amaba a Akiko. Cuando sus canciones llenas de alegría sonaban por la casa, los criados sentían el corazón contento y hacían más deprisa la tarcas; y la fortuna del herrero aumentaba.

Sin embargo, aquella actitud molestaba profundamente a la madrastra; no pasaba una sola noche sin que se quejara:

—Se entretiene con cualquiera, y eso no lo debe hacer una joven de buena familia. ¡Acabará espantando a tus clientes!

O también:

—Si seguimos así, acabaremos en la miseria. Si no estuviera yo pendiente a cada instante, repartiría todo lo que cae en sus manos. Para gastar se las arregla muy bien, pero traer dinero a casa es otra cuestión. Si continuamos de este modo, nos veremos obligados a mendigar; ¡y ya verás adonde nos conduce el buen corazón de tu hija!

De este modo calumniaba a Akiko día tras día, y el padre la creía. Tenía que

ganar el dinero trabajando duramente y 110 le gustaba que se despilfarrara. Akiko jamás se defendía de las acusaciones de la madrastra. Se limitaba a bajar tristemente la cabeza y enjugaba las lágrimas que brotaban de sus ojos. Pero al día siguiente sonaba de nuevo en la casa su alegre canción.

«No se toma en serio los consejos bien intencionados», se decía el padre al oírla cantar, y con el tiempo su corazón se endureció. Y cuando, la víspera de Año Nuevo, la madrastra se quejó a gritos de que Akiko tenía la intención de llevar la desgracia a la casa, pues, al preparar el pastel tradicional, no lo había hecho con el mejor arroz sino con viejas reservas, insultando así al dios de la Felicidad, el padre se enfadó y echo a Akiko de casa.

Akiko recorrió tristemente el pueblo. En todas partes preparaban el Año Nuevo, y nadie advirtió lo que le había ocurrido a la hija del herrero, siempre tan alegre. Akiko siguió su camino y llegó al pueblo vecino. Tenía frío y hambre; si por lo menos hubiera encontrado una casa donde trabajar para ganar un poco de alimento y un lecho para pasar la noche…, pero en todas partes le cerraban la puerta con desdén.

Akiko estaba ya tan débil que apenas podía andar; entonces llamó a la puerta de un albergue y pidió un poco de té caliente.

—Señor posadero, no tengo dinero, pero puedo dejarle en prenda mi chaqueta acolchada. Deme algo caliente para comer.

—¡Qué fácil! —respondió el posadero—. Cualquiera podría hacer lo mismo. Te pongo de comer y después no me dan nada por la chaqueta. No, dame la chaqueta, la venderé y después ya veremos lo que vale.

Akiko se quitó la chaqueta y esperó ante la casa, vestida solamente con un ligero quimono. E1 posadero envió al criado a vender la chaqueta y Akiko esperó, temblando de frío, a que volviera con el dinero.

Se quedó allí mucho rato, soportando el hambre y el frío.

—Cuando traiga el dinero, comeré algo caliente, y todavía me quedarán algunas monedas para proseguir mi camino. Quizá también encuentre a alguien compasivo que me dé trabajo y me acoja durante la noche —se consolaba a sí misma—. Mi exilio no puede durar mucho tiempo; seguro que mi padre reconoce pronto que ha cometido un error y me llama, porque no es posible que exista en el mundo semejante injusticia.

Akiko esperaba desde hacía mucho rato. Los huéspedes iban y venían, los criados y los sirvientes entraban y salían, pero nadie se ocupaba de la muchacha que estaba acurrucada en el umbral. Por fin, como ya no podía soportar el hambre y el frío, Akiko llamó suavemente al posadero.

—¡No me molestes, desharrapada! ¡Tan joven y vagando por las calles! ¡Lárgate de aquí, espantas a mis clientes! —le gritó el posadero.

Akiko, con voz temblorosa, le recordó la chaqueta que le había entregado para venderla:

—Era una buena chaqueta; seguramente le han dado lo bastante por ella como

para proporcionarme arroz, pescado y una taza de té bien caliente.

—¡Ja, ja!, pretende haberme dado una chaqueta —exclamó el posadero riendo con desprecio—. ¡Una preciosísima chaqueta que vale una fortuna! ¡Ja, ja!, ¿y no me has confiado también una bolsa llena de dinero? Parece que te falta también. ¿Habéis oído alguna vez semejante impertinencia? ¡Yo, vender una chaqueta para una mendiga! ¡Si poseyeras una buena chaqueta, estarías tranquilamente en tu casa en lugar de recorrer las calles de los pueblos!

El posadero gritaba tan fuerte que los clientes salieron del albergue para burlarse de la pobre muchacha.

Akiko se puso a llorar. El hambre y el frío eran terribles, pero nada la hería tanto como aquella palpable injusticia.

—¡Toma, aquí tienes esto! —dijo el posadero lanzándole un mendrugo de pan duro y un saco remendado—. Para que veas que soy compasivo y que un día de fiesta no dejo que nadie se vaya sin nada, ni siquiera una mendiga desvergonzada como tú. ¡Y ahora vete, o si no, suelto a mis perros!

Akiko se puso el saco remendado a la espalda y, con la cara roja de vergüenza, se fue corriendo entre las risas y las burlas de los comensales. ¡Sólo quería marcharse! No se detuvo hasta el lindero del bosque. Empezó a nevar y Akiko no sabía ni dónde se encontraba ni adonde iría. Desesperada, se dijo:

—Liste mundo no me reserva nada bueno. Si tengo que morir de hambre o de frío en alguna parte del camino y servir de pretexto para las burlas de los hombres, prefiero terminar yo misma con mi vida. ¡Iré al bosque y dejaré que me coman los lobos!

Traduciendo a los hechos su horrible decisión, se apartó del camino y penetró en la noche del bosque.

«En las montañas hay muchos lobos y en invierno están hambrientos. Seguramente no tardarán mucho en acabar para siempre con mis penas», se dijo mientras caminaba.

Sumida en tales pensamientos, arribó a un pequeño claro, se sentó en una piedra y esperó la aparición de los lobos. Poco a poco llegó el crepúsculo, la nieve caía cada vez más, el bosque estaba silencioso, no se movía ni una hoja.

«Quizá no sea el lugar apropiado», se dijo finalmente Akiko, al comprobar que los lobos no aparecían. «Nunca había estado en un bosque y no sé dónde están los lobos. Tendré que buscarlos».

Se levantó y siguió su camino. Se abrió paso a través de espesas malezas, recorrió senderos y llamó:

—¡Lobo, querido lobo, ven y cómeme; ya no quiero vivir!

Vagaba desde hacía mucho rato cuando, de repente, unas ramas crujieron en un matorral que había junto al sendero. Las ramas se apartaron y un enorme lobo violeta de grandes ojos rojos saltó al camino.

Se encogió como para disponerse a saltar, enseñó sus afilados colmillos y lanzó

penetrantes miradas a Akiko.

Ésta se paró en seco y se calló. Ahora que veía los punzantes dientes y que sentía el aliento cálido del lobo, empezó a tener miedo; pero inmediatamente se acordó de las humillaciones que los hombres le habían infligido y de las injusticias que había sufrido, pensó en la muerte por hambre que le acechaba y permaneció firme en su resolución.

Miró al lobo, y asustada, pero con voz enérgica, le dijo:

—¡Lobo, cómeme! ¡El mundo ya no puede ofrecerme nada bueno!

El lobo se agachó todavía más, guiñó los ojos y dirigió una mirada escrutadora a Akiko. Luego, se sentó sobre las patas traseras y dijo con amable voz, totalmente inesperada:

—No, no te comeré. Yo no como a los hombres, al menos a los verdaderos hombres. Tienes demasiada confianza. Pero voy a ayudarte.

Dicho esto, se arrancó suavemente dos pestañas, se las dio a Akiko y dijo:

—Cuando quieras saber qué clase de hombre tienes ante ti, pon estas dos pestañas ante tus ojos y mira bien. Inmediatamente sabrás cómo es la persona. Confía en el que no cambie ni siquiera después del examen minucioso que hagas a través de las pestañas. Con ese hombre serás dichosa. A los demás no les creas, aunque te pongan cara de buenos.

Akiko, sorprendida, dio las gracias al lobo y se fue. En su aturdimiento había olvidado el hambre y el frío. Pronto salió del bosque y llegó a una pequeña ciudad.

Akiko se situó en una encrucijada; a su alrededor había una gran multitud. Muchos llevaban cestos o haces de leña a la espalda; otros conducían caballos al mercado y muchos volvían con sus provisiones. Había un gran número de mujeres con bellos atuendos y hombres con aspecto de gran dignidad. Todos parecían buenos y honestos. ¿Cómo podría no confiar en aquellos hombres? Akiko decidió entonces seguir el consejo del lobo. Puso las pestañas ante sus ojos y observó el bullicio. ¡Cuál no íue su sorpresa al constatar la transformación que se había operado entre los ciudadanos de aspecto honrado y respetuoso! Por ejemplo, la mujer rica llena de dignidad que, vestida de seda, paseaba rodeada de sirvientas y de una institutriz que llevaba a un niño de la mano: en lo alto del quimono de seda está ahora la cabeza de un gallo que picotea, hambriento, a todos lados. La institutriz tiene cabeza de pez, y las sirvientas no son sino ratones o gallinas. O un poco más lejos: un funcionario con su séquito; del cuello duro del quimono de ceremonia sale con orgullo una cabeza de cerdo. Por una calle lateral, un comerciante se acerca a la encrucijada; tiene una cabeza de zorro y ojillos astutos lanzan miradas a todas partes. Por mucho que Akiko mira a su alrededor, no ve sino cabezas de animales en lo alto de cuerpos vestidos de seda, de algodón o de pobres harapos remendados. ¡En ninguna parte un rostro humano!

Akiko se puso muy triste. ¿Entonces así va el mundo? ¿Realmente no existe en la ciudad ni un solo hombre auténtico?

Estaba a punto de abandonar toda esperanza cuando vio a un joven carbonero, pobremente vestido, llevando un enorme saco de carbón de leña a la espalda, que se encaminaba lentamente hacia la encrucijada. Se veía que había hecho un largo viaje. Indecisa, Akiko acercó otra vez las pestañas a sus ojos. ¿Qué animal vería ahora en lugar del rostro que inspiraba tanta confianza?

Miró atentamente, pero el carbonero no se transformaba. Por más vueltas y vueltas que dio a las pestañas y aguzó la mirada, el carbonero conservó su bello rostro de muchacho.

Akiko era feliz; ¿pero cómo abordaría al forastero? ¿Qué pensaría de ella? Entonces decidió seguir al carbonero en secreto. Así vería dónde vivía, y por el camino seguramente se le ocurriría de qué modo dirigirse a él.

En el mercado, el carbonero cambió el carbón por té, arroz y sal; luego, sin detenerse, dirigió sus pasos hacia la montaña. Akiko le seguía a cierta distancia tratando de no perderle de vista completamente. El joven carbonero andaba deprisa y a Akiko le costaba seguirle. Pasaron al lado de unos campos de arroz y luego se metieron en un sendero silvestre. Allí, el carbonero desapareció; era joven y fuerte, mientras Akiko estaba muy débil por el hambre y el largo camino que había recorrido. Pero, afortunadamente, vio a lo lejos humo. Sin duda era la vivienda del carbonero. Siguió, pues, la dirección del humo, y en un claro vio, junto a una carbonera, una pequeña cabaña.

Akiko se dirigió derecha a la vivienda y echó una ojeada al interior. No vio a nadie, pero en el fuego había un hervidor con agua. El carbonero no podía estar muy lejos. Agotada, Akiko se sentó en el umbral y esperó.





Al cabo de un momento, el carbonero salió del bosque, se detuvo un momento ante la joven y gritó:

—¡Me has seguido hasta aquí, fantasma! Sigue tu camino, ¡en mi casa no encontrarás nada!

Akiko se levantó, saludó cortésmente y le aseguró que no era un fantasma, sino un ser humano. Al fin, el carbonero la creyó.

—Evidentemente, he advertido que me has seguido desde la ciudad. Por eso apresure el paso; pero te quedabas detrás. Pensaba que eras un fantasma, porque una muchacha no tiene costumbre de pasear sola por los bosques. También por esa razón no me quedé en la cabana, porque me dije que si el fantasma no me encontraba, se iría. Pero, dime, ¿qué haces aquí en el bosque? No tienes aspecto de ser una vagabunda; me parece que has debido de conocer tiempos mejores no hace mucho.

Akiko le contó la historia de la malvada madrastra y de la injusticia del padre que la había echado de casa la víspera de Año Nuevo. También le dijo que deseó que la comieran los lobos; por fin, preguntó al carbonero si quería que se quedara con él.

—Sé cocinar y podré ocuparme de tu casa. Seguro que estarás satisfecho de mí.

—Yo, seguro que estaré satisfecho, pero no sé si tú lo estarás en mi casa. No soy sino un simple carbonero que se gana la vida penosamente con sus manos. Mi casa no es como una casa rica.

Akiko no tenía necesidad de lujos; era dichosa por haber encontrado un techo, y su mayor deseo era podcr quedarse en casa del carbonero. Antes de penetrar en la cabaña se miró los pies, que estaban sucios del largo viaje. No, ella no podía entrar con los pies así, y preguntó al carbonero dónde podía lavarse.

—Detrás de la carbonera, en el lindero del bosque, hay un manantial.

El manantial estaba rodeado de vigas de madera. Akiko se asomó y el agua brillaba como si el sol se reflejara en ella.

«Pero si ya es de noche, ¿de dónde pueden venir estos rayos de sol?», se preguntó Akiko, y miró más de cerca. Al fondo del manantial había muchas piedras, y eran ellas las que brillaban. Akiko sacó una de las piedras del agua y la examinó. Luego se lavó los pies, aunque casi le dio vergüenza meterlos en el agua del manantial dorado. Al final, se agachó para beber el agua, que brotaba de la roca por un tubo de bambú.

«Seguramente el carbonero viene aquí a buscar agua para hacer su comida», se dijo; pero, de repente, dejó de beber, sorprendida. No era agua lo que salía del tubo de bambú, sino el mejor de los sakes. Akiko cogió una de las piedras doradas y corrió a la cabaña.

—¿Sabes lo que es esta piedra? —preguntó al carbonero.

—Naturalmente; es una piedra ordinaria. El manantial y sus alrededores están llenos de ellas. Son muy bellas, mira cómo resplandecen. Y no pierden el brillo ni cuando están secas —dijo el carbonero tranquilamente—. Mira, con ellas he decorado la chimenea. Y, si quieres, puedo empedrar el camino que conduce al manantial, ¡hay tantas!

—¡No es una piedra, es oro puro! —le explicó—. En la ciudad te darán por ellas lo que quieras y ya no tendrás que ganarte la vida con un trabajo tan pesado.

—¿Me darían arroz a cambio de una piedra? El cansancio ha debido trastornarte. A cambio de carbón, sí, me dan lo que necesito, por supuesto si tuviera bastante —continuó el carbonero sin perder en absoluto la calma.

—¿Y sabes lo que sale del tubo de bambú del manantial?

—¿Pero qué te pasa? —protestó el carbonero—. Nada más que buenísima agua pura. La bebo desde hace años y no me ha pasado nada.

Akiko se echó a reír y recuperó su buen humor.

—¡Buenísima agua pura! ¿Acaso no sabes que es el mejor sake que he bebido jamás?

Luego explicó al joven carbonero en medio de qué tesoros había llevado una vida durísima hasta entonces.

—Mañana llevaremos el oro a la ciudad y lo cambiaremos por dinero. Luego haremos venir artesanos y nos construirán un albergue junto al manantial de sake. ¡Y te sorprenderá la vida que llevaremos entonces!

El carbonero no lo creía, pero al ver que a Akiko le desaparecía la tristeza y el cansancio, no quiso contradecirla. Al día siguiente llevaron el oro a la ciudad. Y poco tiempo después, el albergue *La Carbonera Apagada* se erguía en el claro del bosque.

Muy pronto, el albergue, con su buen sake y su amable dueña, eran conocidos en todos los alrededores y, de cerca y de lejos, comerciantes y samuráis hacían un alto en él. Incluso el príncipe de la provincia se detuvo una vez para probar el delicioso vino que manaba de la misma roca; el vino le gustó tanto que, a partir de ese momento, mandó que lo enviaran a su palacio y no volvió a beber otro sake nunca más.

El claro del bosque estaba siempre muy animado. Después de los clientes ilustres acudían visitantes menos nobles y, por último, los vagabundos: monjes, mendigos y mendigas. Pero la dueña del albergue tenía una sonrisa para todo el mundo.

Pero ¿qué había ocurrido mientras tanto en el pueblo natal de Akiko?

Cuando el padre echó a la muchacha, la madrastra se quedó contenta al fin. Pero ahora tenía que ocuparse sola de la casa, y poco después se volvió tan desagradable y gruñona como antes; eso duró hasta que su mal humor fue tan grande que murió. Por su parte, el padre no tenía ya éxito en nada. Todo parecía como embrujado. Sus guadañas, antes muy solicitadas en los contornos, de repente se rompían antes incluso de haberlas usado. Si quería forjar una buena hacha, se volvía pésima. En vano regañaba a sus aprendices y despedía a sus ayudantes: el taller se hundía cada vez más, y al final no le quedó otra solución que ira mendigar. De este modo se cumplió lo que la madrastra había predicho, pero por otra razón muy distinta.

Un día, el viejo herrero llegó, con otros mendigos, al albergue *La Carbonera Apagada*. No reconoció a su hija, pero le sorprendió ver que en lugar de recibirlos con injurias, les servían una excelente sopa y, además, un cuenco del mejor sake. Aquella hospitalidad hacia los pobres mendigos le hizo pensar en su hija, que era tan

amable y compasiva como la dueña del albergue. Solamente en ese momento se dio cuenta de lo que una palabra amable podía significar para un pobre hombre cansado y en la miseria, y se arrepintió de haber actuado entonces con precipitación y sin reflexionar.

—Mi pobre Akiko; ¿qué ha sido de ella? ¿Es una desdichada que vaga por el mundo como yo, o está muerta? —suspiró el anciano, y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Akiko servía a sus clientes no lejos de los mendigos; pero un sentimiento impreciso la atraía hacia los pobres harapientos. Sobre todo, el viejo mendigo le resultaba conocido, hasta que, por fin, reconoció en él a su padre. Dudó mucho rato en darse a conocer, pensando en su pena y en las crueles palabras con las que su padre la había echado de casa. Pero, al ver las lágrimas de amargura que el viejo derramaba acordándose de su hija, lo olvidó todo y se acercó a él.

—Padre, no llores más, soy tu Akiko.

—Akiko, hija mía —sollozó el herrero—. Ya ves cómo me ha castigado la suerte por la injusticia que cometí.

Akiko llamó a su marido, y luego, los tres, llorando, se contaron su historia.

El viejo herrero se quedó con su hija y su marido y vivieron felices y contentos. Y con frecuencia, más tarde, el anciano contaba a sus nietos la historia de sus padres y del albergue *La Carbonera Apagada*.



# Tres millones trescientas treinta y tres mil trescientas treinta y tres bellotas

HABÍA una vez, en un pueblo, un padre que tenía tres hijos. El mayor y el segundo eran muy formales; trabajaban bien y jamás pasaban un solo minuto sin hacer nada. Todos los habitantes del pueblo los elogiaban. En cambio Djinroku, el pequeño, era diferente. No es que fuera un holgazán o tuviera mal humor, no; pero le encantaba escuchar relatos fantásticos y su atención se concentraba tan absolutamente en lo que se decía que olvidaba por completo el trabajo.

Lo peor era cuando una compañía ambulante hacía su aparición en el pueblo. Entonces daba el último dinero que quedaba en la casa para conseguir una entrada, y cuando faltaba el dinero vendía lo que caía en sus manos. En vano su padre le encerraba; Djinroku siempre lograba escaparse para correr hacia el río, donde los artistas habían montado su tienda. Una vez instalado, seguía cuanto se desarrollaba en la escena de tal modo, que se olvidaba hasta de respirar. Al volver a casa seguía suspirando de admiración y, ante los reproches de su padre y las bromas de sus hermanos, respondía solamente:

—¡Si supierais lo maravillosa que era la historia! Tengo que contárosla, lis una pena que yo no sea capaz de hablar tan bien como el actor en el teatro.

Y al decir esto, sonreía tranquilamente a todo el mundo, sin darse cuenta hasta qué punto había enfadado a los demás.

—Realmente no sé qué va a ser de Djinroku —se decía con frecuencia el padre—. Tiene buen corazón, lo que posee lo reparte y para poder escuchar una historia interesante daría incluso hasta su última camisa.

Pasaron los años, el padre se hizo viejo, y un día llamó a sus hijos y les dijo:

—Mis queridos hijos, habéis alcanzado la edad en que es preciso que veáis un poco el mundo, antes de estableceros por vuestra cuenta. Reflexionad bien adonde queréis ir y buscad el camino que os parezca mejor para vosotros. Yo no poseo gran cosa, pero repartiré equitativamente entre vosotros los pocos escudos que he ahorrado para que, por lo menos, tengáis con qué empezar. Os deseo de todo corazón suerte en el mundo y que volváis satisfechos y gozando de buena salud.

Después dio a cada uno tres escudos y les dejó marchar. Los hermanos hicieron las maletas, se calzaron sólidas sandalias y dieron la espalda al pueblo. Avanzaron alegremente bajo las blancas nubes hasta una encrucijada. Allí, el mayor dijo:

—Escuchad, hermanos, ya que tenemos que separarnos, por qué no hacerlo ahora. A partir de aquí, cada uno de nosotros seguirá su propio camino, como nuestro padre nos ha aconsejado.

Los otros no tenían nada que objetar. Se desearon buena suerte, se hicieron una reverencia, y, luego, el hermano mayor se fue hacia la izquierda, el segundo, hacia la derecha, y el pequeño cogió el camino de enfrente, en línea recta. Se puso a canturrear y se regocijaba de antemano con las sorpresas que el mundo le reservaba, y sobre todo con las maravillosas historias que sin duda iba a escuchar. El camino se hizo cada vez más duro, el sol descendió cada vez más en el horizonte y por fin desapareció. En ese momento Djinroku se encontraba en un bosque, y para llegar al pueblo más próximo hubiera tenido que pasar una alta montaña.



En su inexperiencia, se dijo: «Qué podrá ocurrirme en el bosque; voy a hacerme una cama en la hierba, bajo los árboles, y pasare la noche allí».

Apenas se hubo acostado y tapado con hojas secas para no tener frío, se durmió profundamente y no se despertó hasta que los primeros rayos del sol asomaron a través del follaje.

Todavía no tenía los ojos del todo abiertos cuando oyó que alguien a su lado decía:

—Se acabó el sueño; ¡desayunemos rápidamente, y en marcha!

Djinroku se sentó y vio, a sus pies, a dos mendigos acurrucados junto a un fuego.

Uno de ellos, dirigiéndose a Djinroku, le dijo:

—Ayer nos sorprendió la noche en el bosque; y, al buscar un lugar propicio para pasarla, te encontramos acostado tranquilamente en la hierba. Debes de ser muy inexperto para dormir así, completamente solo en el bosque, sin pensar que las fieras salvajes podrían despedazarte. Nos quedamos aquí para velarte. Has dormido toda la noche como un lirón y ni siquiera te has dado cuenta de que habíamos hecho fuego.

Y el segundo mendigo añadió:

—Sí, y luego nos hemos dicho que un muchacho joven como tú seguramente tendría hambre después de una noche fría en el bosque, y hemos cocido un poco de arroz. Ven a comer con nosotros. Es una suerte para ti que te hayamos encontrado nosotros y no las fieras salvajes.

Y dicho esto, ofreció a Djinroku un puñado de arroz.

Djinroku no sabía cómo dar las gracias a los mendigos.

—Realmente sois muy buenos —acabó por decir—. ¿Sabéis?, mi padre me dio tres escudos cuando me fui; como somos tres, vamos a repartirlos; cada uno tendrá un escudo. Sí, es una buena idea —dijo alegremente, abriendo su hatillo y sacando el pañuelo en el que había guardado cuidadosamente el dinero.

Los mendigos se miraron sorprendidos y, al ver que el muchacho no bromeaba, saltaron de alegría.

El primer mendigo dijo:

—Tienes buen corazón, joven extranjero; seguramente tu regalo nos traerá felicidad. Pero no podemos aceptarlo sin darte algo a cambio. Nosotros también te hacemos un regalo que, aunque no es gran cosa, quizás algún día pueda servirte.

- entregó al muchacho una aguja; el segundo mendigo le dio un hilo.

—No creas que se trata de una aguja ordinaria —siguió diciendo el primer mendigo—. Esta aguja atraviesa y cose todo lo que quieras.

—Y el hilo tampoco es corriente —añadió el segundo mendigo—. Puedes coser con él tanto tiempo como desees, jamás verás el final.

Djinroku dio las gracias a los mendigos por los regalos, les hizo una reverencia y siguió su camino.

Su ruta le condujo por numerosas montañas abruptas, a través de muchos barrancos profundos, y, un día, en un valle estrecho, encontró a un viejecito totalmente encorvado. Llevaba un casquete tejido con hilos de oro, un manto bordado con grandes flores multicolores y, en los pies, preciosas sandalias de rafia. Lo más extraño era, sin embargo, el rostro del viejo, que no armonizaba en absoluto con la silueta encorvada y la larga barba blanca, pues era rosado y liso.

El anciano llevaba un gran saco raído a la espalda y andaba más ágilmente de lo que nadie le hubiera imaginado capaz, dados sus años. Al ver a Djinroku, que avanzaba apaciblemente, se detuvo para esperarlo. Cuando el muchacho estuvo a su altura, el viejo le lanzó una mirada escrutadora y dijo amablemente:

—Bien, muchacho, tengo la impresión de que te gusta oír historias maravillosas.

—Oh, sí, abuelo, me gustan las historias maravillosas por encima de todo —respondió Djinroku, muy contento con la idea de aprender algo interesante.

—En ese caso, seguro que también las sabes contar bien y de forma cautivadora —prosiguió el viejo.

Entonces Djinroku se puso muy triste, porque, para su pesar, no era capaz de ello.

—Se equivoca, abuelo, yo no sé contar. He oído muchas historias interesantes, pero cuando quiero contarlas yo, bostezo de aburrimiento.

El viejo movió la cabeza con tristeza y dijo:

—Es una pena, porque detrás de este bosque se llalla un estado a cuyo príncipe le gusta escuchar historias extrañas y fantásticas. Hasta tal punto, que ha prometido la mano de su hija a quien le cuente la historia más inverosímil. Pero no estés triste, voy a darte un consejo. Yo vendo historias; ¿no querrías comprar una?

—Me encantaría, abuelo, pero ¿cuánto cuesta una historia?

—Bueno, desgraciadamente, las historias baratas están vendidas. No tengo más que una en mi saco; es la más cara. Cuesta un escudo contante y sonante. Pero es realmente la más bella de todas las historias.

Djinroku se puso muy contento y dijo:

—Tengo suerte. Todavía me queda un escudo del dinero que me dio mi padre. —Pero después añadió con cierta vacilación—: Si se lo doy, me quedaré sin dinero. ¿Qué opina, abuelo, la historia me traerá suerte?

El anciano tranquilizó al muchacho y le explicó que no tenía que preocuparse, pues una historia que valía un escudo no podía decepcionar a nadie. De este modo, el asunto quedó zanjado.

Djinroku dio al viejo su último escudo; éste levantó el saco, lo puso muy cerca de la oreja de Djinroku y lo apretó suavemente. Entonces se oyó un ligero murmullo y la historia que estaba descansando en el fondo del saco saltó al oído de Djinroku.

Después, el anciano dobló el saco y preguntó:

—¿Te ha gustado la historia?

Djinroku con gesto de sorpresa contestó:

—Verdaderamente, es una historia extraña.

Luego, hizo al viejo una educada reverencia y se fue corriendo hacia la ciudad donde se alzaba el palacio del príncipe. Varias veces tropezó en el camino y se hizo magulladuras, pues no prestaba atención al sendero, escuchando la extraña historia que estaba en su cabeza. Por fin, llegó al palacio.

—¿Quién está ahí? —preguntó el guardia cuando Djinroku llamó al pórtico.

—Soy Djinroku y conozco la mejor historia que existe en todo el Japón; quiero contársela a su amo, el príncipe.

Djinroku fue conducido a los aposentos del soberano.

Este saludó al extranjero con estas palabras:

—Me han dicho que sabes una historia extraña. Rápido, cuéntala para que yo pueda juzgar si es verdad o si no eres más que un impostor. Ya conoces la recompensa. Pero, si me aburres, ¡haré que te corten la cabeza! ¡Empieza!

Al oír estas palabras, a Djinroku le entró mucho miedo, pero era demasiado tarde para huir y empezó a contar la historia que había comprado al viejo:

—Había una vez, hace ya mucho tiempo, un roble. Era un roble especialmente grande, como ya no existen en nuestros días. Sus ramas se extendían desde la provincia Etchigo hasta la isla Sado, y el tronco tenía una circunferencia de trescientas treinta y tres mil cuerdas, tres pies y tres pulgadas…

El príncipe dijo, asombrado:

—Realmente, no era un roble normal.

Djinroku, sin perder el hilo, continuó:

—Pero aquel roble no sólo era extraordinariamente grueso, sino que era también increíblemente alto, pues medía trescientas treinta y tres cuerdas… De nuevo, el príncipe interrumpió:

—¿Cómo puedes saber cuál era la altura del árbol; acaso lo mediste?

—Yo no lo medí; pero la copa del árbol se perdía en un mundo vecino. Y allí vivía un hombre enormemente curioso. Estaba muy intrigado por aquel árbol y, un día, empezó a descender por una de las ramas. Necesitó varios años para bajar hasta la ramificación; llegó en otoño. Como se movía tanto en el árbol, hizo que las bellotas cayeran una tras otra a la tierra. Una cayó al tejado del templo Senkodji, en la provincia del norte; la segunda, en el cráter de nuestra famosa montaña, Fuji; la tercera, en el lago Bixa, en el sur…

—Bien, bien, he comprendido; ¿y después?

—Después —continuó Djinroku—, otra bellota cayó, en la isla Shikoku, en la campanilla de un peregrino. La campanilla se puso a tocar y el pobre peregrino se quedó horrorizado. La quinta…

De nuevo, el príncipe interrumpió el relato:

—¿Y cuántas bellotas había en total?

—¡Oh, había muchas! —dijo Djinroku sin perder la calma—. Había exactamente tres millones trescientas treinta y tres mil trescientas treinta y tres bellotas. Y cada una de las tres millones trescientas treinta y tres mil trescientas treinta y tres bellotas

tiene su propia historia.

Entonces el príncipe preguntó, incrédulo:

—¿Cómo pudiste contar una cantidad tan grande de bellotas?

Ante aquella pregunta, Djinroku se detuvo, desconcertado. Era capaz de contar una historia para cada una de las bellotas, pero entre todas las historias que el saco le había murmurado, no había ninguna que explicara cómo había contado las bellotas. Ya se veía conducido al patíbulo por el verdugo cuando, por fortuna, se acordó de los regalos que los mendigos le habían hecho.

—Oh, fue muy sencillo, noble príncipe; las atravesé todas con una aguja y, al quedar ensartadas en el hilo, pude contarlas.

Aquello fue demasiado, incluso para el príncipe. Furibundo, exclamó:

—Que tontería es ésta; no hay ningún hilo en el mundo lo bastante largo como para que puedan ensartarse ni siquiera un millón de bellotas.

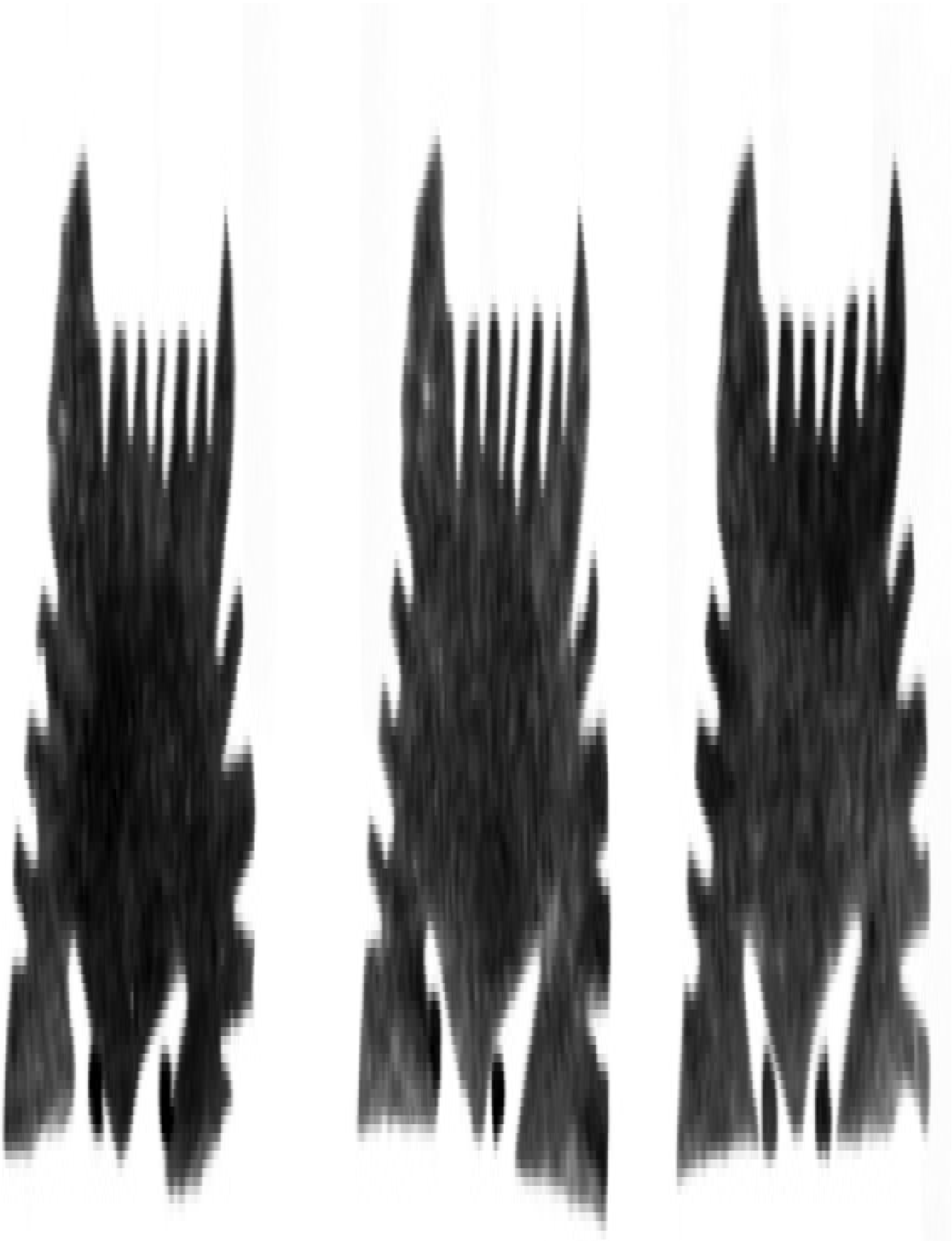
Entonces Djinroku sacó del bolsillo la aguja y el hilo y se los mostró al príncipe, diciendo:

—Noble príncipe, aquí está la aguja y el hilo; si no me creéis, contaré todas las flores de vuestro jardín.

Y lanzó la aguja y el hilo por la ventana a lo más alto del cerezo en flor. En el mismo instante, se oyó en el jardín un grito terrible seguido inmediatamente de un ruido sordo, como si algo pesado hubiera caído al suelo. Asustada, toda la concurrencia corrió a la ventana para ver qué había pasado.

Bajo el árbol en flor, un temible bandolero estaba a punto de expirar. La aguja que Djinroku había lanzado por la ventana, le había penetrado en el corazón y le había hecho caer del árbol en el que se había escondido. Era un bandido cruel que desde hacía años sembraba el terror en el principado y que llenaba de espanto incluso al príncipe. A pesar de todos los esfuerzos, no habían conseguido nunca capturarle. Aquel día se disponía a introducirse en el palacio para asesinar al príncipe y a su familia. Pero la aguja del muchacho había puesto punto final de una vez por todas a sus fechorías.

En señal de gratitud, el príncipe dio a su hija en matrimonio a Djinroku. De este modo, su buen corazón y su pasión por las historias interesantes trajeron suerte al benjamín de los tres hermanos.



# La noche del samurái

CAÍA la tarde, y el joven caballero, el samurái Yoshinari, seguía sin saber dónde iba a pasar la noche. Solo en la naturaleza, atravesaba una llanura dejando que su mirada vagara con la esperanza de descubrir un pueblo y quizás un lugar donde dormir. De no haber sido por su porte altanero y las dos relucientes espadas que llevaba a la cintura, nadie hubiera imaginado que se trataba de un caballero. Su ropa era pobre y estaba rota, el pelo revuelto, y la delgadez de su cara indicaba que no había comido bien desde hacía mucho tiempo. Había perdido sus funciones y su servicio cuando su amo, vencido en una guerra por el poder, había tenido que despedir a su séquito. Yoshinari —al igual que sus compañeros— no había tenido más remedio que recorrer el país con la esperanza de encontrar otro servicio. Pero la mala suerte le había perseguido. Hacía mucho tiempo que había terminado sus reservas y ya no le quedaban sino las dos espadas.

Mientras caminaba con la mirada fija en el horizonte, distinguió al fin, a lo lejos, varias casas. Se sintió feliz por no verse obligado a dormir en plena naturaleza y apresuró el paso. Cuando llegó al pueblo era ya de noche y los habitantes se disponían a acostarse. Yoshinari fue de casa en casa, pero nadie quiso albergarle. Le cerraban la puerta en las narices, y a veces ni siquiera le abrían. ¿Tenían miedo de él?

Sólo una ventana se entreabrió y alguien gritó:

—Detrás del pueblo se encuentra un pequeño templo; quizá pueda pasar la noche allí.

Tras estas palabras, la ventana volvió a cerrarse rápidamente.

A Yoshinari le sorprendió el extraño comportamiento de los habitantes del pueblo; pero después se dijo que seguramente los magistrados habrían prohibido albergar a los caballeros errantes, y se dirigió hacia el templo. Lo esencial era tener un techo sobre la cabeza durante la noche.

Aproximadamente a medio camino encontró a un anciano que bajaba del bosque llevando un enorme haz de leña a la espalda. El viejo saludó con cortesía y se dirigió al caballero:

—Espero que no tenga la intención de dormir en nuestro templo, noble caballero.

—No hay otra solución, abuelo; en el pueblo parecen tenerme miedo y nadie

quiere albergarme. Pero, al menos, alguien me ha aconsejado que pase la noche en el templo que está detrás del pueblo —contestó Yoshinari.

—No vaya al templo, noble caballero —respondió el anciano—. Sé perfectamente por qué le han enviado allí. El templo está abandonado desde hace mucho tiempo y de noche está encantado. Pasan cosas muy extrañas y todavía nadie ha pasado allí una noche entera. Quizá la gente del pueblo espera, noble caballero, que usted nos libre de los fantasmas. Pero no vaya. Si se conforma con mi modesta cabaña, puede dormir en mi casa.

Al principio, a Yoshinari le puso furioso la idea de que la gente del pueblo hubiera querido jugarle una mala pasada, pero luego cambió de opinión y dijo al anciano:

—Abuelo, le agradezco su bondad, pero razón de más para ir. Si no, podrían creer que tengo miedo a los fantasmas. ¡Y un verdadero samurái no teme a nada en el mundo!

—Haga lo que le parezca, noble caballero; yo se lo he advertido; ahora, ¡le deseo mucha suerte en la lucha!

Y, diciendo esto, el anciano echó a correr hacia su casa.

El camino que conducía al templo no se había utilizado desde hacía mucho tiempo. AI cabo de un rato, el templo en ruinas surgió de la oscuridad ante Yoshinari. En el techo había un enorme agujero y las grietas de las paredes eran tan anchas que un gato hubiera pasado por ellas sin dificultad. Cuando Yoshinari subió al porche, un trozo de balaustrada carcomida se le quedó en la mano y las tablas del suelo chirriaban peligrosamente bajo sus pies. Detrás de la puerta, una gruesa telaraña tapaba la entrada como una pesada cortina. El templo estaba totalmente vacío, exceptuando numerosas telarañas, varias esteras viejas y un cofre cubierto de polvo.

Yoshinari se preparó un lecho en la antesala del templo y se sentó. Dejó las espadas al alcance de la mano, aunque dudaba de que pudieran serle útiles contra fantasmas; luego, esperó pacientemente el curso de los acontecimientos. Mientras tanto, la noche había caído completamente. Pero, poco después, la luna se elevó e iluminó el interior del templo por el agujero del tejado y las grietas de las paredes. De cuando en cuando se oía crujir una viga, pero el resto del tiempo reinaba el silencio. Yoshinari se había propuesto no dormirse y no dejarse sorprender por nada; pero había hecho un viaje muy cansado y tenía el estómago vacío; por lo tanto, no es sorprendente que al final se durmiera.

Era medianoche cuando alguien que golpeaba muy fuerte en la cara norte del templo lo despertó. Al mismo tiempo oyó una voz que parecía un graznido:

—¿Hay alguien?

Yoshinari cogió como un rayo sus espadas y reflexionó sobre si debía responder o no; pero antes de que pudiera decidirse se encendió una luz en la estancia contigua, detrás de la fina cortina de bambú, y alguien gritó:

—Aquí está el largo, el enjuto, el que inocentemente fue apresado. Hoy estoy en

mi casa y recibo. ¿Quién está ahí?

Fuera, se oyó una voz que respondía:

—Aquí está el brillante, el combado, el que se perdió en la maleza. He venido a visitarte; ¿puedo entrar?

—Entra y sé bienvenido —respondió el anfitrión.

Pero no se oía ningún paso ni ningún otro ruido. Al cabo de un momento, la luz de la estancia contigua se apagó y todo quedó como antes.

Yoshinari pensó que había sido solamente un sueño; pero, de repente, llamaron de nuevo, esta vez en la cara sur del templo, y una voz gangosa, gritó:

—¿Hay alguien?

Como antes, la luz se encendió y en la estancia contigua alguien respondió:



—Aquí está el largo, el enjuto, el que inocentemente fue apresado. Hoy estoy en mi casa y recibo. ¿Quién va?

Y el nuevo huésped respondió:

—Aquí está el delgado, el desdentado, el que fue colgado de una rama. He venido a visitarte; ¿puedo entrar?

—Entra y sé bienvenido —respondió el anfitrión.

La luz se apagó y se hizo el silencio. Ahora, Yoshinari estaba seguro de no haber soñado; y esperó el curso de los acontecimientos.

No tuvo que aguardar mucho tiempo. Alguien llamó por la cara este del templo y una voz baja y profunda preguntó:

—¿Hay alguien?

Cuando la luz se hubo encendido y el largo y enjuto hubo respondido, el nuevo visitante dijo:

—Aquí está el desnudo, el jadeante, el que sólo fue enterrado a medias. He venido a visitarte; ¿puedo entrar?

Le rogaron que entrara, pero Yoshinari no pudo constatar si había aceptado la invitación, porque todo quedó silencioso.

Antes de que la luz se apagara, llamaron de nuevo, por la cara oeste del templo esta vez, y el nuevo huésped se presentó inmediatamente:

—Aquí está el barrigudo, el insaciable, el que fue ahogado en el estanque. He venido a visitarte; ¿puedo entrar?

Después de que el visitante hubo aparentemente entrado, la luz ya no se apagó; por el contrario, surgió una claridad todavía más intensa que antes. Al parecer, el anfitrión ya no esperaba a nadie más. Pero Yoshinari sí esperaba, lleno de excitación, aunque también de valor, saber lo que el extraño grupo iba a hacer.

Durante un buen rato no pasó nada; solamente se oían en la habitación contigua murmullos y risas sofocadas, así como ruidos de vajilla, igual que cuando se invita a varias personas a una cena a la que sigue una agradable conversación.

Pero alguien elevó el tono; a juzgar por la voz, debía de ser el anfitrión; los demás se callaron y, al parecer, escuchaban atentamente.

—Hoy tengo una estupenda sorpresa para vosotros. Al lado, en la antesala del templo, duerme el caballero Yoshinari, que no sabe lo que le espera. Pero yo sí lo sé. Inmediatamente vamos a…

Desgraciadamente, las siguientes palabras fueron pronunciadas tan bajo que Yoshinari no pudo comprenderlas. Al murmullo siguió una carcajada y gritos entusiastas:

—¡Maravilloso! ¡Qué contento estoy! ¡Cómo vamos a divertirnos!

Yoshinari tenía sudores fríos. Un caballero menos valiente seguramente hubiera emprendido la huida, pero Yoshinari no perdió su presencia de ánimo. Al oír que los fantasmas se acercaban, se levantó, se arremangó, separó las piernas y esperó, con la espada en la mano, el ataque.

En ese instante, se oyó un silbido ensordecedor y un rayo rojo resplandeciente penetró en la antesala del templo. Se deslizó por el suelo, trazó redondeles y arcos de medio círculo, y cada vez se acercaba más a Yoshinari dando vueltas a su alrededor. Yoshinari asestó estocadas en su dirección, pero el rayo se limitó a reír en tono burlón y continuó su danza.

Yoshinari sabía que el único modo de imponerse a un enemigo traidor era el valor; entonces gritó con voz severa:

—¡Alto!

Y, realmente, el rayo rojo interrumpió su danza y parpadeó, inseguro, pero se repuso en seguida y dijo con voz delicada:

—¡Dime quién soy o te estrangulo!

Yoshinari no reflexionó mucho rato y respondió:

—¿Que quién eres? Evidentemente, el largo, el enjuto —y, como el rayo no se movía, añadió—: El que inocentemente fue apresado.

Apenas hubo pronunciado estas palabras el rayo se estremeció y desapareció.

Inmediatamente después se oyó un rugido espantoso, como si toda una manada de caballos penetrara en la antesala del templo, y algo largo, blanco y reluciente se puso a saltar alrededor de Yoshinari; y cada vez que ese algo pasaba junto a él, oía un ladrido. Por fin, ese algo blanco se detuvo ante el caballero y dijo:

—Dime quién soy o te rompo en mil pedazos. Yoshinari respondió rápidamente:

—Sin duda eres el desnudo, el jadeante —y añadió muy deprisa—: El que fue enterrado a medias.

Entonces, la oblonga luz blanca saltó por última vez y desapareció.

Yoshinari hizo un esfuerzo de reflexión para saber quién faltaba todavía de los que habían ido a visitar al largo, al enjuto. Pero apenas tuvo tiempo, porque en seguida oyó un sonido hueco, como el que hace una campana, y en la antesala del templo apareció una luz redonda y azulada que daba vueltas cada vez más deprisa. Mientras giraba se hacía cada vez más grande, hasta llenar casi totalmente la estancia; Yoshinari tuvo que apretarse contra la pared para no ser arrastrado por aquel torbellino. Entonces, la aparición se detuvo y dijo con risa ahogada:

—¡Dime quién soy o te como!

En ese instante, Yoshinari comprendió la identidad de aquel fenómeno y respondió:

—No eres otro que el barrigudo, el insaciable; evidentemente, el que fue ahogado en el estanque. Y la bola azulada desapareció.

Antes de que el caballero pudiera respirar más libremente, algo intangible se puso a recorrer el suelo y a soltar chispas. Por fin, se dirigió directamente a Yoshinari; éste saltó ágilmente a un lado. Entonces lo intangible se detuvo y silbó con voz gangosa:



—¡Dime quién soy o te trituro!

«Ja, ja», se dijo Yoshinari, «tú no sabes morder». Y, rápidamente, respondió al fantasma:

—Seguramente eres el desdentado, el delgado, el que fue colgado de una rama.

Y el fantasma desapareció como los otros tres habían hecho antes que él.

Yoshinari sabía que todavía faltaba un visitante; pero, por más esfuerzos que hacía, no conseguía acordarse de su nombre. Mientras reflexionaba oyó un aleteo como si una bandada de pájaros se agitara en la estancia; y en el aire vio algo transparente, con el brillo de todos los colores. Se acercaba cada vez más, para detenerse por fin justo delante de Yoshinari y decir con una voz que parecía un graznido:

—Dime quién soy o te hago cosquillas hasta que mueras.

«Afortunadamente eres el último», pensó Yoshinari, porque ya estaba muy cansado de aquella danza nocturna, y dijo:

—Bueno, eres el que llegó el primero, el…

Entonces algo le hizo cosquillas en la nariz y dio un salto. Por suerte, en ese preciso momento se acordó del nombre del visitante.

—Eres el brillante, el combado, el que se perdió en la maleza. Y ahora, desaparece; ¡ya estoy harto de vosotros! —gritó muy fuerte.

Y, efectivamente, aquel algo transparente desapareció y todo volvió a estar en silencio.

Pero en la estancia vecina seguía la luz encendida, y Yoshinari, como no sabía lo que los fantasmas estarían tramando, no se atrevía a dormirse.

Menos nial que el amanecer no estaba lejos, y con el primer canto del gallo en el pueblo vecino la luz se apagó; los lúgubres visitantes parecían haberse marchado.

Entonces Yoshinari, que ya no se tenía en pie de cansancio, se tumbó y se durmió inmediatamente. Cuando se despertó con el estómago vacío, el sol brillaba ya a través de las grietas. Yoshinari se puso a inspeccionar el templo. Estaba completamente vacío, excepto las telarañas, las esteras viejas y el cofre cubierto de polvo.

Yoshinari se ciñó las espadas y salió al porche. Desde allí distinguió, no lejos del templo, a algunos habitantes del pueblo que, mudos, miraban en su dirección. Se acordó de la acogida poco agradable de la víspera, puso las manos en forma de altavoz alrededor de la boca y les gritó:

—Me enviasteis a dormir con los fantasmas; pero, como veis, no me ha ocurrido nada; al contrario, ¡he pasado un rato muy agradable con los espectros! ¿Y sabéis quién se aparece en este templo? ¡Escuchad bien! Aquí se encuentra el largo, el enjuto, el que inocentemente fue apresado; recibe la visita del brillante, combado, el que se perdió en la maleza; del barrigudo, insaciable, el que fue ahogado en el estanque; del desnudo, jadeante, el que fue enterrado a medias; así como del delgado, desdentado, el que fue colgado de una rama. Se trata de cinco buenos amigos que, como no se pueden reunir durante el día, acuden al templo por la noche. Si

encontráramos a los cinco y los pusiéramos juntos, cesarían los trajines. Bueno, no pongáis esa cara de susto; ayudadme a buscarlos. Ahí, al oeste, veo un estanque; seguramente encontraremos al barrigudo, al insaciable.

Y antes de que los vecinos pudieran reaccionar, Yoshinari se encaminaba ya hacia el estanque y empezaba la búsqueda. Durante un largo rato no encontró nada en absoluto; pero, de repente, advirtió en el agua, cerca de la orilla, una vieja vasija sin fondo.

—¡Aquí está! —dijo Yoshinari—. Mirad qué barrigudo es; y también insaciable, porque no tiene fondo. Sacadlo del agua, luego seguiremos la búsqueda.

Cuando retiraron la vasija, Yoshinari, señalando el norte, dijo:

—Allí veo maleza; seguramente podremos encontrar al brillante, al combado.

Los habitantes del pueblo participaron durante mucho tiempo en la búsqueda entre la maleza. Por fin, el caballero vio algo brillante. Se agachó y recogió una bonita cola de gallo.

—¡La tengo! —exclamó alegremente—. Brilla con todos los colores, está combada y su propietario debió de perderla, si no, no se encontraría aquí. Y ahora, adelante hacia el sur; allí está colgado de un árbol el delgado, el desdentado.

En el sur se hallaba, aislado, un árbol que inspeccionaron por todos lados. Durante un buen rato no encontraron nada; pero, al fin, una niña advirtió que en las ramas más altas había un viejo peine sin púas.

—Muy bien, pequeña, aquí está —la felicitó Yoshinari—. No podría ser más delgado y los dientes le faltan completamente. Cogedlo; y ahora, vamos hacia el este; esa piedra de ahí parece una lápida sepulcral; seguro que allí encontramos al desnudo, al jadeante, al que fue enterrado a medias.

Hicieron caer del árbol al delgado, el desdentado, y se encaminaron hacia la piedra. Allí no necesitaron buscar mucho. Detrás de la lápida sepulcral se veía cómo sobresalía de la tierra el cráneo de un caballo blanqueado por el tiempo.

—Claramente, es él. Está desnudo del todo, todavía tiene dientes para atrapar un bocado y, efectivamente, sólo está enterrado a medias. Coged el cráneo y vamos al templo. Aún tenemos que buscar al anfitrión, al largo, al enjuto, al que inocentemente tuc apresado.

De dirigieron al templo y rebuscaron hasta en los más pequeños rincones. Pero el templo estaba tan vacío como antes.

«¿Será el cofre?», se preguntó Yoshinari. «Está bien cerrado pero no es largo y mucho menos enjuto. Aunque podría ser la prisión. Y el largo, el enjuto, seguro que está en el interior».

Golpeó con todas sus fuerzas en el cofre e intentó abrir la cerradura con un cuchillo. Por fin, la tapa cedió y Yoshinari descubrió una serie de cajones. En el último, abajo, había una cinta rota.

Yoshinari la sacó y dijo:

—Aquí está el que fue inocentemente apresado, porque nada tenía que hacer en el

cofre, solamente destinado a guardar rollos de escritura. También es enjuto. Evidentemente, no es muy largo, pero, a pesar de todo, es más largo que ancho, y vamos a perdonarle que presumiera un poco. Aquí están, pues, los cinco reunidos. Enterradlos en el mismo sitio para que ya no se dediquen a asustar a nadie.

Los habitantes del pueblo siguieron el consejo de Yoshinari. Enterraron muy profundamente la vasija sin fondo, la cola perdida, el peine sin púas, el cráneo de caballo y la cinta rota, que era el anfitrión; luego dieron las gracias a Yoshinari por haberles librado de los fantasmas que se aparecían en el templo y se disculparon por su actitud poco afable del día anterior.

Y, lo creáis o no, desde ese día nadie se aparece en el templo del pueblo: ni el brillante, combado: ni el barrigudo, insaciable; ni el desnudo, jadeante; ni el delgado, desdentado. Ni siquiera el largo y enjuto.



# Un dios para los pobres

GOEI, el trapero, vivía en una choza miserable a las afueras de la ciudad de Osaka. La vieja casucha, que en invierno dejaba pasar a través de las ventanas el viento glacial, y algunos harapos era cuanto el trapero poseía. Nunca en la vida había tenido éxito en aquello que había emprendido; en todo había fracasado siempre, quizá porque era demasiado lento y demasiado miedoso, quizá también porque, como era muy ingenuo, siempre se dejaba engañar. Ni siquiera había conseguido encontrar una mujer. Pero ¿quién hubiera querido por marido a un pobre diablo con tan mala suerte?

Una vez más el año tocaba a su fin, y Goei ni siquiera tenía unos cuantos harapos, por no hablar de comida ni de un poco de leña para hacer fuego. El viento glacial soplaba por las rendijas y la nieve no tardaría en caer. En aquella ocasión, la fiesta del Año Nuevo no iba a ser muy alegre. No es que hubiera pensado en darse un festín, pero al menos le hubiera gustado haber encendido un poco de fuego para no tener tanto frío, además del ayuno que debía soportar.

Entonces se le ocurrió la idea de arrancar las tablas del suelo y quemarlas. La perspectiva de las llamas calentándole le animó un poco y se puso rápidamente a trabajar. No le costó mucho arrancar los tablones, porque la choza apenas tenía. Ya había retirado la primera tabla y se disponía a quitar la segunda, cuando de repente se detuvo. Se frotó los ojos, pensando que soñaba. En el boquete que había quedado al quitar la primera tabla apareció una cabeza de cabellos grises que pertenecía a un viejecito que salió de su escondite. A Goei sólo le llegaba a la cintura. Barba y cabellos rodeaban su rostro terroso. El hombrecito iba vestido con harapos grises, sus pies estaban calzados con sandalias de rafia muy gastadas y del hombro le colgaba un saco gris y roto.

Goei se quedó boquiabierto de sorpresa. Pero el hombrecillo dijo con voz tranquila:

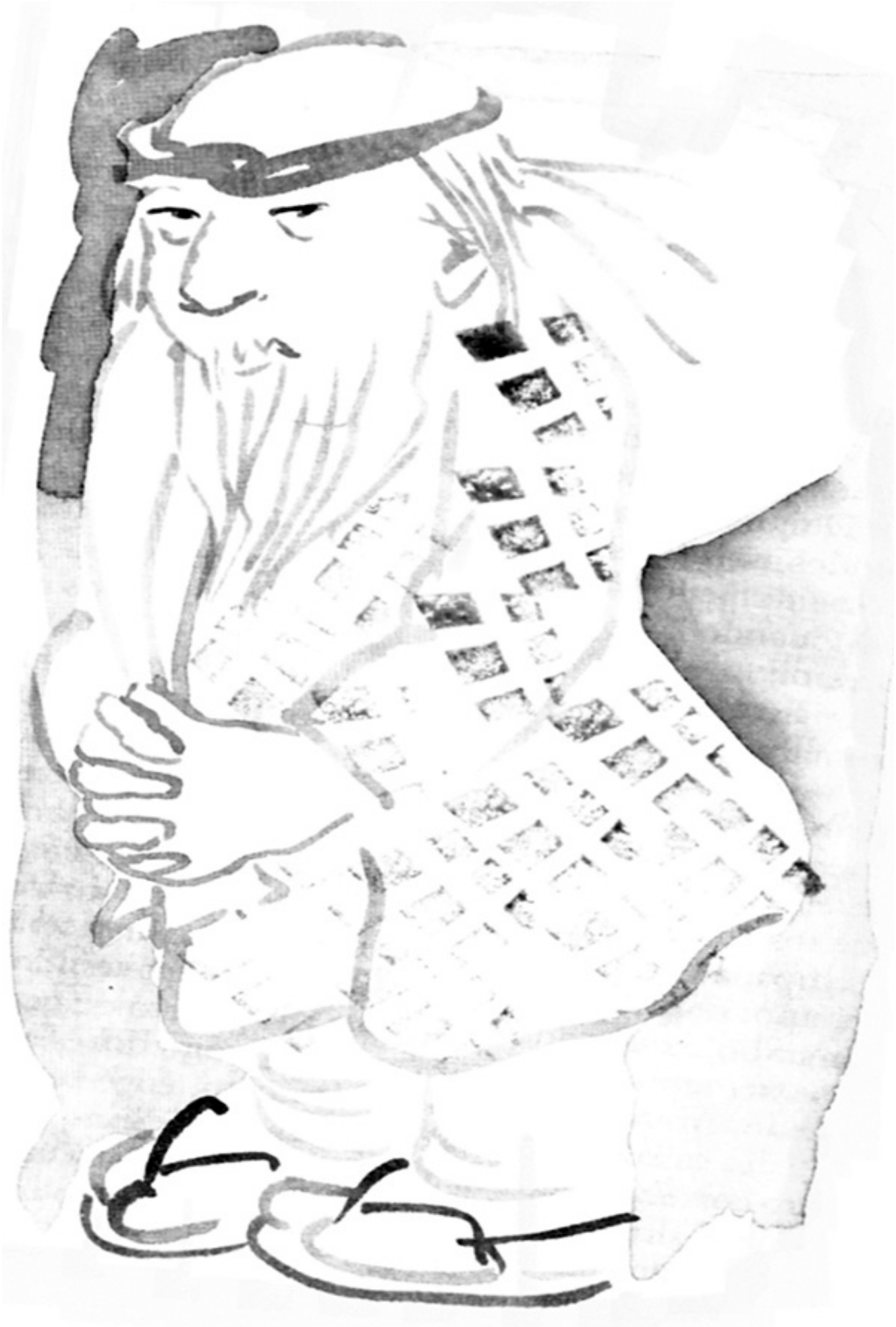
—Es extraño que no me conozcas. Vivo desde hace mucho tiempo debajo de tu suelo y siempre había pensado que era tu compañero. Porque yo soy el dios de los pobres, por si todavía no lo has adivinado, y me he encontrado muy a gusto en tu casa. Pero, desde hace algún tiempo, tu miseria es demasiado grande, incluso para mí, y, como ahora has destruido mi hogar, voy a buscarme otro domicilio. Empieza un

nuevo año, es el momento adecuado. Espero que no me guardes rencor por abandonarte y que brindarás conmigo por la despedida.

Goei, muy confuso, dijo tímidamente:

—Perdonadme, dios mío, creed que lamento la falta de educación, pero no puedo brindar con vos porque no tengo ni una gota de sake ni otra cosa que poder ofreceros.

Y, de tristeza, se puso a llorar.



El dios inclinó la cabeza con compasión y luego se puso a rebuscar en su zurrón.

—Nunca hubiera creído que eras tan pobre como para no tener siquiera una gota de vino para el Año Nuevo —dijo.

Sacó del zurrón una cuerda en la que estaban ensartadas monedas de bronce y se la dio a Goei.

—Toma, coge el dinero y ve a la ciudad a comprar una botella de vino, un saquito de arroz y un poco de carbón de leña.

Goei volvió en seguida; como había suficiente dinero, trajo también un pescado y se sentaron a la mesa. Después de la comida, se sirvieron vino y evocaron los años pasados. Hacía mucho tiempo que Goei no se despedía del año con un día agradable.

Cuando la botella quedó vacía, el dios de los pobres dijo:

—En el fondo, eres un hombre bueno y amable. Por ello, he decidido hacer algo por ti. Al parecer no te las arreglas muy bien con la pobreza; así que voy a ayudarte a que veas tiempos mejores. Escucha atentamente lo que voy a decirte ahora. A medianoche, cuando empiece el año nuevo, sitúate ante el templo de los cuatro reyes del cielo. Al primer sonido de la campana que anuncia el año nuevo, tres jinetes pasarán por delante del templo. El primero irá vestido de amarillo, el segundo de blanco y el tercero de negro. Los tres tendrán rostros severos, pero no debes tener miedo. Acércate con valor al primero, coge las riendas del caballo y sujétalas firmemente. Si no tienes éxito con el primero, debes intentar capturara uno de los otros dos, y sobre todo no sueltes las riendas. El resto, ya lo verás. No te arrepentirás, y hasta el fin de tus días no volverás a sufrir la miseria.

Después de estas palabras, el dios de los pobres se despidió y desapareció tan rápidamente, que Goei ni siquiera pudo darle las gracias. Goei se puso inmediatamente en camino para llegar antes de medianoche ante el templo de los cuatro reyes del cielo, que se hallaba en el centro de la ciudad. Empezó a nevar, y cuando Goei llegó al templo todo estaba blanco. La luna alejaba las nubes e iluminaba la plaza vacía que había ante el templo donde estaba Goei temblando de frío y de excitación. Daba saltos para calentarse y tenía prisa por ver llegar la medianoche.

Por fin se oyó la primera campanada que anunciaba el año nuevo. En el mismo instante, Goei percibió a lo lejos ruido de cascos, y de la oscuridad vio cómo surgían tres jinetes. El primero montaba un caballo amarillo; iba vestido con un traje de seda amarilla, llevaba un casco dorado en la cabeza y de la cintura le colgaba una larga espada dentro de una vaina amarilla. El segundo montaba un magnífico caballo blanco y su ropa resplandecía a la luz de la luna, pues era de un blanco más puro que la nieve virgen. El último, en cambio, apenas se distinguía en la noche, porque montaba un caballo negro y estaba totalmente vestido de negro; incluso su barba era negra.

Los rostros de los tres eran tan pavorosos que Goei sintió escalofríos y apenas pudo moverse. Antes de que pudiera darse cuenta, el jinete amarillo había pasado de

largo y el jinete blanco se acercaba. Entonces Goei hizo acopio de todo su valor. Prefirió no mirar al jinete y concentró su atención en el caballo; alargó las manos para agarrar las riendas, pero el caballo resopló y relinchó con tanta furia que Goei tuvo miedo y dejó caer los brazos. Y el jinete blanco pasó. Goei suspiró porque, una vez más, iba a fracasaren su empresa; pero recobró los ánimos, interceptó el paso al caballo negro y alargó las manos hacia las riendas. El caballo se encabritó, se soltó y desapareció en la negra noche.

Goei estaba a punto de llorar. Ahora tendría que vivir hasta su muerte en la pobreza y, además, había decepcionado totalmente al buen dios que había querido ayudarle. Pero, de repente, oyó de nuevo a lo lejos ruido de cascos y vio a un cuarto jinete que se acercaba. ¿Se habría equivocado en el cálculo? ¿O quizá no había hecho sino soñar y los verdaderos jinetes llegaban ahora? Valerosamente, se puso en mitad del camino y agarró firmemente las riendas. Esta vez, el caballo ni siquiera se resistió, y cuando Goei levantó los ojos, vio que el caballo era gris y que el jinete no era otro que el dios de los pobres en persona.

—Goei, Goei, qué difícil es todo contigo —dijo, después de un momento, el dios de los pobres—. Te dije claramente que cogieras y retuvieras a uno de los tres jinetes. Eran los dioses del dinero. El primero es el dios de las monedas de oro, el segundo el dios de los escudos de plata y el tercero, el negro, el dios de los céntimos de bronce. Si hubieras capturado al primero, habrías tenido bastante oro hasta el fin de tu vida y te habrías hecho rico. Y los otros dos tampoco habrían sido una mala captura. Pero, una vez más, lo has estropeado todo y sólo me has cogido a mí, el dios de los pobres. Sin embargo, estoy firmemente decidido a dejarte, y por eso voy a ayudarte una vez más. Escucha atentamente: hoy, a medianoche, vamos a hacer los cuatro el mismo camino en sentido inverso. Inténtalo otra vez, pero en esta ocasión presta mayor atención. No volveré a ayudarte. Y ahora, ¡déjame!

Goei obedeció y en seguida el caballo y el jinete desaparecieron. Aunque muy entristecido por la regañina del dios, a Goei le quedaba una esperanza, pues no todo estaba perdido. Durante todo el día de Año Nuevo pensó en la noche, y tomó la firme resolución de agarrar al caballo amarillo y de no soltarlo en ningún caso, aunque se debatiera con todas sus tuerzas.

Al llegar la noche volvió de nuevo ante el templo de los cuatro reyes del cielo. La nieve se había derretido y la tierra estaba llena de barro. Sin embargo, no hacía ningún calor, y como Goei, impaciente, había llegado mucho antes de la medianoche ante el templo, estaba helado cuando, por fin, la luna apareció entre las nubes y la campana de medianoche se puso a dar las campanadas. En ese instante aparecieron los jinetes. Goei, con las piernas separadas, interceptó el paso al jinete amarillo, hizo acopio de todo su valor y se lanzó sobre el caballo. Pero este se agitó y, de un salto, pasó por encima de Goei. «Ya que no he capturado al jinete dorado, tengo que capturar al jinete plateado», se dijo Goei sin perder un ápice de su valor. Y cogió las riendas. Sin embargo, el caballo aceleró el paso de repente, las riendas se escaparon

de las manos de Goei y el jinete plateado desapareció también en la noche. Con lágrimas en los ojos, Goei vio cómo se esfumaban sus esperanzas. Pero todavía quedaba el jinete negro, el dios de los céntimos de bronce. Entonces Goei se aferró con todas sus fuerzas a las riendas del caballo negro, cerró los ojos y no las soltó a pesar de la enorme resistencia del caballo. Por fin, esta disminuyó y, cuando Goei abrió los ojos, el jinete negro había desaparecido, pero, en lugar de las riendas, tenía una gran bolsa llena de céntimos de bronce en la mano. En ese instante pasó el caballo gris. El dios de los pobres hizo un gesto amistoso a Goei y siguió a los tres dioses del dinero.

Goei, muy contento, se fue a su casa. Aunque nunca llegó a ser rico, siempre tuvo céntimos de bronce. Poco a poco, arregló la choza y, como ya no eran tan pobre, encontró una mujer, y de este modo vivió feliz hasta el fin de sus días.



# La grulla blanca

HABÍA una vez un viejecito y una viejecita que tenían un solo hijo que se llamaba Kotaro. Kotaro cultivaba su pequeño campo y, cuando no tenía trabajo allí, iba al bosque a buscar leña que después vendía en la ciudad. Esto no le producía gran cosa, pero para la pobre familia la más pequeña monedita de cobre era bienvenida. Kotaro era un joven trabajador y un hijo obediente; sin embargo, sus padres a menudo le hacían reproches. Realmente era muy caritativo y, con frecuencia, al volver de la ciudad, compartía las pocas monedas que había conseguido por la leña con un mendigo que encontraba en el camino. Pero lo que más contrariaba al padre era que, en compañía de su hijo, nunca lograba matar ni una sola pieza de caza para mejorar su miserable comida. Cada vez que divisaba una presa, Kotaro tiraba una piedra o lanzaba un grito, que advertían al animal del peligro que corría y le daban tiempo a huir o a emprender el vuelo.

—Es verdad que nuestro hijo es muy trabajador, hay que hacerle justicia, pero no brilla por su inteligencia. Toda su vida se verá obligado a penar en el campo y en el bosque, porque no tiene ni idea de lo que hace que se mueva el mundo —se decían con frecuencia los dos viejos, y no dejaban de decírselo también a su hijo.

Un día, Kotaro había ido al mercado y atravesaba el bosque para volver a casa. Caminaba alegremente escuchando el canto de los pájaros cuando, de pronto, oyó un rumor extraño. Buscó de dónde venía el ruido y vio una grulla blanca que se había enredado en las ramas de un gran árbol y se debatía. Ya estaba muy débil por los vanos esfuerzos que había hecho y apenas podía mover las alas. Sin pensarlo dos veces, Kotaro trepó rápidamente al árbol. El pájaro le vio llegar con los ojos como platos por el miedo. Con cuidado, Kotaro liberó a la grulla y entonces vio que el pájaro estaba herido: tenía una larga flecha clavada bajo el ala.

—Pobre pequeña —dijo Kotaro acariciando su plumaje—. Qué miedo has debido de pasar. Probablemente un cazador te ha alcanzado con su flecha y has caído en la copa de este árbol donde has quedado prisionera entre las ramas. Pero no te preocupes, la herida no es profunda y curará pronto.

Retiró suavemente la flecha de la herida y la limpió. Luego llevó a la grulla a un lugar protegido en lo más profundo del bosque.

—Dentro de unos días habrás recobrado las fuerzas —dijo al pájaro, consolándole, y volvió a su casa.

En aquella época apenas había trabajo que hacer en el campo, y todas las mañanas Kotaro se iba al bosque y no volvía hasta que se hacía de noche. Un día, cuando se había ido de casa, una bella muchacha fue a vera sus padres. Llevaba al hombro un gran hatillo que demostraba que había hecho un largo viaje. Con voz muy dulce y muy pura, arrimada a la verja, preguntó si el señor Kotaro estaba en casa. La madre salió, muy sorprendida al ver que una joven tan bella quería hablar con su hijo.

—Entra, querida niña. Mi hijo no está en casa, está en el bosque, y no volverá hasta la noche. Pero si lo deseas, ven a esperarlo dentro.

La joven rechazó cortésmente la invitación y se sentó en el umbral de la casa a esperar a Kotaro. Los dos viejos pasaron a menudo ante ella, le lanzaron miradas curiosas, intentaron entablar conversación para saber lo que la bella muchacha quería de su hijo. Pero la muchacha se limitaba a sonreír con dulzura y respondía simplemente que quería esperar al señor Kotaro.

Por fin, a la hora del crepúsculo, Kotaro volvió a casa, llevando a la espalda un gran haz de leña. La muchacha se levantó, hizo una profunda reverencia y preguntó con su voz dulce y agradable:

—¿Es usted el señor Kotaro?

—Sí, soy yo —respondió Kotaro sorprendido, y preguntó a la joven qué deseaba.

—Le espero desde esta mañana —replicó ella con modesta sonrisa.

—Entre, seguramente estará cansada —dijo Kotaro, muy aturdido por aquella visita inesperada.

1 lizo entrara la joven en la casa y la invitó a compartir su escasa comida. Esta vez no dijo que no, se quitó las sandalias y se dejó conducir a la casa, para sentarse a la mesa con los dos viejos y su hijo.

Después de la cena, sonrió de nuevo a Kotaro, bajó delicadamente los ojos y le preguntó si quería tomarla por mujer.

Kotaro se quedó mudo de asombro. Una joven tan bella y quería convertirse en la mujer de un pobre campesino y leñador. Los padres, no menos sorprendidos, dijeron que su hijo no tenía bastante dinero para casarse con una joven tan bella. Eran pobres, explicaron, y Kotaro no podía pensar tan pronto en tomar mujer.

La joven replicó:

—Para ser feliz no hace falta ser rico; basta con tener buen corazón, y es el caso de Kotaro. Les aseguro que nunca lamentarán haberme acogido en su casa. Soy muy trabajadora y entre cuatro la vida será más fácil.

Cuando la anciana madre comprendió que la novia, no contenta sólo con ser bella, también era trabajadora, se puso muy feliz por tener alguien que la ayudara. Entonces los padres ya no pusieron objeciones.

Kotaro estaba loco de alegría. Quién hubiera imaginado que un día tendría una mujer tan bella. Y, sin embargo, ni siquiera conocía su nombre.

—Llámame la humilde Komatchi —respondió la joven.

Sacó algún dinero de su hatillo y envió a Kotaro a la ciudad a buscar golosinas, sake y todo lo necesario para un banquete de bodas. La comida fue realmente excelente; nunca los dos viejos habían comido tan bien y no paraban de cantar las alabanzas de su nuera.

Después de la boda, Kotaro siguió yendo todos los días al bosque, pero siempre volvía lo más pronto posible. Durante su trabajo, esperaba con impaciencia vera su esposa. La madre también estaba contenta. La humilde Komatchi llevaba a cabo con prontitud cualquier trabajo. La madre apenas tenía tiempo de decir que había que hacer algo y ya estaba hecho. De este modo vivían los cuatro felices y satisfechos. Su dicha fue todavía mayor cuando la humilde Komatchi dio un hijo a Kotaro.

Una noche, mientras Kotaro descansaba después de su dura jornada de trabajo, la humilde Komatchi le dijo:

—Trabajas de la mañana a la noche, pero no podemos comprarnos nada. Si tuviéramos un comercio, no te verías obligado a agacharte el día entero en el campo o en el bosque. Yo sé tejer muy bien y podríamos empezar con eso.

Luego sacó unas monedas de su hatillo y envió a Kotaro a la ciudad a comprar todo lo que hacía falta para tejer.

Al día siguiente, cuando Kotaro hubo hecho en la ciudad las compras necesarias, su mujer le pidió que instalara el telar en el granero. Luego dijo a su marido y a sus suegros que no la molestaran mientras tejía. Y añadió que su trabajo iba a durar mucho tiempo.

A partir de aquel día, la humilde Komatchi subió al granero todas las mañanas para no bajar hasta la noche. Día tras día iba estando más pálida y más delgada, y con frecuencia se tambaleaba de cansancio. Muchas veces, Kotaro le pidió que abandonara aquel agotador trabajo, añadiendo que no necesitaba riquezas. Pero ella se contentaba con mover la cabeza.

Pasaron tres años, y un día la humilde Komatchi bajó del granero llevando en las manos una larga pieza de un tejido que ni los viejos ni Kotaro habían visto nunca. Resplandecía y brillaba con vivos colores; era más ligero que una pluma, pero más cálido que la seda más pesada. Verdaderamente, era una tela única.

Pero la humilde Komatchi apenas se tenía en pie. Estaba tan débil que tuvo que guardar cama. Con voz desfallecida, pidió a Kotaro que le acercara el hatillo con el que había llegado hacía ya varios años, y sacó de él dos monedas de oro.

—Vete tan lejos como puedas hasta que hayas gastado estas dos monedas de oro. Solamente entonces, pero no antes, venderás esta tela. Si haces lo que te digo, tendrás mucho dinero.

Kotaro metió la tela doblada en un hatillo y puso las dos monedas de oro en su bolsa. Estaba muy triste por dejar a su mujer, que parecía salir de una larga enfermedad.

Kotaro anduvo días y más días sin llegar a gastar su primera moneda de oro. Y,

sin embargo, no trataba de hacer economías. Por f in, llegó a una ciudad lejana. En el mercado, un hombre quiso saber que llevaba. Kotaro sacó la pieza de tela del hatillo. El comerciante la miró, la sopesó y la acarició, mientras exclamaba:

—¡Qué tejido tan extraordinario! ¡Qué cálido es y, sin embargo, qué ligero, y cómo brilla! Nunca he visto nada parecido. ¿De dónde has sacado esta espléndida tela?

—La ha tejido mi mujer —contestó Kotaro con orgullo.

—Véndeme esta tela; te daré un millar de monedas de oro.

Cuando Kotaro oyó la suma que le ofrecía el comerciante, comprendió el tesoro que la humilde Komatchi había tejido. Pero, al mismo tiempo, se acordó de su consejo de no vender la tela mientras no hubiera gastado las dos monedas de oro. Entonces se disculpó con el comerciante, le dijo que la tela 110 estaba en venta y siguió su camino.

Al cabo de algún tiempo llegó a otra ciudad. Se dirigió directamente al mercado y, apenas sacó la pieza de tela resplandeciente del hatillo, lo rodeó una multitud entusiasta. El más rico de los comerciantes le ofreció cuatro mil monedas de oro por la tela, pero Kotaro recordó las palabras de su mujer y, como todavía tenía una moneda de oro intacta en su bolsa y no había acabado de gastar la primera, prefirió seguir su camino.

La región que atravesaba estaba poco poblada y tuvo que andar mucho antes de llegar a la ciudad siguiente. También allí, una multitud todavía más numerosa lúe a contemplar su tela y un rico comerciante le ofreció ocho mil monedas de oro. Pero, una vez más, Kotaro se negó a venderla, porque le seguía quedando una moneda de oro intacta en la bolsa.

En toda la comarca se empezó a hablar de la preciosa y espléndida tela, y cuando Kotaro entró en la ciudad siguiente, los criados de un rico comerciante se encontraban a sus puertas para esperarlo y conducirlo a casa de su amo.

Cuando éste vio la tela, más ligera que una pluma, pero más cálida que la seda más pesada, reluciente y brillante, con miles de colores, declaró que quería esa tela a cualquier precio. Ofreció a Kotaro diez mil monedas de oro.

Pero Kotaro dijo que la tela no estaba en venta, aunque diez mil monedas de oro representaran una riqueza con la que jamás hubiera soñado.

—Véndeme la tela —insistió el rico comerciante—. Y si diez mil monedas de oro te parecen demasiado poco, te daré veinte mil.

¡Veinte mil monedas de oro! El corazón de Kotaro estuvo a punto de dejar de latir. Aquella suma satisfaría sin duda a la humilde Komatchi, aunque todavía no hubiera acabado de gastar la última moneda de oro. Así que vendió la tela.

Entonces el rico comerciante mandó que le dieran veinte mil monedas de oro. Eran tantas que Kotaro apenas podía llevarlas.

Muy satisfecho, volvió a su casa. Le costó mucho caminar, porque era muy distinto llevar veinte mil monedas de oro a la espalda que un ligero hatillo.

Por fin, llegó a su casa y la humilde Komatchi, que se había restablecido del todo en el intervalo, lo recibió con alegría.

Cuando le preguntó por cuánto había vendido la tela, Kotaro le enseñó el cofre, muy orgulloso, y dijo:

—Ahí dentro hay veinte mil monedas de oro. Ni una menos, yo mismo las he contado.

Los padres se quedaron petrificados. ¡Veinte mil monedas de oro! Para ellos, era una fortuna inimaginable. Pidieron a Kotaro que les enseñara el dinero.

Pero la humilde Komatchi estaba un poco decepcionada.

—No esperaste a gastarte las dos monedas de oro para vender la tela —dijo, y añadió—: Si no hubieras actuado con precipitación, hubieras podido obtener treinta mil. Así que hemos perdido diez mil monedas de oro.

Pero, al cabo de un instante, hizo un gesto con la mano:

—De todas formas, es bastante dinero.

Y la humilde Komatchi se puso a preparar un banquete para festejar alegremente la vuelta de su marido.

La familia mandó construir una enorme casa y Kotaro se convirtió en un rico comerciante. La humilde Komatchi lo ayudaba con fidelidad, educaba a su hijo y se ocupaba también de los ancianos padres. No les faltaba de nada y, a pesar de su riqueza, Kotaro siguió siendo lo que siempre había sido: un hombre caritativo y de gran corazón.



De este modo, hubieran podido vivir dichosos si la madre de Kotaro, que no podía olvidar la visión del dinero dentro del cofre, no hubiera repetido cada día a su nuera:

—Deberías volver a tejer una tela parecida. Imagina lo que sería para nosotros. Y ese dinero podría quedarse en el cofre, porque tenéis todo lo que necesitáis. Podríais guardar el dinero y quizás un día podría serviros. Si realmente fueras una buena esposa y si te preocupara el futuro de tu hijo, tejerías otra pieza de tela…

Y decía estas palabras día tras día.

En vano la humilde Komatchi trataba de convencer a la madre de que tenían bastante dinero, que los negocios de Kotaro iban muy bien y que realmente no tenían por qué preocuparse del futuro. Pero la anciana siempre terminaba estas conversaciones con las mismas palabras:

—Todo eso son pretextos. Eres una perezosa. En tu lugar, otra haría cuanto pudiera por su familia.

Por fin, la humilde Komatchi dejó de protestar y mandó que le instalaran un telar en una habitación aislada. Cuando Kotaro supo que su mujer quería ponerse otra vez a tejer, trató de disuadirla. Le recordó cuánto la había debilitado el tejido y le repitió que eran bastante ricos así.

Pero la humilde Komatchi se limitó a sonreír tristemente:

—Tres años pasan pronto. Pero debo pediros otra vez que no me molestéis en mi trabajo.

A partir de ese día, como la otra vez, se dirigió cada mañana a la habitación donde se hallaba el telar y allí se encerraba para no salir hasta la noche. Desde los primeros días, todos vieron cómo la cansaba aquel trabajo. Sus rosadas mejillas palidecieron y tuvo que apretarse el cinturón de su quimono.

—«¿Qué hará? —se preguntaba la anciana madre—. Apuesto a que adelgaza solamente por despecho. Al fin y al cabo, otras mujeres también tejen sin echarle tanto misterio».

Una mañana, la madre esperó a que todos los miembros de la familia se hubieran ido a trabajar. Luego, de puntillas, se acercó a la habitación donde la humilde Komatchi tejía. Se arrodilló ante la puerta y la entreabrió un poco. Entonces vio un gran telarante el cual había una grulla blanca que, con su pico, arrancaba las plumas de sus alas. Estaba completamente manchada de sangre y ya le faltaban muchas plumas a sus dos alas.

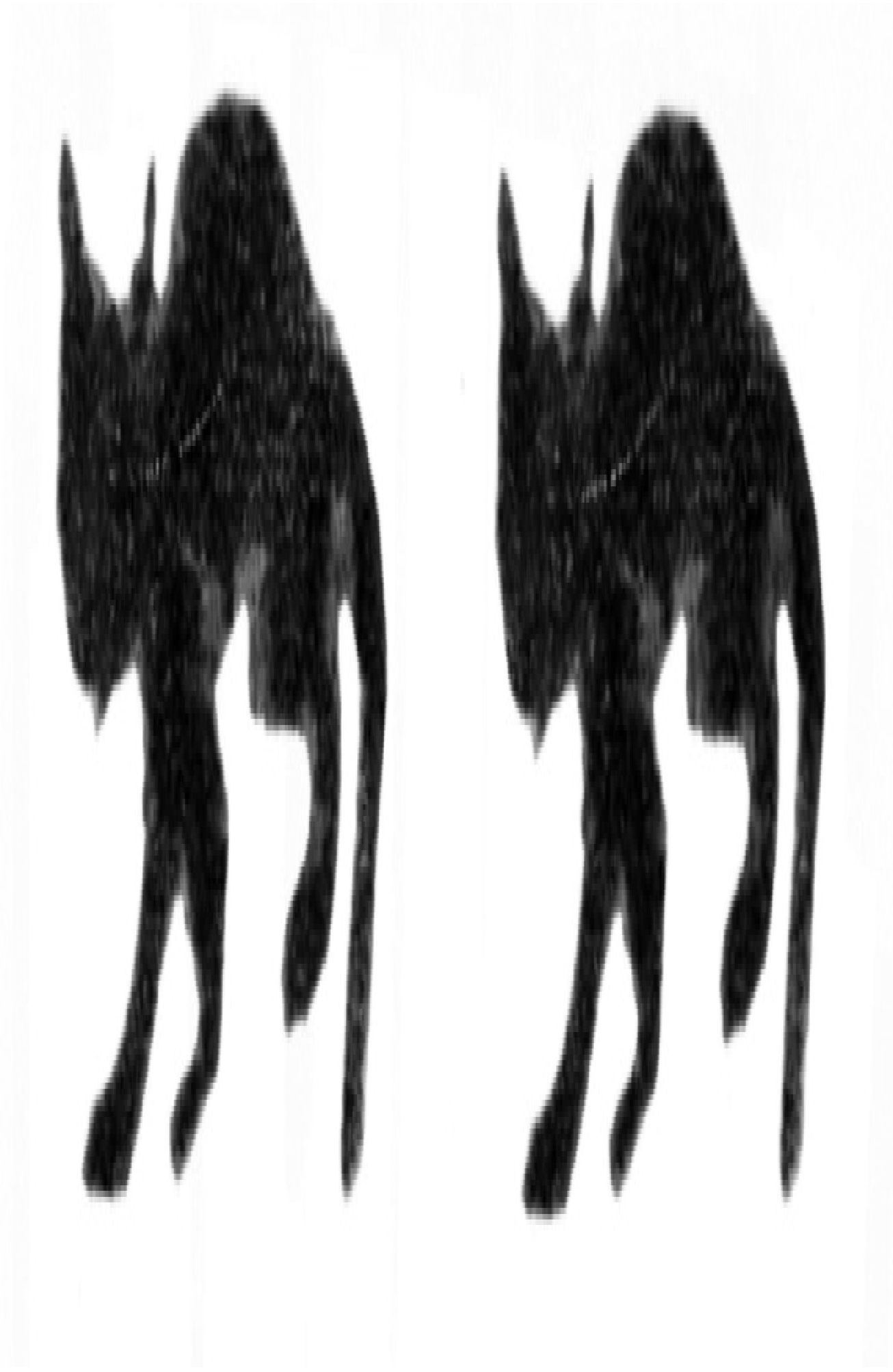
En ese instante, la grulla miró hacia la puerta, vio a la anciana que miraba con curiosidad por la rendija, y lanzó un gran grito. Luego emprendió el vuelo por la ventana abierta.

Kotaro también había oído el grito y se precipitó hacia la habitación, pálido de horror. La madre le contó lo que había visto. Kotaro corrió velozmente al jardín y examinó los árboles. En uno de ellos vio a una grulla blanca. Sus alas mutiladas no le habían permitido volar más lejos. Estaba allí muy quieta y se moría de agotamiento.

Con lágrimas en los ojos, Kotaro trepó al árbol y cogió a la grulla moribunda en sus brazos para acariciarla. Entonces, en su último aliento, la grulla murmuró:

—Kotaro, ¿te acuerdas de la grulla blanca a la que un día salvaste la vida? Vine a tu lado para recompensarte por tu buen corazón. Ahora ha llegado mi última hora. Cuida bien de nuestro hijo.

Kotaro, loco de tristeza, enterró a la grulla en el jardín. Cambió su nombre, y a partir de entonces se llamó el humilde Kotaro. Todos los días iba al jardín con su hijo. Los dos pasaban mucho rato junto a la tumba y lloraban a la humilde Komatchi.



# El país subterráneo

HACE mucho, muchísimo tiempo, unos niños que jugaban en un bosque descubrieron un gran agujero en la tierra y corrieron a sus casas a contar el hallazgo. Todos los habitantes de la aldea se dirigieron al lugar que los niños indicaban, para verlo.

El agujero era muy profundo y parecía no tener fondo.

La gente lo miró, dio vueltas a su alrededor, pero nadie se atrevía a introducirse en él. Impresionaba su gran tamaño y el hecho de no saber qué podía haber en el interior.

Por fin, un hombre, llamado Tsuatsua, se asomó a la oscuridad del agujero, lo observó atentamente y dijo en voz alta, rompiendo el silencio general:

—Hay que saber adónde conduce. Yo iré.

Inmediatamente inició los preparativos. Reunió un montón de cuerdas, las fue atando una por una e instaló una especie de polea.

Luego se despidió de todos, que se quedaron boquiabiertos por su valor, y se deslizó por la cuerda hacia lo más profundo del agujero.

El viaje duró tres días y tres noches, que se le hicieron larguísimos, descendiendo y descendiendo por el interior del tenebroso y oscuro agujero.

Cuando Tsuatsua llegó al fondo y pisó el suelo, se encontró en una ciudad muerta, silenciosa como un sepulcro. La recorrió de un extremo a otro, pero al parecer no había rastro de vida.

Empezaba a perder las esperanzas de encontrar a un ser humano, cuando, del interior de una fantasmal casa desierta, salió una mujer de unos cuarenta años. Al verle, se le iluminó la cara, se acercó a él y le preguntó:

—¿Vienes de arriba?

—Sí —contestó Tsuatsua.

—¿Cómo has logrado llegar?

—Había un agujero, instalé una polea y me deslice por una cuerda. ¿No vive nadie aquí?

—Había gente, mucha gente.

—¿Y que pasó?

—Los gatos de las montañas se los comieron a todos. Yo me escondí en un arcón de piedra y salvé la vida.

—Les exterminaré —dijo Tsuatsua con resolución—. Dame papel, tinta y un pincel.

La mujer consiguió el material. Tsuatsua, inmediatamente, se puso manos a la obra. Pintó gatos de todos los tamaños en papeles que luego pegó en las paredes de la casa. Cuando hubo terminado, entró con la mujer en el sarcófago.

Durante mucho rato el silencio fue total.

De pronto, oyeron ruido y comprendieron que los gatos habían llegado. Contuvieron la respiración.

Por todas partes el estrépito era infernal. No se oían sino agudos maullidos que ponían la carne de gallina. En ese momento, los gatos pintados salieron de los papeles y atacaron a los gatos de las montañas hasta que los exterminaron a todos.



Cuando la terrible lucha hubo terminado, Tsuatsua y la mujer salieron de su escondite y la mujer dijo:

—Te agradezco sinceramente que me hayas salvado la vida. Sé mi marido.

—Volveré —contestó Tsuatsua—. Ahora debo irme.

La mujer se puso muy triste pero le dejó marchar. Entonces Tsuatsua empezó a subir por la cuerda y tardó otros tres días y tres noches en llegar arriba.

En la aldea, los habitantes salieron a recibirle.

—Hola —dijo Tsuatsua—, vengo de la expedición al país subterráneo.

La gente le miró con asombro. Nadie le reconocía.

—¿Qué os pasa? —exclamó Tsuatsua.

Entonces, del gineceo, salió una anciana de ochenta años y dijo, dirigiéndose a todos:

—Según dicen, hace trescientos años un tal Tsuatsua se metió en el agujero.

—¡Trescientos años! —dijo Tsuatsua—. Entonces mi mujer…

—Acompáñame al cementerio —dijo la anciana—, allí estará.

—¿Cómo? ¿Mi mujer, muerta? ¡Creí que había estado abajo diez días y han pasado trescientos años!

Tsuatsua se dirigió al cementerio y se puso a arrancar el musgo que cubría la tumba de su mujer.

—¡Eh, me estás tirando de los pelos! —le dijo su mujer, que dormía a su lado.

Había sido un sueño.



# Michiko y su gata

HACE ya mucho tiempo, había una vez en el pueblo una noble dama orgullosa y malvada. Era muy rica, pero la envidia devoraba su corazón. Envidiaba a los demás no solamente por su dinero y sus propiedades, sino también por su belleza y su juventud. Incluso el buen humor o la amistad que reinaban entre sus compatriotas la desesperaban. Le bastaba con ver una sonrisa en la cara de un pobre para dar una patada en el suelo y gritar, furiosa:

—Mirad, ese pobre diablo es un miserable y, a pesar de todo, está contento. ¿Y yo? Soy mucho más noble que él y, sin embargo, no tengo más que preocupaciones. ¿Cómo es posible?

Y, dando libre curso a su mal humor, reflexionaba sobre cómo podría conseguir la alegría del pobre.

Entre los sirvientes de la noble dama se encontraba la pequeña Michiko. Sus padres habían muerto hacía mucho tiempo y ella crecía, bajo los gritos y los golpes, en casa de su noble ama. A pasar de los sufrimientos que debía soportar, tenía un corazón puro y modales serenos y amables. El único ser que sentía afecto por ella en la casa era una gatita negra, objeto del amor de la muchacha. Cada noche, la gata iba a su cama, y durante el día vagaba con frecuencia en torno a la muchacha frotando el lomo contra sus piernas. En esos casos, la muchacha cogía a la gatita en sus brazos, acariciaba su pelaje sedoso y olvidaba la tristeza que pudiera tener. De este modo se sentía menos sola, porque al menos tenía un alma gemela en el mundo.

Evidentemente, el ama tuvo conocimiento de aquella amistad, y cuando encontraba en alguna parte a la muchacha con la gata, en seguida tenía mucho trabajo para Michiko.

—Ya que tienes tanto tiempo para ocuparte de la gata, podrás, hacer también esto o aquello para tu ama, que es quien te alimenta —tenía costumbre de decir, y la pobre Michiko no sabía qué hacer.

La suerte de la pobre gata no era mucho mejor. El ama le pegaba, le tiraba de los bigotes o la acariciaba a contrapelo, y le decía riendo:

—¿Qué es lo que no te gusta? ¿Acaso mis caricias son menos tiernas que las de Michiko?

La doncellita no se atrevía ya a acariciar a su gata más que a escondidas, pero siguió compartiendo su comida con ella, y cuando sobraba pescado fresco de algún festín, siempre se lo llevaba a la gatita. Los pocos instantes que podía pasar con su amiguita eran su única dicha. Se sentía aliviada cuando podía —aunque a escondidas y con el temor permanente de ser descubierta— confiar a la gata sus penas y contarle los malos tratos que su ama le infligía.

Pero, un día, Michiko buscó en vano a su gatita. Aunque corrió mucho por el patio, al menos para intentar coger al vuelo una mirada de su amiga, no pudo encontrarla.



«Seguramente se ha ido de paseo y no volverá hasta la noche», se consoló Michiko. Pero ni durante el día ni por la noche vio a la gata, que no fue, como de costumbre, a hacerle una visita a la cama. Hasta la mañana siguiente, Michiko permaneció despierta. Al menor ruido se levantaba, porque cada vez esperaba que fuera su gata la que arañaba la puerta.

Por la mañana se levantó, muy pálida, con los ojos rojos de haber llorado, y se entregó, muy cansada, a su trabajo. La gata había desaparecido y no volvió nunca más. A menudo, la pequeña Michiko lloraba por haber perdido a su única amiga sin saber qué le había ocurrido.

La que se alegró de la desaparición de la gata fue la orgullosa ama. La tristeza de la sirvienta era dulce a su corazón, y por ello no sentía que la gata, en realidad, a la que había abandonado era a ella, el ama. Cada vez que veía el rostro triste de la muchacha, decía cínicamente:

—Ya ves, ya ves, ahí tienes tu recompensa. Piensa en todo lo que has sufrido por la gata y, en lugar de estarte agradecida, se ha ido sin avisar. Estoy segura de que mientras te hacía carantoñas no pensaba sino en la forma de escapar. En este mundo todos los seres son malvados, tanto los hombres como los animales.

De este modo intentaba, con su perfidia, agravar todavía más la tristeza de la muchacha. Pero Michiko no permitía que se ensuciara la memoria de su gatita. Naturalmente, no se atrevía a contradecir a su ama, pero no creía una sola palabra de lo que ésta decía, y pensaba para sí: «Mi gatita seguramente ha tenido una desgracia, y no puedo acudir en su ayuda porque no sé dónde se encuentra». Y día y noche estaba preocupada por la suerte de su amiguita.

Había pasado algún tiempo cuando, un día, un profeta pasó por el pueblo. Era tan sabio que no solamente podía desvelar los secretos del futuro, sino también dar respuestas a más de una pregunta peliaguda concerniente al presente. Le invitaron a muchas casas y, por supuesto, también a la de la noble y orgullosa dama, que estuvo haciéndole preguntas hasta muy tarde, porque, al fin y al cabo, incluso un predicador se ha de ganar el dinero que se le entrega.

A la pequeña Michiko le hubiera gustado mucho preguntar al sabio qué había sido de la gatita; pero la perversa ama no lo hubiera permitido jamás. Entonces la muchacha se escondió junto a la puerta para intentar hablar con el predicador cuando saliera de casa de su ama. Tenía mucho miedo de que la encontrara en aquel lugar y le regañara por descuidar su trabajo, pero el deseo de saber algo de su amiga era más fuerte que su miedo al ama.

Michiko tuvo que esperar mucho tiempo antes de ver al sabio abandonar la casa. Cuando este llegó a la puerta, la muchacha se levantó, hizo una profunda reverencia y le contó su pena. Luego, le suplicó:

—Noble sabio, usted, que conoce tantas cosas extrañas en el mundo, quizá sepa qué ha sido de mi única amiga, mi gata negra.

El sabio reflexionó un momento y luego respondió:

—Seguramente tu gata se encuentra en la montaña de los gatos, en la isla Kiuchu. Si realmente tienes tantas ganas de verla, ve allí. Pero piénsalo bien, es peligroso y no sabes lo que te espera.

Al conocer que había un lugar en el mundo donde podría volver a ver a su gata amada, Michiko no dudó un solo instante. Ningún peligro, ningún obstáculo podrían impedirle ir allí. Suplicó a su ama hasta que ésta le concedió unos días de permiso.

—Pero cuando vuelvas tendrás que trabajar dos días gratis por cada día que estés ausente —dijo el ama.

Y su alma negra se alegró con la idea de los peligros y los sacrificios que la muchacha tendría que soportar. ¡Y todo por una simple gata!

Michiko hizo su hatillo; no contenía gran cosa, solamente unas galletas secas que había conseguido en la cocina. Luego, emprendió un viaje largo y difícil. Durante las trías noches dormía en los bosquecillos que había junto al camino, porque le daba miedo alejarse, y para pasar la noche en una casa no tenía dinero. Por la mañana, cuando había la suficiente luz como para reconocer el camino, avanzaba lo más deprisa que podía. Muy pronto se le gastaron las sandalias de rafia y las puntiagudas piedras le herían los pies.

Por fin llegó a la isla Kiuchu. Era tarde cuando entró en el primer pueblo, donde preguntó por la montaña de los gatos.

—Esa montaña se encuentra ahí, al otro lado del río —dijeron los campesinos—. Pero no se te ocurra ir; es muy peligroso. Sólo los cazadores más valientes se atreven a cruzar el río, y si lo hacen, nunca se alejan mucho de la orilla y jamás se quedan a pasar la noche. Allí está el reino de los gatos, en el que jamás ha penetrado un hombre.

Michiko agradeció cortésmente a los campesinos el consejo y rechazó, aún con mayor cortesía, la invitación a pasar la noche que los campesinos le ofrecían amablemente.

—Sabré defenderme —respondió a las insistentes advertencias—. ¡He hecho un viaje a través tic medio mundo con la única intención de llegar al reino de los gatos!

AI ver que insistía tanto, los campesinos la dejaron marchar.

—Te hemos advertido de los peligros —dijeron—. Si no quieres escucharnos, es problema tuyo.

A la salida del pueblo, Michiko se dirigió hacia el río y buscó un vado. AI otro lado del río se extendía un frondoso bosque que subía por una pendiente. Michiko hizo acopio de valor y penetró en el sombrío bosque. Avanzaba con precaución, mirando constantemente hacia atrás, pero todo estaba tranquilo, ninguna rama se movía. El camino subía abruptamente, y Michiko, que había andado tanto, pronto se sintió cansada. Ya pensaba que tendría que pasar la noche en el bosque cuando, de repente, los árboles empezaron a separarse cada vez más hasta dejar ver un gran claro en el que brillaban tejados rojos.

—¡Seguramente es gente rica la que vive aquí! ¡Todo está tan limpio y tan bien

construido!

Se acercó a una verja y llamó. Tras un instante, una esbelta muchacha salió de la casa, se inclinó ligeramente ante Michiko y preguntó lo que deseaba.

—Soy la sirvienta Michiko —respondió la muchacha—. Tenía una única amiga, una gata negra, que un buen día desapareció. La llore durante mucho tiempo: un predicador me aconsejó que la buscara en los montes de la isla Kiuchu. He tenido que andar mucho antes de llegar, hoy, a la isla. Pero estoy tan débil que apenas puedo seguir. ¿Tendría la amabilidad de albergarme esta noche antes de que emprenda el ascenso a la montaña de los gatos? No le causaré molestia alguna.

La muchacha la escuchó atentamente y luego, sonriendo amablemente y haciéndole una reverencia, dijo:

—¿Así que has venido a que te coman?

Al oír estas palabras, Michiko tuvo miedo y quiso huir; pero de un edificio vecino salió una ancianita jorobada que se acercó, regañó a la muchacha y le dijo que se fuera.

—Perdónala, te lo ruego, seguramente se ha comportado otra vez de forma irrespetuosa —dijo la anciana a Michiko haciéndole una profunda reverencia—. No sabe portarse de manera conveniente. Todas mis amonestaciones no sirven para nada. Sin duda te ha dicho algo desagradable, porque estás muy pálida. Pero no se lo tengas en cuenta; no sabe acoger a los invitados. Dime, bella niña, lo que te ha conducido hasta aquí.

Las amables palabras de la anciana calmaron a Michiko, que, al repetir su historia, recuperó la serenidad.

La anciana escuchó atentamente, luego sonrió a Michiko y le dijo:

—Entra, muchacha. Podrás descansar en nuestra casa de las fatigas del viaje. No temas nada; si has emprendido tan largo camino para…

L1 resto ya no fue audible para Michiko. La anciana siguió murmurando para sí misma, pero sin dejar de sonreír. Multiplicando las zalemas, condujo a la muchacha a la casa e hizo que le prepararan un baño. Después del baño, introdujo a Michiko en una habitación limpia y agradable, le dirigió una sonrisa animosa y luego la dejó, diciéndole que iba a buscarle algo de comer.

Michiko se sentó en una estera y contempló con curiosidad la habitación, El baño la había refrescado y se sentía bien.

«Lis una casa extraña», se dijo al cabo de un momento. «Tiene muchas habitaciones, rincones y recovecos; todo está limpio y ordenado. Los amos deben de tener numerosos sirvientes. ¡Cuánta gente debe vivir aquí! Pero ¿dónde están? No he visto a nadie. Y, además, ¡todo está tan silencioso!».

La calma era realmente inquietante. De pronto, Michiko tuvo la impresión de oír voces en la habitación de al lado. Como le picaba la curiosidad, se levantó sin hacer ruido y entreabrió un poco la puerta. En la habitación, dos muchachas de extraordinaria belleza estaban tumbadas en esteras. Tenían los cabellos recogidos en

un alto y complicado peinado adornado con agujas de marfil maravillosamente esculpidas. En sus rostros blancos y lisos, finas cejas coronaban sus negros ojos, y maravillosos quimonos de pesada seda subrayaban aún más el encanto de las muchachas. Hablaban tan bajo y tan suavemente que se tenía la impresión de oír el ronroneo de los gatos.

Michiko cerró la puerta y abrió otra. Allí vio también a dos bellísimas muchachas. Estaban arrodilladas ante un espejo y se maquillaban. Michiko cerró también esa puerta sin hacer ruido y volvió a sentarse.

De nuevo estaba rodeada de aquel penoso silencio; ¡lo que hubiera dado por poder hablar con alguien! Al cabo de un momento, se levantó y pegó la oreja a la primera puerta con la esperanza de entender lo que murmuraban las bellas muchachas.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para distinguir las palabras, pero lo que oyó le hizo estremecerse de pánico. Una de las dos muchachas decía a la otra:

—¿Sabes? La nueva que acaba de llegar quiere visitara su amiga, una gata a la que ama por encima de todo. Sería mejor no comerla.

Michiko tembló espantada de pies a cabeza. Volvió a su sitio sobre la estera y reflexionó febrilmente sobre lo que debía hacer. Entonces, la puerta se abrió, dejando paso a una encantadora muchacha, vestida con un quimono marrón de pesada seda bordada con crisantemos blancos y adornado con un ancho cinturón de brocado. Andaba sin hacer el menor ruido, y cuando Michiko, venciendo su terror, levantó la cabeza para mirar a la muchacha a los ojos, reconoció a su amiga, la gata negra, que tenía el aspecto de una muchacha, salvo la cabeza, que seguía siendo la de un gato.

—Te doy la bienvenida, querida Michiko. No puedes imaginar lo agradecida que te estoy por tu amor, que fue mi único consuelo en la casa de la orgullosa dama. Y también por el esfuerzo que has hecho al venir a visitarme —la gata sonrió amablemente y continuó—: Yo era ya vieja, estaba medio muerta de hambre y enferma; así que no podía quedarme más tiempo allí. Seguramente ya te has dado cuenta, querida Michiko, que te hallas en el palacio de los gatos. Alberga a todos los gatos a los que los hombres han echado o a los que son viejos y están enfermos. Todos y cada uno de nosotros aspiramos durante nuestra vida a vivir en el palacio de los gatos. Es un verdadero paraíso, donde nos sentimos enormemente compensados de las miserias que los humanos nos han infligido. Pero no hay lugar aquí para los hombres. Los gatos de todo el Japón se reúnen aquí, y si te encuentran, estarás en peligro. Descansa y vuelve con los hombres. De momento, en esta casa sólo están mis amigas; no te harán ningún daño. Pero pronto regresarán de cazar los demás gatos y no podría protegerte ante tan gran multitud. Te daré de comer y luego deberás irte rápidamente.

La gata sonrió a Michiko y se fue. Al cabo de un momento, estaba de vuelta llevando en una bandeja un cuenco de arroz blanco caliente, un cuenco de verdura y de pescado fresco y una taza de delicioso té. La gata puso una mesita ante Michiko,

se arrodilló y sirvió a su antigua amiga. Michiko estaba encantada; nunca había comido tan bien. Contó a la gata las novedades del pueblo y cómo el predicador le había mostrado el camino para llegar al paraíso de los gatos. Rieron y charlaron como buenas amigas. Michiko tenía las mejillas sonrosadas por la alegría y la buena comida, y su cansancio parecía haberse esfumado. Pero todo tiene un límite. La gata se llevó la bandeja y volvió con un saquito.

—Coge este saquito y guárdalo como recuerdo mío —le dijo a Michiko—. Te protegerá por el camino. Si encuentras gatos salvajes, mantén el saquito ante ti y agítalo fuertemente: no te harán nada. ¡No tengas miedo!

—Te agradezco todo lo que has hecho, querida gata. Como ahora sé que estás bien y que no te falta nada, viviré más alegre y tranquila. Adiós —dijo Michiko.

La gata la acompañó hasta la verja y la siguió con la mirada hasta que Michiko hubo desaparecido en el bosque.

Apenas Michiko había dado unos pasos por el bosque cuando los gatos salvajes se precipitaron sobre ella. Por doquier vio brillar sus ojos verdes, y sus gritos amenazadores no presagiaban nada bueno. En el último minuto, Michiko se acordó del saquito. Lo sacó rápidamente del hatillo, lo colocó ante ella y lo agitó con firmeza. Entonces, los ojos verdes se retiraron, y los gatos dejaron libre el camino maullando terriblemente. Michiko siguió bajando la montaña manteniendo el saquito ante ella, y por todas partes los gatos se retiraron. Por fin llegó al río y cruzó el vado. Como los gatos no podían perseguirla hasta la otra orilla, guardó el saquito en el hatillo y tomó la dirección de su casa. Se dio mucha prisa, pues por cada día de ausencia debía trabajar dos días gratis para su orgullosa ama.

Ésta se quedó muy sorprendida al ver llegar a su sirvienta.

—Entonces, ¿nadie te ha comido por el camino? Y tu querida gata, ¿qué ha dicho de tu visita?

Michiko contó a su orgullosa ama lo que le había ocurrido, habló del palacio limpio y ordenado de los gatos, de las bellas muchachas y, sobre todo, de su amiga. Finalmente, sacó el saquito que la gata le había dado y lo abrió ante los ojos del ama vanidosa. El asombro de ambas fue enorme cuando Michiko extrajo del saquito la imagen de un enorme perro de temibles colmillos que tenía en sus patas diez auténticas monedas de oro.

Michiko no cabía en sí de gozo. ¡Tanto dinero! Ya no era una pobre huérfana abandonada a los caprichos de un ama orgullosa. Inmediatamente compró su libertad y abrió en la ciudad una tienda, donde vendía pasteles de arroz y otros dulces. Luego, vivió dichosa y contenta, pensando a menudo con agradecimiento en su amiga, la gatita negra.

Mientras Michiko gozaba de su vida modesta, la envidia impedía dormir a la orgullosa y noble dama. «Si una simple sirvienta ha obtenido tanto dinero por visitar a la gata, cuánto recibiré yo, que soy su ama; ¡seguro que muchísimo más!», pensaba, y aquella idea le hacía sufrir tanto que un día se dijo: «¡No puedo permitir que se me

escape ese dinero!».

Alquiló unos porteadores, mandó meter en cofres gran cantidad de exquisitos manjares y, sin revelar a nadie de la casa o del pueblo el objetivo de su viaje, se puso en marcha hacia la isla de Kiuchu. Avanzó muy deprisa, pues no tenía que ir a pie, como la pobre Michiko, sino que, muy al contrario, iba sentada en una silla, incitando a los porteadores a ir cada vez más rápidos. Por fin llegó al primer pueblo de la isla Kiuchu e inmediatamente se informó del camino que conducía a la montaña de los gatos.

—La montaña de los gatos se encuentra al otro lado del río, allí —respondieron amablemente los campesinos—. Pero es una región muy peligrosa, incluso nuestros cazadores más valientes no se atreven a alejarse demasiado de la orilla. Haría mejor en no ir.

Al oír estas palabras se echó a reír y ordenó que acudiera un barquero para cruzar el río.

—Y daos prisa —gritó dirigiéndose a los campesinos—. No tengo tiempo de quedarme mucho rato en vuestro miserable pueblo.

—Cada uno es feliz a su manera —se dijeron los campesinos—. Nosotros la hemos avisado. A fin de cuentas, no es nuestra piel la que está en juego, sino la suya.

Y dejaron marchar a la orgullosa dama.

Apenas hubo llegado a la otra orilla, mandó a los porteadores al pueblo.

—Seguiré el camino sola; ¡esperadme en el pueblo! —ordenó.

Y, aparte, añadió:

—No tenéis ninguna necesidad de ver la riqueza que me espera.

Subió rápidamente, pues conocía el camino por la descripción que le había hecho Michiko. Pero pronto empezó a jadear, agotada por el esfuerzo de andar, al que no estaba acostumbrada. Secó el sudor que perlaba su frente y se puso muy contenta cuando vio por fin cómo brillaban los tejados rojos en el claro.

—Seguramente es el palacio de los gatos —se dijo—. No tiene nada de particular; hace falta ser una criada para encontrar en esto algo extraordinario.

Se acercó a la verja y llamó:

—¿Hay alguien? ¡Dejadme entrar!

Entonces una bella muchacha salió del edificio más grande e hizo una reverencia hasta el suelo.

—¿Qué desea, noble dama? —preguntó con una voz suave como el terciopelo.

—Quiero visitar a la gata que sirvió en mi casa y que un día huyó sin más. Comprenda el insigne honor que hago a esa gata al no haber dudado, yo, su antigua ama, en recorrer tan largo camino para hacerle una visita. Estoy cansada y me gustaría descansar 1111 poco en su casa —dijo la mujer desde lo alto de su orgullo.

La bella muchacha sonrió, y estaba a punto de decir una de sus descortesías habituales cuando, de un edificio secundario, salió una anciana abuela completamente encorvada que se acercó dando rápidos pasitos y echó a la muchacha.

—Entre usted, noble dama. Seguramente está cansada del largo viaje y le apetecerá descansar un poco.

Sin dejar de hacer reverencias, abrió la puerta e invitó a la orgullosa dama a entrar.



«Ésta por lo menos sabe comportarse y recibir a un huésped tan importante», se dijo la orgullosa dama mientras seguía a la anciana al edificio.

La vieja mandó que le prepararan inmediatamente un baño, y después la condujo a una bonita habitación donde mullidas esteras habían sido dispuestas para hacer un lecho confortable.

—Tengo hambre —dijo la dama en tono altanero.

—En seguida, en seguida, espere por favor sólo un instante, —respondió la vieja.

Y, en efecto, poco después una sirvienta hizo su aparición llevando una bandeja con los más deliciosos manjares. La orgullosa dama comió hasta saciarse y, como no estaba acostumbrada al esfuerzo que había hecho, se sentía cansada, pues jamás en su vida había ido andando a ninguna parte hasta aquella fecha. Entonces se tumbó y se durmió.

Pero en medio de la noche un ruido extraño la despertó. Se sentó y miró a su alrededor para saber de dónde procedía. A través de las rendijas de la puerta vio pasar un rayo de luz. Se levantó y entreabrió la puerta. En la habitación contigua, dos enormes gatos pardos estaban tumbados sobre mullidas esteras, con sus ojos verdes relucientes siniestros.

Rápidamente, la orgullosa dama cerró la puerta y, de puntillas, fue hacia la que daba a la segunda habitación. Entreabrió también esta puerta, pero no vio sino dos gatos que, esta vez, eran grises.

Entonces, la orgullosa dama fue presa del pánico.

—¿No me dijo Michiko que eran bellas muchachas las que se encontraban acostadas en las habitaciones? ¡Pero si aquí yo no veo más que horribles y enormes gatos!

En ese instante, se abrió la puerta y entró su antigua gata.

Furiosa, la orgullosa dama la increpó:

—¡Realmente ya es hora de que te dignes aparecer! No me gusta nada esto. ¡Dame inmediatamente un saquito con monedas de oro y déjame salir!

Al escuchar estas palabras, la gatita negra se dio cuenta de que su antigua ama no había cambiado nada. Le lanzó perversas miradas, maulló fuertemente y, en el mismo instante, enormes gatos acudieron por todas partes y despedazaron a la orgullosa dama.



# El buda de los monos

HABÍA una vez un abuelo y una abuela. Hubieran podido vivir contentos si no hubieran existido los pájaros. Por mucho que el abuelo trabajara su campo con amor y arrancara cuidadosamente las malas hierbas, los pájaros, siempre voraces, devoraban los brotes verdes. Jamás el abuelo recogía la esperada cosecha. Incluso por la noche daba vueltas y vueltas en la cama y soñaba con pájaros gigantes que caían en su campo y le comían hasta el último grano. Por la mañana se despertaba bañado en sudor y agotado.

—Abuela, no podemos continuar así. Prepárame algo de comer y búscame trapos de colores; estoy seguro de que los tienes. Voy a vestirme de espantapájaros para ver si logro meter miedo a los pájaros —dijo un día el abuelo tras otra noche de insomnio.

La abuela coció bolitas de mijo, rebuscó en todos los recovecos de sus arcones para encontrar los trapos y el abuelo se vistió. ¡El espantapájaros era digno de verse! Un gorro verde con montones de borlas, una chaqueta y una túnica hechas con piezas y trozos de tela, blancos, negros, azules, con llores grandes y pequeñas y un chai rojo a modo de cinturón. Así ataviado, el abuelo se puso en medio del campo y agitó los brazos, haciendo que, literalmente, bailaran los trapos. También dio saltos levantando mucho los pies, y la verdad es que ni un solo pájaro se atrevió a sobrevolar el campo y robar el menor grano.

—Vais a ver cómo las gasto, tragones, más que tragones. ¡A partir de ahora ya no vendréis a atiborraros con mis granos!

El abuelo estaba encantado con su idea.

El sol subía lentamente en el cielo y el abuelo agitaba cada vez más pesadamente los brazos y daba saltos cada vez más espaciados.

«Después de todo», se dijo finalmente, «ya he espantado tantos pájaros que bien puedo sentarme un momento al borde del campo para recuperar fuerzas».

Se sentó con las piernas cruzadas, sacó una bolita del hatillo, pero apenas la hubo comido los brazos le cayeron sobre las rodillas y la cabeza sobre el pecho. El abuelo se había dormido.

Era un cálido día de verano, el sol brillaba, todo estaba en silencio y los pájaros se

habían retirado a la sombra. El abuelo dormía profundamente.

De repente, una horda de monos salió del bosque gritando. Miraron a su alrededor con curiosidad y un mono gritó mucho más fuerte que los demás. De pronto, uno de ellos vio al abuelo, sentado al borde del campo, vestido con trapos multicolores. Llamó a sus compañeros, que rodearon al extraño viejo. Se acercaron cada vez más, dispuestos a emprender la huida si aquella cosa abigarrada empezaba a moverse. Pero el abuelo dormía profundamente, inconsciente de lo que pasaba a su alrededor. Y como estaba tranquilo, los monos fueron perdiendo poco a poco el miedo y uno de ellos incluso se apoderó del hatillo y sacó las bolitas. Las devoraron en un instante. Luego, un mono de cierta edad se acercó al abuelo y le examinó con atención.



—¿Sabéis lo que es? —dijo por fin a los demás—. Seguramente es una nueva efigie de Buda y las bolitas eran las ofrendas.

—Tienes razón, seguramente es una nueva efigie de Buda. ¡Y qué bella es! Jamás había visto un Buda parecido —dijo otro mono tocando suavemente y con admiración los trapos multicolores.

A partir de ese momento los monos dejaron de tener miedo; gritaban, aullaban y acariciaban los trapos y las borlas.

Por fin, el más viejo propuso:

—Llevemos a este Buda para colocarlo en nuestro templo. Los demás animales se quedarán muy sorprendidos y tendrán envidia cuando sepan que tenemos un Buda tan extraordinario…

A los monos les encantó la idea. Varios de ellos se cogieron de las manos para formar unas parihuelas y los demás colocaron con precaución al Buda. Naturalmente, el ruido acabó por despertar al abuelo. Había sorprendido la conversación de los monos respecto a él y le picó la curiosidad. Quería saber adónde querían llevarle los monos y pensó: «No voy a decir nada y haré como si realmente fuera de madera. La abuela se quedará muda de asombro cuando le cuente esta loca aventura».

Los monos que llevaban al Buda avanzaban con precaución. Cuando llegaron a la orilla del río, buscaron durante mucho rato un vado porque 110 querían que se mojara su espléndido Buda. Por fin encontraron uno y entraron suavemente en el agua. Felices por tener un Buda tan magnífico, se pusieron a cantar. La verdad es que a nosotros nos hubiera costado reconocer un canto en sus gritos. Cada mono cantaba en un tono diferente, pero la canción les gustaba mucho:

*Cuidado, cuidado al andar,*
*que nuestro Buda no se moje.*
*¡Cuidado al andar!*

Interrumpiendo la canción, uno de los monos gritó:

—Levantad bien en alto al Buda. No importa que os mojéis el rabo. ¡Lo importante es que el rabo del Buda esté seco!

Pero mientras gritaba, llevaba bien alta su propia cola para no mojársela.

El abuelo tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no soltar una carcajada. Realmente era graciosísimo ver cómo los monos se preocupaban por su bienestar.

Cuando acabaron de cruzar el río, llegaron a la orilla con grandes gritos y llevaron al abuelo a su templo, muy arriba en la montaña. A decir verdad, no era un templo, sino una profunda gruta, donde, a guisa de altar, había un viejo pedestal de madera que sin duda los monos habían cogido en un templo abandonado.

Los monos instalaron a su magnífico Buda. Unas veces lo miraban de cerca y otras se situaban a la entrada de la gruta y gritaban a cual más fuerte:

—¡Que Buda tan maravilloso! ¡No hay otro igual en el mundo entero!

Después se dijeron que para que el Buda estuviese a gusto con ellos tenían que hacerle ofrendas. Al instante, se fueron por todos lados en busca de regalos dignos del Buda. Pasaron unas horas y los monos volvieron uno a uno a la gruta y cada cual dejó en el pedestal lo mejor que había podido encontrar. Al hacer su ofrenda, se prosternaban y cantaban con voz temblorosa:

—Oh, dignísimo Buda, concédeme la gracia de aceptar este humilde regalo de un pobre mono.

Uno dejaba en el pedestal un puñado de deliciosas nueces; otro, una raíz llena de savia; un mono trajo incluso una moneda de oro robada sin duda a un comerciante o a un peregrino distraído; otro, un abanico roto o un jarro de cristal pintado; en resumen, cada uno sacrificó al Buda lo más precioso que poseía. La procesión era larga y las ofrendas seguían amontonándose en el pedestal. A fuerza de permanecer inmóvil, al pobre abuelo le dolía todo, pero no quería traicionarse porque quién sabe qué hubiera podido ocurrir entonces. Esperaba, pues, pacientemente para ver cómo acababa aquello. Los monos se quedaron un rato más en la gruta, luego dejaron de interesarse por el nuevo Buda y volvieron otra vez al bosque en busca de una nueva distracción. Cuando dejó de oír sus gritos en el bosque, el abuelo, absolutamente baldado, se bajó del pedestal. «Un poco más», se dijo, «y me hubiera transformado de verdad en una estatua de madera».

Recogió los regalos que podían servirle, y sobre todo la moneda de oro. Jamás en su vida había poseído una tan grande. Abandonó la gruta tan deprisa como pudo porque no deseaba bajo ningún concepto un nuevo encuentro con los monos. Al llegara la ciudad cambió la moneda de oro, compró para la abuela y para él dos quimonos de verano y dos de invierno y también una gran caja de riquísimas golosinas.

¡Fue un verdadero festín! Y cuando contó a la abuela cómo los monos le habían cruzado el río y cómo habían tenido miedo de mojarle, la abuela se rió hasta no poder más. Y el abuelo tenía que repetirle sin cesar la canción de los monos y mostrarle cómo se habían prosternado ante «el dignísimo Buda».

Las carcajadas atrajeron a una vecina envidiosa. Se acercó a la puerta y preguntó:

—¿Estáis solos?

—Entra —la invitaron el abuelo y la abuela.

- le ofrecieron las golosinas traídas de la ciudad.

—¿Qué hacéis? —preguntó la vecina, pálida de envidia, con una falsa sonrisa.

El abuelo le contó su aventura y le enseñó los quimonos nuevos.

Al enterarse, la vecina se disculpó a toda prisa y corrió a su casa. Esperó con impaciencia el regreso de su marido. Apenas éste se hubo quitado las sandalias, ella le dijo:

—Escúchame bien. Mañana por la mañana tienes que disfrazarte de

espantapájaros e ir al campo. Imagínate la suerte que tiene nuestro vecino a pesar de que no sirve para nada. Seguro que tú traes mucho más.

- no paró hasta que su marido oyó la historia de principio a fin. Luego cogió una bonita tela destinada a la confección de un quimono, la rompió hasta convertirla en harapos y con ella disfrazó a su marido de espantapájaros al día siguiente.

—Y ahora vete rápidamente al campo y espera a los monos.

El vecino se fue, pero no se colocó en medio del campo agitando los brazos para espantar a los pájaros, como había hecho el abuelo la víspera. Se instaló inmediatamente al borde del campo, con las piernas cruzadas, puso las manos en las rodillas y bajó la cabeza como si estuviera hundido en profundas reflexiones. Esperaba a los monos. Tuvo que esperar mucho tiempo y estaba a punto de dormirse cuando, de repente, oyó los gritos de los monos que salían precipitadamente del bosque.

—Aquí está, aquí está, nuestro Buda ha vuelto. Hoy no está tan magníficamente vestido como ayer, pero no importa; a pesar de todo, vamos a llevarlo a nuestro templo.

Una vez más, formaron unas parihuelas, instalaron en ellas al vecino y lo llevaron con cuidado. Hay que decir que el viejo no se sentía muy a gusto y soportaba mal los gritos de los monos. Pero estaba dispuesto a aguantarlo todo con tal de enriquecerse.

Al llegar a la orilla del río, los monos se pusieron de nuevo a buscar un vado y otra vez cantaron su canción:

*Cuidado, cuidado al andar,*
*que nuestro Buda no se moje.*
*¡Cuidado al andar!*

«Creen que esos gritos son una canción», se dijo el vecino, haciendo enormes esfuerzos por no soltar una carcajada. Pero cuando, en medio del río, los monos gritaron: «No importa que tengáis la cola mojada, lo importante es que la cola del Buda esté seca», entonces el viejo ya no pudo contenerse y se echó a reír.



—No es un Buda, es un hombre, un impostor —exclamaron los monos.

Llenos de rabia, tiraron al vecino al agua y desaparecieron en el bosque gritando sin parar.

La corriente arrastraba al hombre, que creyó que había llegado su última hora. Pero al fin consiguió aferrarse a las ramas de un sauce que se inclinaba sobre el agua y trepó a la orilla. Estaba calado hasta los huesos y los jirones de tela le colgaban por el cuerpo y se le enrollaban en las piernas impidiéndole andar. Ataviado de esa forma, hubiera sido el hazmerreír del pueblo. Así que se escondió tras unos arbustos y esperó a que cayera la noche. Muy tarde ya, se dirigió a su casa. «Espero no encontrar a nuestro vecino, me daría vergüenza», se dijo cuando divisó el pueblo. Y echó a correr para llegar cuanto antes.

Desde hacía horas, su mujer lo esperaba, de pie junto a la verja. Cuando le vio llegar, se dijo con alegría: «Seguro que ha recibido más que el otro y tiene prisa en volver para decírmelo. Cuántas cosas vamos a poder comprar». Antes de que su marido hubiera llegado a casa, se arrancó los viejos trajes del cuerpo y los tiró al fuego con los de su esposo. «Ya no quiero ver estos miserables pingajos. Vamos a comprarnos trajes espléndidos».

¡Sí, sí, trajes espléndidos…! Si sus vecinos, compadecidos, no les hubieran dado sus viejos quimonos, hubieran tenido que pasearse completamente desnudos.



# El árbol agradecido

HABÍA una vez una pobre viuda que vivía con su única hija en un pueblo de pescadores. Habían llegado al pueblo unos años antes. Cuando el marido de la viuda, un comerciante de la ciudad, aún vivía, la familia gozaba de una vida dichosa en la abundancia. Pero, según dicen, la felicidad es efímera…

Un día, el comerciante cayó enfermo, y poco tiempo después le enterraron con grandes honores. La viuda se quedó sola con su hija. Ya fuera porque no entendía nada de negocios o porque tuvo mala suerte, el caso es que los clientes fueron cada vez más escasos; las deudas, en cambio, se hicieron más numerosas, hasta que la viuda no tuvo otro remedio que vender lo que quedaba, pagar las deudas y abandonar la ciudad. En el pueblo vivía modestamente y dedicaba todo su esfuerzo a la educación de su hija, que, a medida que crecía, le devolvía plenamente el amor y la solicitud con que ella la rodeaba. La muchacha tenía un corazón bueno y compasivo; era amable y simpática con todo el mundo. Conociéndola, había que quererla. La viuda se sentía muy dichosa de tener una hija así, y al ver cómo se ocupaba de su madre, le quitaba trabajo, barría el patio y traía el agua, olvidaba sus penas. Pero la viuda era ya vieja, el dinero escaseaba cada vez más, y la pequeña Hanako decidió buscar un empleo para ayudarla. Como era amable y simpática, la joven encontró en seguida una buena colocación en la ciudad vecina. Aunque tenía que hacer un trayecto de una hora para llegar a la ciudad, Hanako no quiso dejar a su anciana madre completamente sola, y cada mañana, al amanecer, se marchaba para no volver hasta que era ya de noche. Cada vez traía en su hatillo la mitad de la comida que le habían dado en la ciudad.

El trayecto era difícil, sobre todo en invierno y cuando soplaban los vendavales del otoño, pero a Hanako no le importaba. Saltaba alegremente y su espíritu abierto se impregnaba de cuanto veía en el bosque. Hanako conocía uno por uno los nidos de los pájaros y cada flor que se abría. Pero su interés se centraba especialmente en un gran castaño, de enorme ramaje, que se encontraba a mitad de camino entre la ciudad y el pueblo. El esbelto tronco era visible a gran distancia y Hanako lo saludaba de lejos, porque le indicaba que ya había hecho la mitad del trayecto. Pronto se encariñó con el árbol y tomó la agradable costumbre de detenerse junto a él —

independientemente del tiempo, ya nevara o brillara el sol— para contarle lo que había visto durante el día, cuáles eran las novedades de la ciudad que el árbol, a pesar de ser muchísimo más alto que la pequeña Hanako, no podía ver, o también qué flor se había abierto en su pequeño jardín. La mayoría de las veces le hablaba de su madre, cuyas piernas tenían ahora gran dificultad en sostenerla y cuya vida tanto le gustaría facilitar. Y mientras hablaba, acariciaba suavemente la vieja corteza agrietada del gigante y quitaba las hojas y las ramitas secas que el viento había amontonado sobre sus raíces.

Durante tres años, la pequeña Hanako habló día tras día con el árbol y, con el tiempo, olvidó totalmente que se trataba de un ser completamente diferente de ella. El árbol se había convertido en su exclusivo y único amigo, al que podía confiar cualquier pena y con el que podía compartir sus alegrías.

Una tarde volvía como siempre con la comida para su madre. Aquel día el trabajo había durado más e iba muy deprisa para que su madre tuviera la comida a tiempo y no se preocupara. De lejos oteó el horizonte para ver el árbol que le indicaba la mitad del trayecto, aunque esta vez no tuviera tiempo de charlar con él. Pero siempre era posible detenerse un instante y acariciar su corteza. Miraba, pues, a lo lejos, alegrándose del encuentro con su amigo, sin darse cuenta de que unas nubes muy negras se amontonaban en el cielo. Cuando cayeron las primeras gotas, tuvo el tiempo justo de correr hacia el árbol para resguardarse bajo un espeso follaje. La lluvia golpeaba con fuerza contra las hojas y las ramas, y Hanako se apretaba estrechamente contra el tronco y escuchaba el rumor del agua.

De repente, tuvo la impresión de oír, a través del ruido que hacían las gotas de lluvia, una vocecita que decía:

—Querida Hanako, ha llegado el momento de separarnos. Dentro de tres días, los leñadores del príncipe vendrán a cortarme. Quieren hacer un barco con mi tronco. Numerosos artesanos irán a vuestro pueblo y trabajarán en su construcción. Dentro de tres meses el barco debe abandonar el dique seco y el intendente quiere dar una gran fiesta para celebrarlo. El príncipe en persona asistirá a ella. En esta hora de la despedida, quisiera darte las gracias por tu amistad y tu solicitud. Tu corazón puro me ha conmovido profundamente. Pero lo que estimo más todavía es la abnegación con que cuidas a tu anciana madre. Verdaderamente mereces mejor suerte y, como yo puedo hacerlo, quiero ayudarte a conseguirla. Escucha bien lo que voy a decirte: cuando el intendente ordene que se bote el barco, ninguna fuerza en el mundo podrá moverme. Después, el príncipe prometerá una gran recompensa al que consiga empujar el barco hasta las olas. Pero no servirá de nada. Sólo cuando tú te acerques a mí y murmures: «Soy yo, Hanako, he venido a ti», el barco se deslizará solo al agua. Adiós, querida Hanako, ¡sigue siendo tan amable y tan buena!

Apenas el árbol hubo terminado de hablar, la lluvia cesó y el ciclo se despejó completamente. Hanako estaba muy sorprendida. «Seguramente he soñado; un árbol no sabe hablar, aunque el árbol sea mi mejor amigo», se dijo por último; luego

acarició suavemente el tronco, cogió su hatillo y corrió a su casa.

La tarde siguiente se detuvo de nuevo junto al árbol.

—Imagínate —le dijo sin aliento— que ayer tuve un mal sueño. Soñé que tenían que cortarte. Pero no era más que un sueño; estoy segura de que no te ocurrirá nada. Pero ¿con quién hablaría yo?

Pero cuando, al tercer día, al volver Hanako a su casa, intentó ver a su amigo a lo lejos, su enorme copa había desaparecido. Asustada, continuó su carrera, pero había ocurrido lo que el árbol había predicho. Allí donde el orgulloso tronco se había erguido, unos leñadores arrancaban las últimas ramas del gigante caído. Hanako acarició por última vez la corteza y luego volvió a su hogar lentamente.

Aquella noche, en la casa no se oyeron alegres canciones. Silenciosa, Hanako no dejaba de pensar en su pobre árbol mientras servía a su madre. ¡Qué triste le parecía ahora el camino sin su querido amigo!

Cuanto el árbol había predicho se cumplió. El pueblo se llenó de repente de artesanos que serraron el tronco, lo pulieron, lo convirtieron en vigas y empezaron a construir un enorme barco en las afueras de la población, directamente en la playa.

Habían pasado tres meses justos cuando, junto al agua, se alzó un magnífico barco que olía a madera y a sol.

Luego, llegó el día de echarlo al mar. ¡Fue una verdadera fiesta! Se reunió una inmensa multitud. Cada uno se había puesto su mejor traje. Había también muchos comerciantes y se vendió un número incalculable de pasteles de arroz, galletas, pescados frescos y manjares exquisitos. Hubo incluso artistas que montaron un escenario en la arena. No se esperaba ya más que al príncipe, que por fin llegó rodeado de un impresionante séquito. Todo el mundo fue a la playa, y la muchedumbre estaba tan apretada que a un grano de arroz le hubiera costado pasar entre las personas.

Pero ¿qué ocurría? Los obreros empujaron el barco con todas sus fuerzas, tensaron las cuerdas hasta romperlas…: el barco permaneció majestuosamente inmóvil. ¿De qué servía un barco tan magnífico si no podía ir por el agua? El intendente se puso morado de furia. ¡Qué vergüenza! ¡Y delante del príncipe! Pero por mucho que gritó, vociferó e incitó a los obreros, nada consiguió; el barco no se movió ni una pulgada. Los espectadores aportaron su ayuda: en vano.

Por fin, el príncipe mandó anunciar que concedería una gran recompensa a quien rompiera el hechizo y empujara el barco al mar. Muchos hombres, famosos en el país por su fuerza, respondieron al anuncio; y también monjes astutos y charlatanes; cada uno lo intentó a su manera, pero nadie tuvo éxito. El barco estaba en la playa, olía a madera y a sol, y nadie podía hacer que se deslizara al agua.

La pequeña Hanako se encontraba entre los habitantes del pueblo, y durante mucho tiempo reflexionó, en vista de los acontecimientos, para saber si debería seguir el consejo recibido del árbol. Pero había allí muchos forasteros y ya un gran número de hombres había probado sus fuerzas. Seguro que los asistentes se burlarían

si ella, una débil jovencita, quería competir con el gran barco. ¿Y quién sabe si aquel día lejano no había tenido simplemente un sueño? Pero, al pensar en las palabras de su amigo y comprobar que cuanto había predicho se había realizado, acabó por armarse de valor, avanzó por el espacio vacío que quedaba ante el barco, hizo una profunda reverencia y dijo:

—Si me lo permitís, yo también intentaré romper el hechizo que tiene el barco.

Lo que había temido ocurrió; todo el mundo se burló de ella; muchos hombres habían tentado su suerte, hombres fuertes o monjes astutos. Y resulta que aparecía una débil muchachita pretendiendo hacerlo mejor que los demás.

—Vuelve a tu casa y ten cuidado de que no te pase nada. ¡Aquí lo único que haces es molestar!



Pero los vecinos que se encontraban entre los espectadores dijeron:

—Es la pequeña Hanako. Dejad que lo intente. Es una jovencita buena y amable, y además no es nada tonta. ¡Quién sabe, quizá sea ella la que lo consiga!

Por fin, el intendente la animó con un gesto, porque no quería desperdiciar ninguna posibilidad.

Hanako, confusa, se acercó al barco, extendió la mano y murmuró muy bajo:

—¡Soy yo, la pequeña Hanako!

Hablaba tan bajo por la emoción, que ninguna de sus palabras era comprensible. Los espectadores seguían atentamente los acontecimientos para ver lo que iba a ocurrir. Entonces Hanako se calmó un poco, se acercó más, acarició el liso casco del barco y dijo:

—Soy yo, Hanako. ¡He venido a ti!

Apenas hubo pronunciado estas palabras cuando el barco, completamente solo, se puso en movimiento y se deslizó suavemente hacia el agua.

Entonces estalló la alegría. Todos admiraron a la pequeña Hanako, y el príncipe la mandó llamar para preguntarle qué deseaba como recompensa.

Hanako contó al príncipe la historia de su amistad con el árbol y también cómo éste había querido ayudarla, a ella y a su anciana madre. Al príncipe le gustó aquella jovencita amable y modesta y la recompensó tan magníficamente, que desde entonces vivió dichosa y sin preocupaciones con su madre.



# La mujer de nieve

EN una aldea de la provincia de Musashi vivían dos leñadores: el anciano Mosaku y Minokichi, su aprendiz, un muchacho joven y despierto. Todos los días salían de casa muy temprano, y se dirigían al bosque a cortar leña, hasta que comenzaba a ponerse el sol. Sus vidas transcurrían apaciblemente sin que nada las perturbara.

Una noche de invierno, cuando iban de regreso, les sorprendió una violenta tempestad de nieve. Pronto el bosque se convirtió en una blanca inmensidad salpicada de árboles fantasmales. Era tal la intensidad de la nieve y del viento que apenas se veía a dos pasos. El anciano Mosaku, muy asustado, empezó a gritar:

—¡Minokichi, no te alejes de mí! ¡Si nos separamos, estamos perdidos!

Minokichi cogió a Mosaku por el brazo y le tranquilizó.

—No podemos volver a casa. Busquemos un lugar donde guarecernos y pasar la noche.

La oscuridad era total, pero el joven conocía muy bien el bosque y condujo al anciano a una cabaña abandonada. Sería un buen refugio hasta que cesara la tormenta.

Una vez dentro, encendieron fuego y se acurrucaron uno junto a otro. Contemplando las llamas y recibiendo su calor, Mosaku se durmió inmediatamente. Minokichi se puso a escuchar el agudo ulular del viento, la nieve que azotaba la puerta y el bramido del río que pasaba cerca de allí. Al final, agotado, acabó por dormirse.

No supo cuánto tiempo había pasado, pero de repente se despertó. El fuego se había apagado y la nieve le golpeaba con furia en la cara. Se incorporó, sobresaltado, y vio que la puerta de la choza estaba abierta.

Minokichi recordaba perfectamente haber cerrado y atrancado la puerta, así que preguntó en voz baja:

—¿Quién está ahí?

Nadie respondió.

Entonces, a la pálida luz de la nieve, vio a una mujer totalmente vestida de blanco dentro de la cabaña.

Quiso hablar, pero el miedo le había paralizado. La mujer se acercó al anciano

Mosaku, se arrodilló junto a él y le sopló en la cara. De su boca salió un humo blanco que ocultó por unos instantes el rostro del anciano, que seguía dormido. Luego el humo se desvaneció.

Minokichi no podía dar crédito a sus ojos. Contempló, inmóvil, la escena, pensando que debía tratarse de un sueño.

De repente, la mujer se levantó, se dirigió lentamente hacia él y se arrodilló a su lado, igual que acababa de hacer con el anciano. El aprendiz quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta. Los labios de la mujer se acercaban más y más a su cara, hasta que estuvo a punto de rozarla. Entonces, a pesar del terror que le inspiraba, Minokichi pudo comprobar que era una mujer bellísima. Ambos se miraron fijamente durante largo rato. Por fin, la mujer de blanco sonrió y dijo al oído de Minokichi en un susurro:

—Tenía la intención de hacerte sufrir la misma suerte que al anciano. Pero me das lástima. ¡Eres tan joven y tan apuesto! No te haré ningún daño.

Minokichi la miraba sin pestañear. Ella continuó:

—Pero si alguna vez dices a alguien lo que has visto esta noche, te mataré. ¡Recuérdalo!

Dichas estas palabras, desapareció.

Pasó un largo rato hasta que Minokichi pudo reaccionar. El interior de la cabaña estaba completamente lleno de nieve que seguía entrando por la puerta abierta. Minokichi recordó las palabras de la bella mujer vestida de blanco y se fue calmando poco a poco. Se levantó, fue a cerrar la puerta y se acercó a Mosaku. Quería contarle lo que había visto.

—¡Mosaku! ¡Mosaku! ¡Despierta! —le llamó.

No hubo respuesta.

Se arrodilló a su lado, extendió la mano hacia él y le tocó la cara. La tenía completamente helada. Lleno de angustia, Minokichi apartó la nieve que cubría al anciano. Se quedó sobrecogido de espanto cuando comprobó que Mosaku estaba muerto.

Pasó un año.

Minokichi echaba mucho de menos a su viejo compañero, pero el tiempo había suavizado su añoranza y acabó por acostumbrarse a ir solo al bosque.

Una noche del invierno siguiente, cuando volvía a su casa, encontró en el camino a una muchacha alta, delgada y de extraordinaria belleza. Tenía las facciones más delicadas que jamás había visto y su voz era tan agradable como el canto de los pájaros.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Minokichi.

—O-yuki la Nieve —respondió en un suave murmullo.

Era absolutamente encantadora y el joven pasaba muchas horas en su compañía.

Todas las noches, cuando regresaba del bosque con la leña, la encontraba en el mismo lugar, porque ella le estaba esperando. Juntos se sentaban a la orilla de un arroyo helado y ni siquiera advertían el intenso frío que hacía. Hablaban y se miraban embelesados y, sin darse cuenta, empezaron a hacer proyectos y a pensar en el porvenir.

Minokichi llegaba a su casa muy contento y, esperando volver a ver a O-yuki al día siguiente, dormía profundamente con el sueño de las personas dichosas.

Por fin, una noche que la luna brillaba inmensa en la bóveda celeste y que el paisaje cobraba la palidez luminosa de las estrellas, sentado al lado de O-yuki junto al río, Minokichi le declaró su amor.

—¿Quieres casarte conmigo? —le preguntó.

O-yuki le miró y asintió dulcemente con la cabeza.

Se casaron y O-yuki tuvo diez hijos, hermosos niños y niñas de piel muy blanca, que hicieron la felicidad de Minokichi. En la aldea todo el mundo les admiraba y les quería y O-yuki les parecía maravillosa. Aunque era madre de diez hijos, seguía siendo joven y bella como el primer día.

Minokichi siempre estaba alegre. En el bosque hacía su trabajo cantando y pasaba el mayor tiempo posible con su esposa y sus hijos en la más completa armonía.

Su vida transcurría en la apacible calma de la dicha.

Una noche que los niños se habían acostado, O-yuki estaba cosiendo a la luz de una lámpara de papel.



Minokichi se la quedó mirando fijamente. O-yuki levantó la vista de la labor que estaba haciendo y preguntó a su marido:

—¿Por que me miras así?

—¡Eres tan bella!

O-yuki sonrió y siguió cosiendo. Minokichi continuó:

—Mientras te miraba, me he acordado de una extraña aventura que me ocurrió cuando tenía dieciocho años. Vi a una mujer tan hermosa y con la tez tan blanca como tú. Se te parecía mucho.

Sin levantar los ojos de la costura, O-yuki dijo:

—Háblame de ella. ¿Dónde la viste?

Entonces Minokichi, le contó todo lo que había pasado la terrible noche de la muerte de Mosaku.

Cuando hubo terminado su relato, O-yuki tiró violentamente al suelo su labor, se levantó y se inclinó sobre Minokichi que estaba sentado. Le miró llena de ira y le gritó a la cara:

—¡La mujer de nieve era yo! Te dije que te mataría si contabas lo que pasó aquella noche.

Minokichi se quedó petrificado.

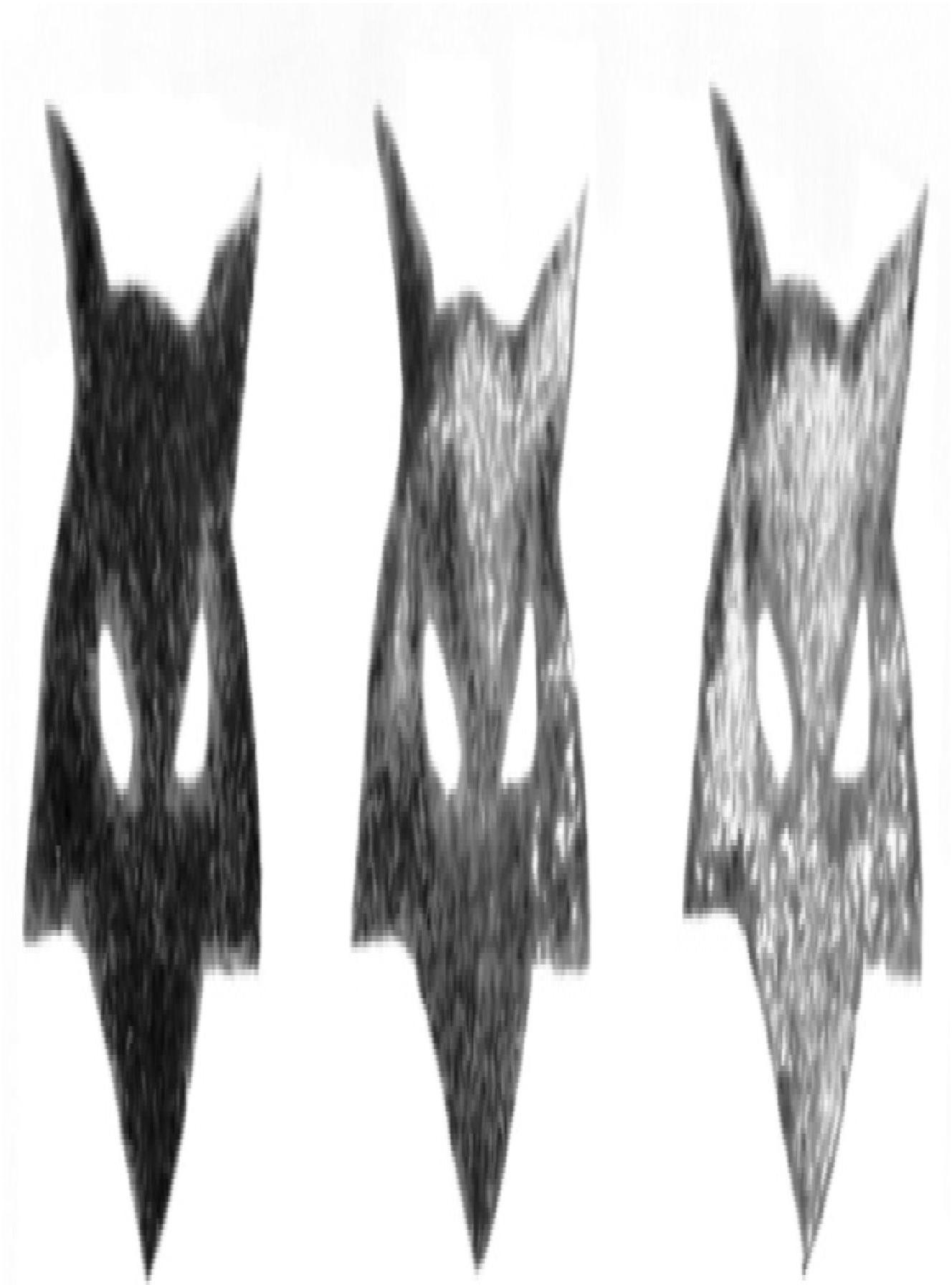
—¿Tú? ¿La mujer de nieve?

—¡Sí, yo!

Minokichi se puso a temblar y O-yuki continuó:

—Te perdono la vida por los niños. ¡Cuida bien de ellos!

Mientras gritaba, su voz se fue convirtiendo poco a poco en el silbido del viento cuando se aleja; luego se fundió en una bruma blanca que se elevó hacia las vigas del techo y O-yuki desapareció por la chimenea. Desde entonces, nadie volvió a verla más.



# La gratitud del zorro

HABÍA una vez, en un pueblo, un abuelo y una abuela. El abuelo trabajaba su pequeño campo y recogía leña seca en el bosque; en los alrededores se le respetaba como a un hombre justo y compasivo, y como alguien incapaz de hacer daño ni a una mosca. La abuela era un poco camorrista y bastante impetuosa; pero era muy trabajadora y llevaba su hogar de forma ejemplar. Durante toda su vida, siempre habían trabajado de la mañana a la noche, pero sin llegar nunca a ser ricos. Cada vez envejecían más y seguían viviendo al día.

—De momento, todo va bien —decía con frecuencia el abuelo al volver cargado bajo el haz de leña—. Todavía soy capaz de coger leña y de venderla en el mercado. ¿Pero qué será de nosotros cuando ya no pueda hacerlo? ¿Quién se ocupará de nosotros? La abuela asentía encogiéndose de hombros: —Es verdad. ¿Qué nos espera? Realmente esto no es vida. No paramos ni un instante y, a pesar de ello, no somos capaces de guardar unas monedas de cobre para nuestra vejez.

Cada vez que el abuelo llevaba leña al mercado, los dos esperaban que esa vez les sobraran algunas monedas, pero, por mucho que lo intentaran, no podían ahorrar nada. Una vez faltaba la sal, otra había que pagar el alquiler y para ellos tenían incluso que pedir dinero prestado, y después tardaban mucho en devolver la deuda.

Un día, el abuelo estaba en el camino de vuelta del mercado. Esta vez había tenido suerte: la deuda estaba pagada y todavía le quedaban unas monedas de cobre.

«¡Qué contenta se pondrá la abuela!», se decía. «Este dinero irá al cofre. Al fin podremos empezar a ahorrar para nuestra vejez».

Avanzaba alegremente. Al acercarse al pueblo vio, en el lecho seco del río, a una pandilla de niños brincando y oyó gritos quejumbrosos. Los niños del pueblo habían capturado a un zorro y se divertían torturando al pobre animal. Uno le tiraba de la cola, otro le pinchaba con una larga aguja y todos se burlaban del zorro:

—Vamos, viejo astuto, has caído en nuestra trampa. Si eres tan astuto como dice la gente, ¡escapa si puedes!

El abuelo sintió lástima del animal. Tenía unos ojos muy tristes y, además, ya estaba medio muerto.

—¡No tenéis vergüenza! —gritó el abuelo dirigiéndose a los niños—. ¡Torturar a

un pobre animal! ¡Liberad inmediatamente a ese zorro!

Pero los muchachos se contentaron con burlarse de él:

—No se meta en lo que no le importa. Nosotros hemos capturado al zorro, así que nos pertenece y podemos hacer con él lo que queramos. Si el zorro le da tanta pena, ¡cómprenoslo! ¡Se lo dejaremos a buen precio!

El abuelo reflexionó. Realmente el zorro le daba pena y, solo, nada podía contra los niños. Pero desprenderse del único dinero que poseía, ahora que precisamente había tomado la decisión de guardarlo… No obstante, como el zorro seguía gimiendo miserablemente, el abuelo se decidió. Sacó su bolsa, cogió todas las monedas y se las dio a los niños. «Todavía soy capaz de trabajar», se dijo, «y también de ganar dinero».

Los niños cogieron el dinero y, antes de que el abuelo hubiera podido contar hasta tres, se encontró solo con el zorro. Le liberó de la trampa, pero el pobre animal estaba tan débil que no podía ni moverse. Entonces, el abuelo lo cogió en brazos y lo llevó lejos, al bosque. Allí lo soltó y le dijo:

—Mi pequeño zorro, quédate en el bosque y no vuelvas nunca más al pueblo. ¡Que el día de hoy te sirva de lección! El pueblo pertenece a los hombres; el bosque, a los animales.

El zorro le lanzó una mirada agradecida antes de meterse en su madriguera.

Y el abuelo volvió a su casa con las manos vacías. Durante muchos días la abuela se quejó de que hubiera dado su dinero tan a la ligera, pero con el tiempo olvidó la historia.

Un día, un zorro hizo de repente su aparición en el patio de los dos ancianos. La abuela tuvo miedo e inmediatamente se acordó del dinero. Entonces gruñó:

—Ya es bastante que por un zorro hayamos perdido el único dinero que hemos tenido, sin hablar de la angustia que sentí en su día porque pasó mucho rato hasta que volvió el abuelo; ¡y ahora los zorros vienen hasta nuestra casa! ¡Vamos, vete!

Y buscó un palo que la ayudara a echar al zorro.

Pero a éste no le importaron los gritos de la abuela. Sólo se acercó cuando el abuelo apareció en el patio para ver qué ocurría y dijo:

—Abuelo, usted me salvó la vida. Jamás lo olvidaré y haré todo lo que pueda para recompensarle. Como mis heridas tardaron mucho tiempo en curar, por eso no he venido hasta hoy. Dígame cómo podría ayudarle.

El abuelo dijo solamente:

—No vale la pena hablar de ello. Vuelve rápidamente al bosque antes de que los niños te atrapen. Esta vez no podría ayudarte, porque no tengo ni una sola moneda de cobre. ¡Rápido, vete!

Pero el zorro respondió:

—Si no tiene ningún deseo, entonces voy a decirle la idea que se me ocurrió mientras me vi obligado a permanecer tumbado durante tanto tiempo en mi madriguera. No lejos de aquí, en un monasterio, vive un viejo monje que colecciona

con amor utensilios y recipientes antiguos. Corre de un lado a otro en busca de viejos calderos y hervidores y otras cosas por el estilo. Voy a transformarme en un precioso hervidor y usted me llevará al monje. Seguramente le dará una buena cantidad y ya no tendrá que preocuparse por su vejez.

Por mucho que el abuelo dijo que no necesitaba nada y que más valía que el zorro volviera al bosque, éste ya había enrollado la cola alrededor de las patas, había inclinado la cabeza, había girado tres veces sobre sí mismo y, en lugar del zorro, apareció ante los dos viejos un magnífico hervidor antiguo, de bronce. La tapa tenía forma de cabeza de zorro, y el pitorro se parecía al morro alargado de ese animal.



El abuelo y la abuela se quedaron mudos de sorpresa. La abuela se recuperó la primera. Cogió el hervidor con las manos y le dio unos golpecitos, pero éste emitió el sonido real del bronce puro.

«Seguramente el monje pagará un buen precio por este hervidor», pensó la abuela, que ya veía el dinero, y en seguida animó al abuelo:

—Ve tranquilamente a casa del monje. El zorro tiene razón. Diste nuestro último dinero por él; de este modo recuperaremos algo a cambio. ¿Qué haríamos nosotros con un hervidor tan bonito? Es demasiado hermoso para nosotros. Seguro que el zorro es honrado y no volverá a transformarse.

Por fin, el abuelo cogió el hervidor y lo envolvió en papel de seda, pero seguía dudando:

—Esto no me gusta. ¿Qué le diré al monje cuando me pregunte por qué poseo una pieza tan preciosa? Todo el mundo sabe que somos muy pobres.

Pero la abuela lo tranquilizó. Sólo tendría que decir que habían encontrado el hervidor hacía muchos años y que habían esperado hasta ese día para ver si el propietario daba señales de vida. Pero, como nadie se había preocupado durante tanto tiempo del hervidor, habían tomado la decisión de venderlo, porque no sabían qué hacer con un recipiente tan hermoso.

Para evitar una discusión, el abuelo se dirigió al monasterio donde vivía el viejo monje que coleccionaba viejos calderos, hervidores antiguos y otras cosas por el estilo.

Al ver el hervidor, el monje exclamó encantado:

—¡En mi vida he visto un hervidor tan magnífico, aunque tengo muchos entre las manos! ¡Y qué sonido! ¡Del más puro bronce! Es raro ver una pieza semejante; ¿cómo la tienes tú?

El abuelo dio la respuesta que la abuela le había aconsejado y el monje alabó su decisión de vender el hervidor. Le ofreció por él siete monedas de oro.

Feliz, el abuelo volvió a su casa. Jamás había tenido tanto dinero; ni siquiera recordaba haber visto nunca una sola moneda de oro.

«Se acabaron las preocupaciones respecto al futuro», se dijo contento.

Apenas el abuelo se hubo marchado, el monje llamó a sus discípulos y los mandó al río para limpiar el hervidor.

«Me gustaría mucho saber cómo sabe el té en semejante hervidor…».

Los discípulos cogieron el hervidor y corrieron al río. Utilizaron puñados de arena y frotaron tan fuerte el recipiente que acabaron con las manos coloradas. ¿Pero qué ocurría? Del hervidor salía un lamento quejumbroso. Sorprendidos, empezaron a enjuagar el hervidor y a frotarlo suavemente para que brillara bien. Esta vez tuvieron la impresión de que el hervidor se reía y decía: «¡Ja, ja, ja, qué cosquillas!». Entonces, los discípulos, asustados, llenaron el hervidor de agua y corrieron a casa del monje.

—Pasa algo raro con el hervidor, —le contaron—. Mientras lo frotábamos con

arena, teníamos la impresión de que se quejaba, y cuando lo hacíamos brillar, se reía.

—No es nada asombroso —les tranquilizó el monje—. Los hervidores extraordinarios emiten los más extraños sonidos cuando se los limpia. Y éste es el mejor hervidor que he visto jamás.

Ordenó a los discípulos que hicieran fuego con carbón de leña y, cuando éste estuvo incandescente, suspendió el hervidor encima.

No había empezado el agua a hervir, cuando el hervidor se comportó de forma extraña. Se puso a bailar encima del fuego, saltaba en el aire, y de repente protestó, se transformó en zorro y huyó tan deprisa como sus quemadas patas se lo permitieron.

El monje mandó llamar al abuelo y exigió la devolución del dinero. El abuelo se disculpó profundamente diciendo que el hervidor debía de estar embrujado. El monje le respondió:

—Es evidente, pero mi dinero era de verdad. ¡Devuélveme mi dinero!

En el camino de vuelta, el abuelo refunfuñó del zorro y de la abuela:

—¡Mirad lo que me ha proporcionado todo esto; desplazamientos inútiles y, además, vergüenza!

Unos días más tarde, el zorro volvió a hacer su aparición en casa del abuelo. Sus patas estaban curadas y quería disculparse del trastorno que le había causado.

—El fuego me quemaba tanto que realmente no pude resistirlo —explicó—. Ya cuando me frotaron con la arena, pensé que había sonado mi última hora. Y luego ¡me hicieron cosquillas! No, no fue una buena idea. Pero mientras estaba en mi madriguera se me ocurrió otra. Voy a transformarme en caballo de buena raza y usted me venderá en la ciudad. Como el camino a la ciudad es largo, hay muchos ricos comerciantes que necesitan caballos de tiro para transportar sus mercancías. Seguramente recibirá el suficiente dinero para no volver a tener preocupaciones en su vejez. Y como el caballo, afortunadamente, es un animal como yo, a nadie se le ocurrirá la idea de frotarlo con arena o quemarlo.

Y antes de que el abuelo pudiera hacer una objeción, el zorro rodeó las patas con su cola, bajó la cabeza y giró tres veces sobre sí mismo, y en el mismo instante un bonito caballo apareció ante él. Tenía la cabeza orgullosamente erguida, sus crines brillaban como el oro, su piel relucía y caracoleaba como si no pudiera esperar el momento de salir corriendo.

Después de lo que había pasado, el abuelo no tenía muchas ganas de probar suerte otra vez, pero la abuela insistió de nuevo:

—Escucha al zorro, abuelo, y lleva el caballo al mercado de la ciudad. Seguramente te darán mucho dinero por tan bello animal, y ¿qué haríamos aquí con él? ¿O acaso quieres ir al bosque a caballo? ¿Y cómo lo alimentaríamos? Realmente lo mejor es venderlo.

¿Qué podía hacer el abuelo? De todas formas, la abuela no le hubiera dejado tranquilo. Se calzó las sandalias, puso las bridas en el cuello del caballo y lo llevó al mercado de la ciudad. Y por el camino, muchos volvían la cabeza hacia el magnífico

animal, unos alabando su elegancia, otros, el color de sus crines, y los últimos, su espeso y brillante pelaje.

—El que te compre ese caballo podrá considerarse afortunado.

Era la opinión de todo el mundo.

Al llegar a la ciudad, el abuelo se informó inmediatamente del emplazamiento del mercado. Hacía poco rato que se encontraba allí, apenas el de comer un cuenco de arroz, cuando pasó el comerciante más rico de la ciudad. El caballo le gustó enormemente y, temiendo que algún otro pudiera quitárselo, ofreció en seguida catorce monedas de oro.

—Has venido en el momento propicio —le dijo al anciano—. Mañana envío mis mercancías al mercado y necesito un buen caballo de tiro. No lo pienses más; nadie te dará tanto dinero como yo; ¡así que de acuerdo!

El abuelo se embolsó las catorce monedas de oro y, contento, dirigió sus pasos hacia su casa.

¿Pero qué fue del zorro?

Una vez comprado el caballo, fue conducido a la cuadra por los criados del comerciante. Allí pudo beber agua pura y saciarse de buena avena. Luego un criado lo cepilló.

«Esta vez mi idea ha sido realmente buena», se alegró el zorro.

Pero, a la mañana siguiente, las cosas tomaron otro cariz. Sacaron a los caballos de la cuadra y los cargaron con pesados sacos de sal y de té.

—¡No dejéis a un lado el caballo nuevo! —gritó el amo, desde el porche—. ¡Es robusto y puede llevar doble peso!

¡Doble peso! El pobre zorro se desplomaría. En realidad era un animal pequeño; ¿cómo podría llevar tanto peso como un robusto semental? Pero había decidido de una vez por todas ayudar al abuelo y apretaría los dientes y utilizaría la magia que conociera para no hundirse inmediatamente bajo el peso.

Cuando terminó la carga, la caravana se puso en marcha. El zorro casi no podía levantar las patas; avanzaba penosamente, tropezando, y apenas habían salido de la ciudad cuando cayó agotado.

—Qué caballo más extraño —dijeron los conductores—. Parece tan fuerte y, sin embargo, no es capaz de llevar casi nada. ¿Qué vamos a hacer? Tenemos que estar en el mercado a mediodía.

Se pusieron a deliberar y, como el caballo daba la impresión de querer morir de un momento a otro, repartieron la carga entre los demás caballos y abandonaron a éste en el camino.

Durante mucho rato el zorro se quedó allí, agotado; cuando hubo recuperado un poco las fuerzas para poder transformarse de nuevo en zorro, se alejó lentamente, arrastrándose hacia su guarida.

Después de un cierto tiempo, el zorro volvió a casa del abuelo. Los dos ancianos lo recibieron con alegría, porque desde que el abuelo había vendido el caballo en el

mercado vivían muy bien. Preguntaron al zorro qué le había ocurrido, y éste les contó su aventura.

—Yo quería ayudarle, abuelo, porque usted me salvó la vida. Pero tampoco esta vez he llegado hasta el final. No soy sino un débil zorro y no tengo la fuerza de un caballo. Pero no piense que un animal tan pequeño y débil como yo no sabe ser agradecido. ¡Escuche la nueva idea que se me ha ocurrido!

No dijo nada más. Enrolló la cola en las patas, bajó la cabeza, dio tres vueltas sobre sí mismo, y en ese mismo instante una muchacha de exquisita belleza, de largos cabellos negros y blanca piel apareció ante los sorprendidos ancianos.

La joven les sonrió y continuó el discurso del zorro:

—Seré su hija y velaré para que no les falte nada en la vejez. Abuelo, coja el dinero que recibió a cambio del caballo y compre en la ciudad tres quimonos de seda: uno blanco, otro color melocotón con abanicos pintados y otro violeta con crisantemos blancos bordados. Compre también un ancho cinturón de brocado, largas horquillas y afeites. Me vestiré con los quimonos uno encima de otro y me maquillaré; luego me llevará a la ciudad y me presentará como su hija. Sé cantar y bailar muy bien y ganará mucho dinero.

El abuelo estaba tan confuso que no lograba articular palabra. Pero la abuela hablaba con soltura. Tiró al abuelo de la manga y dijo:

—Ve a la ciudad y compra lo que te pide. Una muchacha tan bella debe estar bien vestida y maquillada. Pero consulta a alguien antes de hacer las compras, porque de eso no sabes nada.

El abuelo dudaba:

—Querido zorro, ya has hecho mucho por nosotros; ¡vuelve al bosque!

Pero al fin sucumbió a la persuasión del zorro y, sobre todo, a la de la abuela, e hizo lo que le pedían.

Poco después, la bella cantante y bailarina, la hija de los ancianos del pueblo, era conocida y famosa en todas partes. Venía gente de muy lejos para escuchar sus canciones y ver sus danzas, y las familias más ricas se consideraban honradas cuando se presentaba en sus fiestas.

Al fin, el zorro había encontrado un medio de demostrar su gratitud al abuelo sin poner su vida en peligro. Le encantaba la ciudad, porque siempre estaba rodeado de una multitud, y aprendía cosas interesantes; era muy distinta a la calma del bosque. El zorro cantaba y bailaba, guardando cada moneda de cobre que ganaba. Pero con el tiempo empezó a gustarle cada vez menos el ruido y la agitación de la ciudad y tuvo nostalgia de la soledad del bosque. Entonces pidió unos días de vacaciones, se despidió de sus amitos, recogió sus cosas y sus ahorros y volvió junto a los dos ancianos, en el pueblo.

¡Cuál no fue la alegría de los dos viejos al ver los regalos y los manjares que el zorro había traído de la ciudad! Y el dinero que había ganado cantando y bailando les quitaba las preocupaciones para siempre. Pero en vano suplicaron al zorro que viviera

con ellos.



—Muchas gracias, abuelos. Pero estoy cansado de los hombres. Sólo tengo un deseo: recuperar la calma del bosque.

El zorro volvió a su madriguera. Y cuando algún día quería compañía humana, iba por la noche a visitar al abuelo y a la abuela; entonces se sentaban en el jardín a recordar todo lo que habían vivido. Cuando el zorro murió —porque los zorros tienen una vida mucho más corta que la de los hombres—, los dos ancianos le erigieron en el bosque un pequeño monumento que todavía hoy recuerda al zorro agradecido.



# Yamamba

VIVÍA una vez, en un pueblo encaramado en lo alto de una montaña, un joven que no había heredado de sus padres más que una pequeña cabaña y un bonito caballo. Se ganaba al vida bajando de cuando en cuando con su caballo a la ciudad, situada al borde del mar, y llevando a sus vecinos aquello que necesitaban, la mayoría de las veces sal y té, pero también hermosos peces de mar.

Un día estaba de camino con un gran cargamento de caballas, atunes y un saco de sal. Durante toda la mañana había conducido al caballo por las riendas y, cuando llegó el mediodía, el abrupto camino que llevaba a la montaña había cansado tanto al caballo y al jinete que tuvieron que descansar. Por fortuna, encontraron un pequeño recodo donde crecía hierba fresca y brotaba un claro manantial; el joven quitó al caballo el peso que llevaba, lo puso a la sombra de un árbol y dejó que el animal paciera. Luego, recogió algunas ramitas y encendió fuego para preparar una sopa de atún y recuperar un poco las fuerzas de cara al camino que aún les quedaba por recorrer.

«Freiré también dos caballas y beberé agua pura del manantial. Luego, seguiremos con nuevas energías y pronto estaremos en casa».

La sopa empezó a hervir extendiendo un apetitoso olor por el recodo, cuando, de repente, un chico gordo al que el joven nunca había visto, bajó de la montaña.

El chico se acercó al caldero y aspiró ávidamente el olor de la sopa; se leía en sus ojos que tenía un hambre de lobo.

—Ay, mi buen señor, ¿no querría darme un poquito de sopa? No he comido desde esta mañana y tengo mucha hambre —suplicó con voz lacrimosa, devorando el caldero con los ojos.

—Siéntate, yo también sé lo que significa tener hambre; la sopa llegará para los dos y te daré también un trozo de pescado frito —respondió amablemente el joven y alargó al chico un cuenco de sopa caliente.

Luego, se sirvió él, y estuvo tan profundamente ocupado en comer, que no levantó la cabeza ni una sola vez. La sopa estaba realmente buena y los pescados fritos también despedían un apetitoso olor. Pero cuando el joven se levantó para coger los pescados, tuvo el tiempo justo de ver cómo el chico se metía el último pedazo de

ellos en la boca.

«Te lo has comido todo, menudo insaciable», le entraron ganas de decir al chico, pero al ver los ojos hambrientos de este último, se contentó con hacer un gesto con la mano.

«Pobre diablo, seguramente no has comido desde hace mucho tiempo; así que no has podido resistir. Pero no es grave; la sopa era buena y abundante, y cuando vuelva al pueblo podré freír más pescado».

Se levantó para recoger el caballo, que, mientras tanto, había penetrado en el bosque. Luego, lo condujo al recodo, al lugar donde había dejado las mercancías, para volverá cargarlas. Pero ¡oh, terror!, las mercancías habían desaparecido. Al volverse para mirar bien el recodo con el fin de descubrir al que le había quitado el pescado, se le pusieron los pelos de punta por el espanto. En lugar del chico gordo, reconoció a la terrible Yamamba. Sus ojos daban vueltas como enormes aros de fuego y, en su terrorífica cabeza, sus erizados cabellos se alzaban como agujas plateadas. Y la terrible boca, cuya lengua roja como el fuego colgaba hasta el suelo, estaba a punto de tragar lo que quedaba del cargamento, es decir, el saco de sal. Del pescado no había ni rastro.

Al ver al joven, Yamamba se tragó rápidamente el saco y se precipitó sobre la nueva presa. En el último instante, el joven dio un salto y se colocó detrás del caballo. Entonces Yamamba cogió en su lugar al caballo, lo desgarró y se lo tragó a grandes bocados. Cuando el joven vio que Yamamba, de momento, estaba ocupada con el caballo, huyó del recodo lo más deprisa que pudo y se puso a escalar la montaña. Corrió tan deprisa como sus piernas se lo permitieron. Pero se cansaba cada vez más, a menudo tropezaba o incluso se caía, y, sin embargo, oía ya a lo lejos un terrible rugido.

«Es Yamamba, que me persigue», se dijo, y ante este pensamiento el corazón estuvo a punto de parársele. Le resultaba imposible correr más deprisa y seguramente Yamamba le alcanzaría pronto. Entonces buscó con los ojos un escondite seguro. Ante él descubrió de repente un estanque, y a la orilla de éste, un gran árbol con frondoso follaje. Rápidamente trepó al árbol; justo a tiempo, porque Yamamba se aproximaba. Jadeaba tan fuerte que los árboles de alrededor se inclinaban como bajo el soplo de un viento huracanado.

Al ver el estanque, Yamamba se dijo: «Viene muy a propósito; la sal me ha dado una sed espantosa».

Se arrodilló al borde del estanque y se inclinó sobre el agua. Pero ¿qué era aquello? En el agua vio reflejarse la imagen del joven sentado en una rama.

Entonces Yamamba gritó llena de júbilo:

—¡Ah, al fin te encontré, muchacho! ¡Así que te has escondido aquí…!

Y agitó el agua con sus garras queriendo atrapar la imagen. El joven nunca había visto una fiera tan grande, y no pudo evitar echarse a reír ante aquel espectáculo tan gracioso.

—Ah, estás allá arriba —dijo Yamamba sorprendida—. Es lo mismo, no escaparás. ¡Rápido, dime cómo puedo llegar hasta ti!

Aunque el joven tenía mucho miedo, ahora sabía que la voracidad de Yamamba era menor que su estupidez. Quizá con un poco de suerte podría engañarla.

—Tienes que ponerte una piedra grande en la cabeza, y luego debes trepar a esta rama seca; si no, no llegarás hasta aquí —dijo rápidamente.

—*Grrr* —gruñó Yamamba, y buscó una piedra bien grande.

Por fin encontró una que parecía convenirle.

«Con ésta treparé muy bien», se dijo, y cogiendo la piedra, se la puso en la cabeza y subió con mucho cuidado a la rama seca que el joven le había indicado. Naturalmente, la rama se partió bajo el peso y Yamamba cayó justo en medio del estanque. El agua saltó hasta muy arriba y el joven aprovechó la ocasión para bajar del árbol y huir.

Mientras tanto se hizo de noche, y el miedo que el joven había pasado le había agotado tanto que apenas podía tenerse en pie. Pero a lo lejos distinguió una luz y se puso muy contento.

«Seguro que es una vivienda humana; y cerca de los hombres no corro peligro alguno», se dijo alegremente, y siguió la dirección que le indicaba la luz.



Poco tiempo después estaba ante una pequeña cabana, y, como nadie respondió a su llamada, entró por la puerta, que estaba abierta. La cabana se hallaba vacía; solamente unas llamas crepitaban en la chimenea; por lo tanto, sus habitantes no podían estar muy lejos. El joven se sentó junto al fuego a esperarles. Estaba sentado desde hacía ya mucho rato y los ojos se le empezaban a cerrar, cuando oyó ante la cabana unos pesados pasos seguidos de un jadeo muy conocido y de la voz de Yamamba que murmuraba:

—Por fin he llegado a casa; podré secarme. El muchacho se me ha escapado, pero al menos he saciado el hambre. La sopa no era mala, y el pescado, excelente. ¡Por no hablar del caballo! ¡Qué carne! No era viejo en absoluto. Lo peor ha sido la sal y hubiera hecho bien dejándola donde estaba.

Inmediatamente, el joven se despertó del todo y buscó un escondite. Era demasiado tarde para huir, porque Yamamba estaba ya en la puerta. En el último momento, trepó a una viga que había encima de la chimenea y se apretó contra la madera para no ser descubierto. Justo a tiempo, porque Yamamba entraba y se dirigía directamente al fuego para calentarse después del involuntario baño. Estaba completamente mojada y temblaba de frío. Se sentó junto a la chimenea y adelantó sus garras hacia el fuego.

Después de un momento, continuó sus reflexiones en voz alta:

—Siento mucho no haber cogido al muchacho. Hubiera sido un excelente postre. Y, pensándolo bien, todavía tengo hambre. Si por lo menos supiera qué podría comer…

Al decir estas palabras, movió sus ojos de fuego en todas direcciones.

—Ah, tengo una idea; voy a cocer pasteles de arroz.

Quejándose, se levantó, fue a la fresquera y volvió llevando en el delantal pasteles de arroz. Puso los pasteles sobre la placa, dejó que se doraran por un lado, les dio la vuelta, dejó que se doraran por el otro y los colocó al borde de la chimenea.

El fuego despedía un calor agradable y Yamamba daba vueltas a los pasteles muy despacio; cada vez con más frecuencia, la cabeza le caía sobre el pecho, hasta que por fin se durmió y empezó a roncar estrepitosamente.

El olor de los pasteles subió hasta el techo e hizo cosquillas en la nariz al joven hambriento. Le hubiera gustado probar aunque sólo hubiera sido uno de aquellos pasteles; pero ¿cómo proporcionárselo? Al fin descubrió un largo palo que estaba colocado en la viga junto a él.

«Eso es lo que necesito», se dijo, y estiró el brazo con mucha precaución. Yamamba roncaba y no se movía. Cogió el palo y pinchó uno de los pasteles que estaba al borde de la chimenea, el más alejado de Yamamba. Luego lo atrajo muy despacio hacia él. ¡Ah, qué bueno estaba! Pero con un solo pastel era, evidentemente, imposible saciar su hambre. El joven probó suerte una y otra vez. Pronto, el último pastel había desaparecido.

Yamamba todavía tardó un buen rato en despertarse. Miró disgustada a su

alrededor y refunfuñó:

—¿Qué es lo que yo quería? Ah, sí, ya me acuerdo: ¡iba a buscar pasteles de arroz a la fresquera!

Se levantó, trajo otra montaña de pasteles y se puso a dorarlos. Con mucho cuidado les dio la vuelta y dejó los pasteles, una vez dispuestos, al borde de la chimenea. Y, de nuevo, el aroma de los pasteles y el calor hicieron su efecto: Yamamba se durmió y roncó muy fuerte. El joven observó los pasteles que olían tan bien y no pudo resistir la tentación. Cogió el palo y de nuevo pinchó un pastel tras otro. Había llegado a estar tan seguro de sí mismo, que ya ni siquiera se ocupaba de Yamamba; pero ésta roncó con fuerza hasta mucho tiempo después de que el último pastel hubiera desaparecido en el estómago del joven.

Al cabo de un momento se despertó y murmuró otra vez:

—¿Qué quería hacer yo? Ah, sí, ya me acuerdo; iba a buscar pasteles a la fresquera para cocerlos.

Se levantó, pero a medio camino se detuvo súbitamente y se volvió, sorprendida.

—¡Pero si ya he cocido los pasteles, el olor está todavía en la habitación!

Rebuscó en la chimenea, pero no pudo descubrir un solo pastel. Durante ese tiempo, el joven sudaba la gota gorda encaramado en la viga; sin embargo, Yamamba exclamó de repente:

—No puede ser otro que Fukurokudku, el dios de la felicidad, al que le encantan los pasteles de arroz. Con tal de que los haya encontrado a su gusto, me traerá felicidad; si quiero, ¡siempre puedo dorar más pasteles!

Estaba a punto de encaminarse de nuevo hacia la fresquera cuando cambió de opinión:

—Estoy cansada; no haré nada más; ¡me acostaré!

Entonces se le ocurrió la idea de preguntara Fukurokudku, que seguramente se encontraba todavía en la habitación, si debía acostarse en el caldero o en la viga para tener buenos sueños.

Plantándose en medio de la habitación, gritó:

—Fukurokudku, me gustaría tener un buen sueño; ¿dónde debo acostarme, en la viga o en el caldero?

—¡En el caldero! —respondió con aplomo el joven cambiando la voz.

—Muy bien; me acostaré en el caldero.

Yamamba se metió en el caldero, buscó una postura cómoda, bostezó y cerró la tapa sobre ella.

El joven esperó hasta oír un fuerte ronquido en el caldero, se deslizó suavemente por la viga y se encaminó hacia la puerta. Cuando Yamamba se despertase ya estaría marchando por montes y valles.

Pero después de haber dado algunos pasos, se paró en seco y se dijo: «¡No puedo huir así y dejar que Yamamba siga ejerciendo su maldad!».

Salió, buscó en la oscuridad una pesada piedra, la llevó a la habitación y la colocó

sobre la tapa del caldero.

Al chocar contra la tapa, el joven despertó a Yamamba. Ésta se volvió, medio dormida, hacia el otro lado y murmuró:

—¡Estúpido gallo! ¿Por qué gritas cuando todavía es noche cerrada?

El joven esperó a que Yamamba se durmiera otra vez profundamente, puso leña bajo el caldero y encendió el fuego.

El sonido del eslabón despertó otra vez a Yamamba. Esta gruñó, de pésimo humor:

—¿Es que no puedes dejarme en paz, gallo inmundo? ¿Acaso vas a pasarte la noche gritando?

Luego dio media vuelta y se durmió.

Fuera apuntaba el alba y la habitación se iluminaba más y más, pues el resplandor del fuego se unía a la luz del día. Las llamas subían cada vez más alto.

La crepitación del fuego despertó a Yamamba.

—¡Bestia infame, si no dejas inmediatamente de gritar, te comeré!

—¡No comerás a nadie! —dijo el joven muy alegre, y añadió un leño tras otro al fuego, hasta que Yamamba dejó de vivir.

Cuando el fuego se hubo apagado y el joven se dispuso a volver a su casa, se acordó de pronto de su pobre caballo y dijo tristemente:

—He vencido a Yamamba y me he salvado. La horrible vieja ya no amenazará a nadie. Pero mi pobre caballo no existe ya. ¿Qué voy a hacer? ¿Con qué me voy a ganar la vida, si ya no podré coger las mercancías en la ciudad para llevarlas a los vecinos? «¿Y cómo podré venderles el pescado que Yamamba se comió?».

Entristecido, salió de la cabaña y, una vez fuera, se quedó paralizado. Ahora que era de día se veía que la cabaña estaba rodeada de montones de huesos, y no sólo de animales, sino también de muchos cráneos humanos.

—¡Los pobres! Todos han sido víctimas de la suerte que Yamamba me había reservado también a mí. ¡Ni siquiera tienen una tumba!

Volvió a la cabaña, encontró una pala y se puso a cavar un agujero. Cuando el agujero le llegó a la cintura, tropezó con una caja llena de monedas de oro.

—Esto me compensa con creces de lo que Yamamba me ha quitado —dijo alegremente.

Luego, enterró los huesos humanos, cargó con la caja al hombro y volvío muy contento a su casa.



# La mosca

VIVÍA una vez en la ciudad de Nagoya el rico comerciante de telas Hansaemón, al que le gustaba por encima de todo un buen vaso de sake. Le gustaba el vino hasta tal punto, que los tazones normales de porcelana no eran bastante grandes para él; entonces mandó fabricar un enorme cubilete laqueado que contenía el volumen de un cántaro entero de sake.

Un día, como de costumbre, el señor Hansaemón, después de una buena comida, mandó que le llenaran de sake su cubilete preferido, lo cogió con las dos manos, cerró los ojos y bebió sin detenerse. Ocurrió que justo en ese momento una mosca curiosa volaba a su alrededor; cuando los criados quisieron cazarla, cayó directamente en el cubilete y, antes de que los sirvientes pudieran advertir al señor Hansaemón, éste se tragó la mosca en un sorbo de sake.

Los sirvientes pidieron perdón a su amo. Este estaba de buen humor, como siempre cuando había bebido, y los perdonó. Pero la mosca se encontraba en su estómago. Allí revoloteaba y zumbaba, y eso no le gustó al señor Hansaemón nada en absoluto. Se montó en su silla y mandó que le llevaran a casa del famoso medico señor Hori.

Ante la pregunta del médico, el señor Hansaemón le contó sus penas:

—Doctor, he bebido hoy un excelente sake, pero, desgraciadamente, al mismo tiempo me he tragado una mosca y ahora revolotea en mi estómago, zumba y es muy desagradable. Dígame qué debo hacer.

El médico hizo un gran esfuerzo de reflexión, inclinó la cabeza y dijo:

—Lo mejor será que se trague una rana; ésta atrapará a la mosca y se quedará tranquilo.

El señor Hansaemón le dio las gracias, mandó que le llevaran rápidamente a casa y envió en seguida a sus sirvientes al jardín para que capturaran una rana. Luego se la tragó y, al cabo de un momento, el zumbido de su estómago cesó.

Pero, ahora, en el estómago el señor Hansaemón tenía, en lugar de la mosca, una rana, y ésta no estaba a gusto en absoluto. Daba saltos, croaba y tampoco era especialmente agradable.

El señor Hansaemón subió otra vez a su silla y mandó que le llevaran a casa del

famoso médico, el señor Hori.

Allí se lamentó:

—Doctor, me he tragado una rana como usted me aconsejó. La mosca ya no zumba, pero en su lugar la rana no cesa de saltar y de croar en mi estómago, y también es muy desagradable. ¿Qué debo hacer?

El médico reflexionó, inclinó la cabeza con gesto pensativo y acabó por decir:

—Como tiene una rana en el estómago, tráguese una culebra. Esta se comerá a la rana y se quedará tranquilo.

El señor Hansaemón le dio las gracias, mandó que le llevaran a casa y envió a sus sirvientes al arroyo a capturar una culebra. Se tragó la culebra y la rana se acabó.

Pero la culebra, a su vez, no encontró el lugar a su gusto; se retorcía y silbaba. Esto, evidentemente, no le gustó al señor Hansaemón.

¿Qué podía hacer aparte de dirigirse de nuevo a casa del famoso médico, el señor Hori, para pedirle consejo?

—Doctor, doctor, me he tragado una culebra, como usted me aconsejó. La rana ya no me atormenta, pero en su lugar la culebra se retuerce en mi estómago y silba. Es muy desagradable; ¿qué debo hacer?

El médico reflexionó durante más tiempo esta vez, y luego dijo:

—Si la culebra le molesta, tráguese un jabalí; éste matará a la culebra y se quedará tranquilo.

El señor Hansaemón le dio las gracias y envió inmediatamente a sus criados al bosque para que capturaran un jabalí. Se lo tragó, y realmente, al cabo de un rato, el silbido de la culebra cesó.

Pero un jabalí en el estómago es todavía peor que una culebra. Furioso, el jabalí corría por todas partes, daba golpes con las patas y gruñía.

Era insoportable, y el señor Hansaemón tuvo que ir de nuevo a casa del médico para buscar ayuda:

—Doctor, ayúdeme, el jabalí ha matado a la serpiente, pero me está destrozando el estómago y gruñe tanto que es completamente insufrible. ¿Qué debo hacer?

De nuevo, el médico reflexionó largamente y acabó por decir:

—Lo mejor contra un jabalí es un cazador. Tragúese un cazador; éste matará al jabalí y se quedará tranquilo.

El señor Hansaemón dio las gracias al sabio médico y corrió a su casa. Inmediatamente envió a sus criados a las montañas para traer a un cazador. Cuando éste llegó al día siguiente, el señor Hansaemón no le hizo pregunta alguna y se lo tragó rápidamente.

Y el médico tenía razón. Al cabo de un instante, se oyeron disparos en el estómago del señor Hansaemón. Era el cazador, que quería matar el jabalí. Pero, en la oscuridad que reinaba en el estómago, le costaba mucho alcanzar su presa, y como mató al jabalí con la última bala, no le quedó más munición para abrirse paso a sí mismo y salir; así que todavía hoy se encuentra en el estómago del señor Hansaemón.



# La gata y el monje

HABÍA una vez un monje itinerante que, de la primavera al invierno, recorría el país cogiendo hierbas medicinales en los bosques, rezando en los entierros y conjurando con mucho éxito las enfermedades. Cuando los enfermos curados le proponían que se quedara en su casa, jamás gozaba durante mucho tiempo de su hospitalidad. Después de unos días, le entraban enormes deseos de marcharse, hacía el equipaje y se iba. Por supuesto, esa vida era especialmente dura en invierno, pero siempre encontraba un monasterio en el que pasar la mala estación.

Apenas el sol empezaba a calentar un poco, se le veía de nuevo recorrer la región con su hábito negro, sus sandalias gastadas y su miserable saco a la espalda. Pero, como nunca se quedaba mucho tiempo en el mismo sitio, los hombres le olvidaban con facilidad, nadie le conocía realmente y, al llegar a una edad avanzada, cada vez le costaba más satisfacer sus necesidades.

Cada lecho era peor que el anterior, y ya ni siquiera se acordaba de cuándo había comido hasta saciarse por última vez. Sin embargo, todo eso no le importaba lo más mínimo. Se alegraba viendo las montañas y los límpidos saltos de agua, se entendía perfectamente con los pájaros y los demás animales y no conocía nada mejor en el mundo que seguir la marcha de las blancas nubes en el cielo.

Un día llegó a una nueva ciudad. Se hallaba en el mercado pensando a quién podría pedir que le albergara aquella noche, con alguna posibilidad de conseguirlo, cuando un hombre bastante mayor le dijo:

—Seguramente viene usted de muy lejos, porque nunca le había visto.

—Es la primera vez que vengo a su ciudad, y precisamente me estaba preguntando dónde podría pasar la noche. ¿Puede usted aconsejarme, buen hombre?

—Oh, respecto a eso no tiene por qué preocuparse en nuestra ciudad. Pero, como es la primera vez que viene, seguramente todavía no sabe lo que ha ocurrido aquí. Nuestro juez es víctima de una gran desgracia. Su única hija ha caído gravemente enferma y nadie puede curarla. Muchísimos médicos han venido ya, incluso de la capital, pero ninguno le ha proporcionado un remedio eficaz. También muchos monjes han rezado junto a la cama de la enferma, pero en vano. La muchacha está acostada, no pronuncia una sola palabra, se niega a comer y cada día está más débil.

El juez ha pedido a los vecinos que le envíen a cuantos forasteros se presenten en la ciudad. Quizá se encuentre entre ellos alguien que conozca una medicina o que dé un consejo útil. Usted, venerable monje, seguramente conoce las enfermedades más diversas; ¿no quiere ira allá y probar suerte?

El monje escuchó atentamente la charla, luego prometió ver a la hija del juez, aunque sin poder asegurar nada sobre el resultado.

A su pregunta de dónde se encontraba la casa del juez, el hombre respondió:

—Vaya todo derecho. La casa del juez es la última a la izquierda en la calle principal.

El monje siguió la indicación y bajó por la calle principal. Cuando hubo llegado casi a la altura de la casa, una gatita parda salió de un agujero que había en una cerca, le cerró el paso y maulló:

—Espere un instante, venerable monje, ¡debo decirle algo!

El monje se detuvo sorprendido y miró a la gata.

—*Miau*, siento que eres un hombre bueno y compasivo. Ya no sé qué hacer en mi desgracia y te ruego que me des un consejo. Si me prometes ayudarme, te revelaré algo importante. Vivo desde hace mucho tiempo aquí y sé cuál es el objeto de tu visita a la casa del juez. Depende exclusivamente de mí que cures a la muchacha.

El monje acarició a la gata y le prometió toda la ayuda que estuviera en su poder proporcionarle. Entonces la gata prosiguió:

—La enfermedad de la hija del juez no es una enfermedad corriente. Se la he causado yo como castigo al daño que me han hecho en esta casa. Hace ya doce años que vivo aquí y cada año el juez manda ahogar a mis pequeños. Y, sin embargo, ¡deseo tanto tener hijos y educarlos adecuadamente! Pronto tendré de nuevo cachorros y he decidido vengarme. Si consigues que mis gatitos sigan con vida y me llevas fuera de aquí, la hija del juez se curará; si no, morirá.

Y los verdes ojos de la gata resplandecieron mirando al monje. Éste que, comprendía perfectamente el dolor de la gata, le prometió su ayuda. Luego, se acercó a la casa del juez y gritó:

—¿Hay alguien? ¡He venido a ver a la enferma!

Acudieron varios sirvientes, seguidos del padre y la madre, que estaba muy pálida y con huellas visibles de sufrimiento. Inmediatamente, le condujeron a la habitación de su hija enferma.

En el lecho estaba tumbada una niña. Su rostro era tan pálido que sólo sus negros cabellos destacaban sobre las blancas sábanas. Estaba inmóvil y apática y ni siquiera parecía advertir que tenía visita.

—Está así desde hace mucho tiempo; y ningún médico hasta ahora ha sido capaz de decir lo que tiene. Ayúdenos, venerable monje; salve a nuestra única hija —le suplicaron los desdichados padres.

El monje inclinó la cabeza, sacó su rosario y empezó a rezar.

Suavemente, las palabras de la plegaria se propagaron por la habitación; el padre

y la madre contemplaban atentamente el rostro de su hija. De repente, una tímida sonrisa se dibujó en la cara pálida y, como el monje continuó su plegaria, la enferma se movió, se sentó y dijo con voz débil pero clara:

—¡Ay, qué hambre tengo!

La alegría de los padres no tenía límites. Besaron a su hija, trajeron comida y bebida y, con lágrimas en los ojos, dieron las gracias al monje. A este le instalaron en la mejor habitación de la casa y comió los platos más exquisitos. Los padres estaban dispuestos a dárselo todo, pues había salvado a su única hija, la alegría de su vida.

—Dadme vuestra gata parda —respondió el monje después de mucha insistencia —. No pediré ninguna otra recompensa.

El juez se quedó sorprendido de la modestia del monje, pero como éste no quiso aceptar ninguna otra cosa, por lo menos le llenó el saco que llevaba a la espalda de bolitas y de pasteles de arroz. El monje cogió la gata, se puso el saco al hombro y se fue.



—Si no queréis que en el futuro os ocurra una desgracia parecida, no ahoguéis a los cachorros de vuestras gatas —aconsejó al juez y a su esposa.

A partir de ese momento, la gata acompañó al monje en sus peregrinaciones. No siempre conocieron días buenos, pero el monje compartió cuanto tenía con la gata y, cuando nacieron los gatitos, encontró un viejo templo abandonado cerca de un pueblo; allí se estableció con la gata y la ayudó a educar a sus hijos. En aquella región había muchos monasterios conocidos y gran número de monjes famosos; pero sólo los que eran todavía más pobres que nuestro monje le visitaban. Se acercaba el invierno y el monje sólo en escasas ocasiones conseguía un bocado para él y la gata. No había posibilidad de comer hasta hartarse. Ni siquiera tenían leña para calentarse.

El monje reflexionó largamente y, una noche, dijo a la gata:

—Querida gata, ya ves qué miserables somos; se acerca el invierno y es muy riguroso en esta región. He reflexionado mucho tiempo para encontrar una salida a nuestra situación, pero no la he encontrado. Deberías separarte de mí, porque conmigo no hallarás sino hambre y miseria. Busca un amo mejor para ti y tus pequeños. Hay muchos templos ricos en los alrededores; seguro que encuentras un buen monje que se ocupe de ti. En cuanto a mí, me las arreglaré de un modo u otro.

La gata arqueó el lomo, ronroneó suavemente y contempló satisfecha a sus pequeños, que jugaban en un cesto.

—*¡Miau!* —respondió ella en voz baja—. No tienes por qué preocuparte por mí, ni por ti tampoco; salvaste a mis hijos de morir ahogados, satisfaciendo mi más profundo deseo. Honradamente has compartido conmigo el menor bocado, cuando a veces no tenías nada en el estómago. Hace mucho tiempo que tengo la intención de recompensarte por tu bondad, pero no sabía cómo. Últimamente se me ha ocurrido una idea. Escúchame bien. En el baile de los gatos, al que estaban invitados todos los de los alrededores, he sabido que, dentro de unos días, la abuela del hombre más rico de la región, el comerciante de salsas de habichuelas, va a morir. Es una buena ocasión para ayudarte. Naturalmente, el rico hará venir a todos los monjes conocidos para enterrar dignamente a su abuela. Cuando los monjes, después de las plegarias, quieran levantar el ataúd para llevarlo, haré que la caja suba a los aires y la mantendré allí sin que nadie me vea. Ninguna fuerza del mundo podrá mover el féretro, ni hacia abajo, ni hacia adelante, ni hacia atrás. Ni siquiera los más famosos monjes lo conseguirán. El sortilegio no se romperá hasta que seas tú el que empiece a rezar. Pero, en tu oración, haz alguna alusión a los gatos, para que pueda reconocerte entre los monjes y soltar el féretro. Como las oraciones son incomprensibles de todas formas, nadie se dará cuenta de lo que pasa. Si eres el único que consigue poner el féretro en las parihuelas, te harás famoso en el país entero y no tendrás necesidad de mendigar para poder comer. Ya no eres joven, y el vagabundeo no es bueno ahora para ti.

El monje movió la cabeza, lleno de dudas, pues no creía realmente en el poder mágico de la gata; pero, como no quería contrariarla, no se opuso; al contrario,

prometió actuar de acuerdo con sus palabras.

Efectivamente, cinco días más tarde, la abuela del rico comerciante de salsas de habichuelas murió. El entierro debía ser tan digno como correspondía a un nieto cariñoso y obediente que, además, era el comerciante más rico de los alrededores. El más experto en cálculo hubiera sido incapaz de contar el número de monjes y de personalidades del clero que se reunieron allí. El féretro, ricamente esculpido, estaba colocado en un estrado, y de la mañana a la noche se podía oír en la capilla ardiente el murmullo de las plegarias y el tintineo de los rosarios. La ceremonia fúnebre llegaba a su fin y los monjes se disponían a levantar el féretro para llevarlo, cuando, de repente, éste se elevó por los aires y allí quedó suspendido, como sujeto por fuerzas invisibles. Por mucho que los monjes tiraron del féretro, éste no cedió, de modo que se llegó a la conclusión de que se trataba de un hechizo.

El rico comerciante y su familia se asustaron. ¿Acaso no habían rendido a la abuela todos los honores que se le debían? ¿Habrían cometido faltas? Obviamente, semejante magia sólo podía romperse con oraciones; y prometieron una gran recompensa a los monjes si lograban que el féretro descendiera, para acabar la ceremonia fúnebre como debían.

Los monjes se pusieron a rezar, y las cuentas de madera de los rosarios entrechocaron a tal velocidad que soltaban chispas, pero las plegarias no debían de ser las apropiadas, porque el féretro se quedó donde estaba. Entonces los monjes, uno tras otro, probaron con sus oraciones secretas. Todos afirmaron que solamente su oración era eficaz. Por último, la casa atronó con las peleas que se desencadenaron y los monjes estuvieron a punto de llegar a las manos; pero toda aquella agitación no pudo, evidentemente, hacer que el ataúd bajara.

Acudieron los habitantes del pueblo y se burlaron de los monjes.

—¡Sí, claro, es algo muy distinto que comer buen arroz y llenarse a escondidas la panza con delicioso pescado! ¡En eso, sois formidables! Pero, ahora, ¡mostrad un poco vuestro arte y haced que baje el féretro!

—¡Mirad a los monjes! Se pelean por saber cuál de ellos conoce los mejores sortilegios; ¡pero no por ello son capaces de lograr que descienda el ataúd! —exclamaron otros.

Sin embargo, los mojes hacían lo que podían; estaba claro que no era muy agradable confesarse vencidos; pero el féretro seguía suspendido en el aire, a pesar de las plegarias.

Por fin, el rico comerciante perdió la paciencia.

—¡Qué vergüenza! Me habéis estropeado el entierro de mi venerada abuela, a mí, el más rico de la región. ¿Se ha visto jamás algo parecido? —gritó, y envió a sus sirvientes a buscar a todos los monjes de los alrededores.

Prometió concederles cuanto desearan con tal de que lograran colocar el ataúd en las parihuelas.

Llegaron monjes de todos los templos para probar suerte, uno tras otro, con sus

oraciones. Pero fue en vano.

—¿De verdad habéis invitado a todos los monjes? —preguntó el rico comerciante a sus sirvientes.

—Sí, amo, ¡a todos sin excepción! —fue la respuesta que dieron.

—Es imposible que no haya un solo monje que pueda ayudarnos —murmuró el comerciante en el colmo de la desesperación—. Pensad bien si no habéis olvidado a alguno.

—En realidad, liemos olvidado a uno —dijo por fin un sirviente, después de largas reflexiones—. No lejos de aquí, en un viejo templo abandonado y medio destruido, vive un moje con su gata y los gatitos de ésta. Pero no debe valer nada, pues, a pesar de su edad, es desconocido y vive miserablemente. No será él quien encuentre una solución si ni siquiera los monjes más famosos han sabido hacerlo.

—Traedlo inmediatamente. No debe despreciarse ninguna posibilidad —ordenó el comerciante.

Los sirvientes corrieron al templo a buscar al monje.

—Seguramente te has enterado de lo que ocurre en mi casa —le dijo el rico comerciante—. Perdona a mis sirvientes por no haber pensado antes en ti, pero todavía eres desconocido en la región. Intenta, te lo ruego, hacer que baje el féretro, para que podamos terminar el entierro con los honores que merece. Eres mi última esperanza, porque hasta ahora nadie lo ha conseguido, aunque los monjes más famosos hayan probado sus artes. Te daré una gran recompensa, y si puedes hacer que baje el féretro mandaré que construyan un templo nuevo para ti.

El monje hizo una reverencia sin decir nada y se dirigió al patio, donde el féretro todavía estaba suspendido en el aire como sujeto por fuerzas invisibles.

Los monjes que se apiñaban alrededor, se burlaron del viejo harapiento:

—¡Mirad!, ese pobre diablo quiere tener éxito donde nosotros hemos fracasado. ¡Estamos impacientes por verlo!

Y los campesinos le señalaron con el dedo:

—Observadle, es el monje del viejo templo en ruinas. ¿Sabrá hacer otra cosa aparte de comer bolitas de arroz?

—No tiene aspecto de haber comido mucho arroz en su vida. Mirad qué delgado está y qué gastadas lleva las ropas. Quién sabe, quizás este pobre monje sepa más que los monjes gordos que viven en la abundancia…

El monje no prestó atención a estas observaciones, como si no le concernieran; se acercó al féretro suspendido en el aire y rezó: «BO-RON, BO-RON, MIO-DO TEN-TCHI…», pero el féretro no se movió, «KIU-TAI SA-HO GA-TA…», y, en el mismo instante, el féretro descendió sobre las parihuelas.

Todos lanzaron un gran suspiro de alivio y el rico comerciante, aunque todavía dudaba, dio la orden de levantar el ataúd para continuar el entierro. Temía que el sortilegio continuara.

Pero el ataúd se había convertido en un ataúd corriente; los monjes se pusieron en

marcha, los parientes y los invitados formaron un largo cortejo y la abuela fue enterrada dignamente, como correspondía al comerciante más rico de los alrededores.

Después de la ceremonia, el rico comerciante mandó llamar al monje y le preguntó dónde quería que se erigiera el templo. Pero el monje no deseaba un templo nuevo; todo lo que quería era que el viejo templo, desierto y medio en ruinas, se reparase. Así se hizo. El comerciante mandó venir diversos artesanos: carpinteros, escultores, pintores y muchos otros, y pronto el viejo templo se convirtió en uno de madera maravillosamente esculpida, de rojas columnas laqueadas y que contenía un gran número de estatuas de santos.

El nuevo templo atrajo a muchos monjes que construyeron casas en las proximidades, y poco tiempo después nació un gran monasterio. Y el viejo monje se convirtió en el superior del monasterio. El templo llegó a ser la meta de numerosos peregrinos que iban acompañados de comerciantes y artesanos. Además, poco tiempo hizo falta para que toda una ciudad naciera en torno al templo. De este modo, la idea de la gata ayudó no solamente al monje, sino a muchas otras personas que encontraron en aquella ciudad una casa y un medio de subsistencia.

El viejo monje vivió dichoso con su gata; solamente en primavera abandonaba durante algún tiempo el monasterio y recorría los caminos, regocijándose con el verdor de las montañas y el canto de los pájaros. Pero volvía en seguida a casa, porque sus viejas piernas ya no querían obedecerle como en el pasado; realmente, el vagabundeo se había vuelto demasiado penoso para el anciano.

En los entierros a los que asistía, aconsejaba adornar el féretro con una cabeza de dragón.

—Para el caso de que una caritativa gata quisiera estropear el entierro, con buena voluntad, naturalmente —murmuraba entonces en voz muy baja, para que nadie le oyera.

# La serpiente, la lombriz y el grillo

HACE mucho, muchísimo tiempo, cuando el mundo tenía un rostro totalmente diferente al que tiene ahora y la hierba crecía hasta el cielo y los árboles no llegaban más que a las rodillas, la serpiente todavía no tenía ojos, pero en cambio poseía una maravillosa voz de soprano, listaba muy orgullosa de ello, y de la mañana a la noche ensayaba; no había mejor cantante que ella. Llena de nostalgia, cantaba los rayos del sol, el brillo del rocío, el atractivo de los maravillosos colores de las flores y las estrellas que, por la noche, encendían sus faroles en el sombrío azul del cielo; en resumen, cantaba lo que jamás había visto con sus propios ojos. Su canto era tan conmovedor que ningún animal dejaba de ira escucharla. Sus oyentes decían suspirando:

—Si no existieran las magistrales canciones de la serpiente, no sabríamos lo bello que es el mundo.

Sólo la serpiente desconocía todo; 110 podía sino imaginárselo, y quizá por esa razón el mundo era tan increíblemente bello en su imaginación. Así que, con su voz de soprano, seguía cantando su dolor a los que la rodeaban y al mundo entero.

En una pendiente, no lejos de allí, vivía en aquella época una lombriz afligida por otra tara. Tenía enormes ojos oscuros, pero había venido al mundo muda. Veía brillar el sol y cómo revoloteaban las abigarradas mariposas, pero le resultaba imposible comunicar su dicha a los demás o confiarles sus penas. No podía sino mirar el mundo con unos ojos cada vez más abiertos, y los animales apenas advertían su presencia. Al ser incapaz de cantar su dolor, como la serpiente, nadie conocía su gran pena.

Un día —era primavera—, un emprendedor grillo se estableció en el bosque. Escuchó el canto nostálgico de la serpiente y, como era pequeño, también advirtió la infinita tristeza que se reflejaba en los grandes ojos oscuros de la lombriz. Entonces se le ocurrió una idea. Esperó que la serpiente saliera de su escondite y cantara la primera estrofa de su canción para hablar con ella:

—Qué bonito es su canto, señora Serpiente. Debe de ser feliz por haber vuelto a la tierra después de su largo sueño invernal.

—Qué quiere que cambie para mí, si siempre me rodea la misma negra noche. No veo la belleza de la primavera, la floración de los árboles, no veo nada —y la serpiente suspiró tristemente.

El grillo quedó satisfecho con la respuesta y dijo:

—Escuche, señora Serpiente, he reflexionado sobre su destino. El dolor que expresan sus cantos no podía dejar insensible a un alma como la mía. Tengo una idea que proponerle. Pero he de decirle que mi solución no será fácil. Si quisiera aceptar el gran sacrificio de renunciar a su preciosa voz, yo podría decirle de qué forma llegaría a ver las bellezas de este mundo con sus propios ojos.

—Sus palabras son extrañas, señor Grillo —respondió, incrédula, la serpiente—. Daría todo lo que poseo por tener ojos; pero seguramente no hay nadie en el mundo que quiera desprenderse de sus ojos, lo más maravilloso que existe.

—Cada uno tiene sus preocupaciones y considera su suerte como lo peor del mundo. Últimamente, en uno de mis paseos, he encontrado a la lombriz, y, al ver la infinita tristeza que se reflejaba en sus expresivos ojos, me he dicho que seguramente a ella le gustaría hacer un cambio con usted. Esta solución sería buena para las dos. Usted tendría ojos y la lombriz podría hablar.



—No sé —dijo la serpiente moviendo la cabeza con gesto de duda—; ¿cambiar el canto por unos ojos? Los ojos son mucho más preciosos. Personalmente, sería tan feliz viendo el mundo con mis propios ojos, que no echaría de menos la voz en absoluto.

El grillo volvió a repetir que cada uno tenía que llevar su carga y que no era posible saber que era lo mejor para alguien, y ofreció a la serpiente servir de intermediario con la lombriz.

Apenas el grillo hubo recibido la conformidad de la serpiente, corrió a ver a la lombriz.

—Señora Lombriz —dijo al ver como ésta se arrastraba tristemente—, la indecible tristeza de sus ojos ha conmovido profundamente mi sensible corazón. He pasado noches enteras reflexionando cómo podría ayudarla. Escuche la idea que se me ha ocurrido: ¿Estaría dispuesta a dar sus ojos para poder, al fin, contar sus penas a alguien y poder conversar con todos? Me parece que usted ya ha mirado bastante este mundo.

Al oír las extrañas palabras del grillo, la lombriz se puso a temblar de pies a cabeza y sus sombríos ojos se agrandaron aún más.

El grillo prosiguió:

—Usted seguramente ha escuchado con frecuencia el triste canto de la serpiente en el claro del bosque. Puedo imaginar cómo le gustaría abrir su corazón y confiar sus penas a los demás animales. ¿Quiere poder cantar tan bien como la serpiente?

Exaltada, la lombriz movió afirmativamente la cabeza.

—Como ve, no sería muy difícil. Si está dispuesta a cambiar sus grandes ojos por la voz de la serpiente, las dos se sentirían felices; es decir, si la serpiente está de acuerdo.

La lombriz, para demostrar su aprobación, abrió y cerró los párpados tan rápidamente que el grillo sintió vértigo.

—Naturalmente, no es fácil convencer a alguien de que se separe de una voz tan bella y educada, pero si me permite actuar de intermediario, me comprometo a satisfacer su mayor deseo.

Y cuando la lombriz inclinó la cabeza en señal de asentimiento, el grillo, muy contento, se frotó las patas delanteras, diciendo:

—¡Entonces, estamos de acuerdo!

El rostro de la lombriz se iluminó de alegría. El grillo estaba a punto de marcharse cuando se volvió de nuevo para decir:

—Es completamente natural, ya que sirvo de intermediario en un asunto tan difícil, que quiera obtener una pequeña recompensa.

Como la lombriz le dio a entender con los ojos que estaba de acuerdo, el grillo continuó:

—¿Sabe? Me gustaría mucho cantar, aunque sólo fuera una vez, el canto de la serpiente. Cuando usted cambie sus ojos por la voz de la serpiente, no quisiera

obtener ninguna otra recompensa, señora Lombriz, que el préstamo, aunque sólo sea por un instante, de su canción. Cuando usted quiera tenerla, no tendrá más que decírmelo y se la devolveré.

Al ver en los ojos de la lombriz que no había objeciones, el grillo corrió rápidamente a reunirse con la serpiente, y poco después los dos animales desgraciados hicieron el cambio de sus dones. La serpiente recibió los grandes ojos tristes de la lombriz, y esta última, el canto de la serpiente.

Como habían convenido, la lombriz prestó, por un momento, el canto de la serpiente al grillo. Como había esperado tanto tiempo, bien podía esperar un poco más. El grillo quiso probar inmediatamente el canto que le habían prestado. Éste era muy largo y el grillo se apresuró a tragarlo. En este proceso la voz perdió un poco de su grave sonoridad, pero todavía era muy bella. Durante unos días, el grillo cantó con voz altísima, y muy pronto le reconocieron como un excelente cantor.

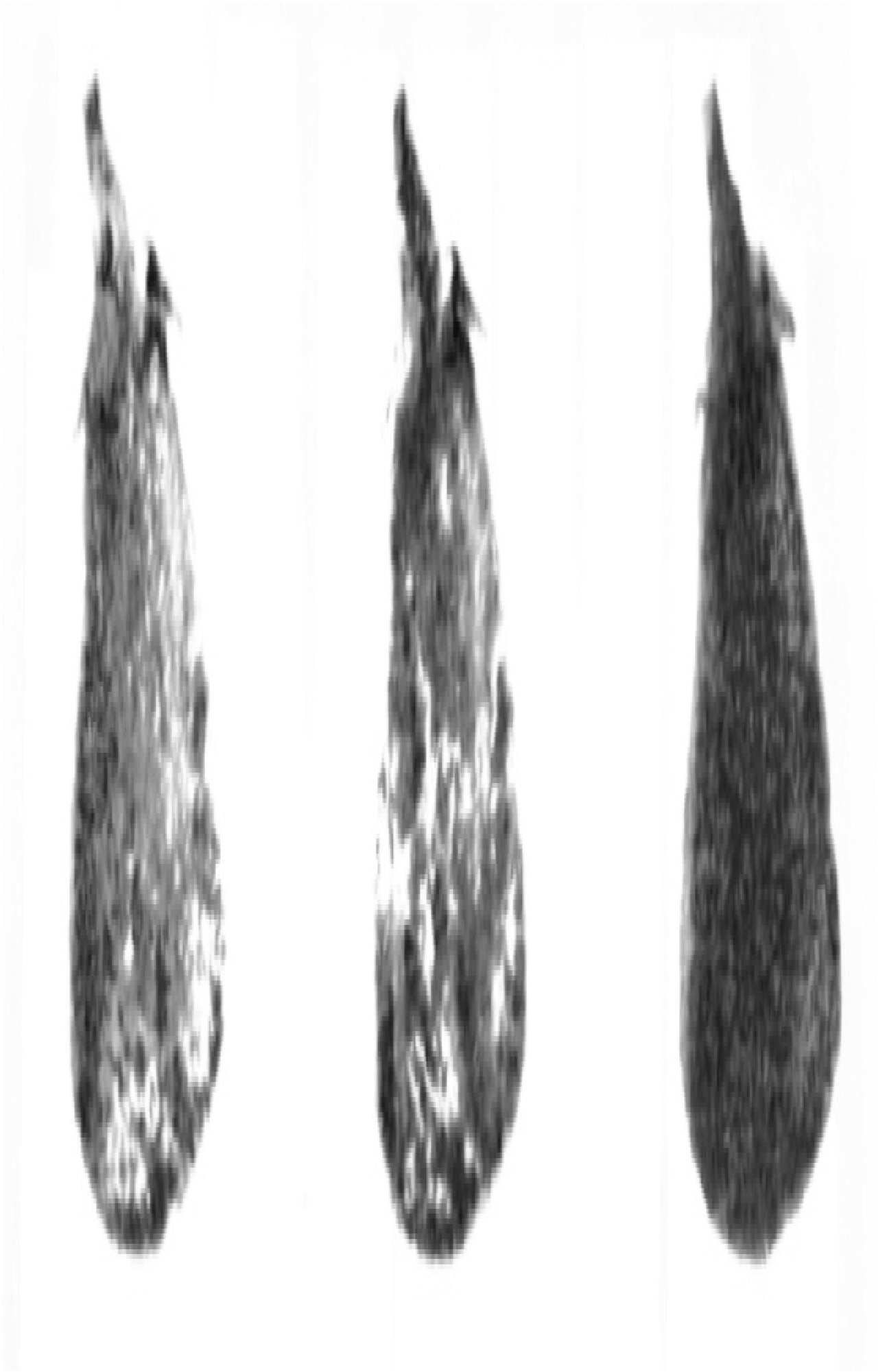
Cuanto más tiempo pasaba, menos ganas tenía de desprenderse del canto; solamente de cuando en cuando corría hacia la lombriz para lanzarle a toda velocidad:

—Señora Lombriz, ¿puedo quedarme con el canto un poquito más? ¿Verdad que no le importa? ¡Muchas gracias!

Y desaparecía.

Como la lombriz no tenía voz, no podía gritarle: «¡Devuélvame mi canto!». Ni siquiera podía lanzarle una mirada de reproche, porque había dado sus ojos a la serpiente.

Desde entonces, la lombriz acude a la luz, cuando oye el canto del grillo, para seguir su voz. Pero no le sirve de nada, porque no puede dirigir la palabra al grillo y este último hace como si no la viera. Entonces, la lombriz escarba la tierra, desde el principio del verano hasta los temporales del otoño, persiguiendo el canto del grillo y espera, en las charcas y las zanjas, que el grillo le devuelva el bello canto de una vez.



# Las aventuras del dependiente Tokubei

HABÍA una vez un comerciante rico, tan rico que incluso los príncipes más poderosos del reino le pedían dinero prestado. En su casa, la más grande de la ciudad, el comerciante guardaba los objetos más raros y maravillosos: arcones llenos de pesadas sedas y telas tan finamente tejidas que apenas se sentían entre los dedos; monedas de oro en cantidades incalculabes; nada debía faltar en la casa del comerciante. Sólo los manjares más exquisitos hacían los honores de su mesa. Para prepararlos él mandaba traer todos los días el agua de una fuente especialmente buena y pura, situada a media jornada de distancia.

Al mismo tiempo, el comerciante era un hombre bueno, alegre y dichoso. Los negocios prosperaban de día en día, de modo que no podía haber en el mundo un hombre más feliz.

Pero toda medalla tiene su reverso y también el comerciante sufría con una pena secreta. Su único hijo, Kiheidji, era un buen muchacho, de excelentes modales y esmerada educación; pero, aunque obtuviera lo que deseaba y no mostrara signo alguno de una enfermedad que devorara su corazón, era muy reservado y no se comunicaba con nadie. Naturalmente, asistía con los jóvenes de su edad a las luchas en la arena y a las representaciones teatrales, o bien pasaba un rato con ellos en un salón de té ante una buena comida y un excelente vino de arroz cuando el padre había expresado su deseo de que lo hiciera o sus amigos le habían insistido mucho; pero jamás sonreía y sus pálidas mejillas traicionaban su inmenso aburrimiento. Los jóvenes le invitaban con frecuencia, porque era el hijo del ciudadano más respetado de la ciudad y siempre estaba dispuesto a pagar; pero, en general, se alegraban mucho cuando ponía un pretexto cualquiera y no acudía, porque su cara huraña les aguaba siempre la fiesta.

El padre estaba seriamente preocupado por el difícil carácter de su hijo. «¿Qué hará cuando yo 110 esté y tenga que ponerse a la cabeza de los negocios? Kiheidji no se interesa por nada y su aspecto taciturno espantará a los clientes. ¿Qué será de él y del negocio montado por mi padre?».

Así reflexionaba a menudo el rico comerciante, pero no sabía cómo despertar en su hijo la alegría de vivir. Kiheidji escuchaba con calma cuando el padre lo regañaba,

satisfacía todos sus deseos, pero no por eso se ponía más alegre.

En el mismo barrio vivía otro comerciante. Aunque sus negocios no fueran tan bien, era honrado y juicioso y la gente le respetaba. Mientras gozó de buena salud, a su familia 110 le faltó nada. Vivían modestamente pero contentos, y su único hijo recibió una buena educación. Pero un día el comerciante cayó enfermo, y poco después lo enterraron. La viuda no entendía nada de negocios, y muy pronto se encontró sin medios y con su hijo Tokubei a su cuidado.

Cuando Tokubei hubo alcanzado la edad adecuada, tuvo que resignarse a buscar un empleo para alimentar a su madre y a él mismo. Así llegó a casa del rico comerciante. A éste le gustó mucho el joven, y, como también conocía a la familia, tomó a Tokubei a su servicio.

Tokubei era trabajador y meticuloso, y demostró sus aptitudes hasta el punto de que el rico comerciante le confió incluso sus libros de cuentas y, después de cierto tiempo, lo introdujo en su familia. Se encariñó todavía más con el joven al ver que su hijo le tenía afecto y entablaba amistad con él. Así que accedió con mucho gusto a la petición de su hijo de dar permiso al nuevo dependiente para que pudiera acompañarlo en la peregrinación a los famosos templos de Isa.

«Por fin mi hijo muestra interés por algo; quizá cambie después de todo…», se dijo, dichoso, el padre.

Los dos jóvenes, Kiheidji y Tokubei, se pusieron en marcha. El camino se les hizo corto, porque Tokubei conocía muchas historias divertidas, y con frecuencia el rostro de Kiheidji se iluminaba con una tímida sonrisa; a veces, también él contaba una historia. Una noche —después de una dura jornada— llegaron a un albergue de bonita apariencia que se hallaba en el camino, un poco a las afueras de un pueblo.

—Pasemos la noche aquí —propuso Kiheidji—. El albergue parece acogedor; seguramente se come y se bebe bien; ¿por qué seguir hasta la ciudad? Estoy tan cansado que apenas puedo dar un paso.

Como Tokubei estaba de acuerdo, se acercaron al albergue. Ante la puerta, les recibió el posadero, viejo y gordo. Al ver la rica vestimenta de Kiheidji, casi se derritió en alabanzas:

—Los señores viajan sin duda únicamente por placer, ¿no es cierto? ¿O lo que les trae a nuestra región es un viaje de negocios? Qué honor para nuestra miserable posada albergar huéspedes tan ilustres… Inmediatamente voy a hacer que les den las mejores habitaciones. ¡Seguro que quedan satisfechos!

Soltó estas frases de un tirón, haciendo reverencias sin parar, y luego condujo a los huéspedes a la casa. Allí fueron recibidos por la mujer del posadero, que les habló todavía con más deferencia que su marido mientras les precedía por la escalera para enseñarles sus habitaciones. Luego, se disculpó un rato, multiplicando las reverencias, porque quería preparar la cena.

Tokubei lanzó miradas curiosas a su alrededor y descubrió encima de la puerta la siguiente inscripción: «Jamás un pobre ha dormido aquí».

Dio un codazo a Kiheidji y dijo:

—Mira en qué albergue tan distinguido hemos puesto los pies. ¡Es solamente para ricos!

—Pues esta vez les van a dar gato por liebre —dijo Kiheidji riendo—. Tú eres pobre y, a pesar de ello, vas a dormir en la mejor habitación…

Después de la cena, que los dos amigos amenizaron con muchas bromas, se desearon buenas noches y cada uno se fue a su habitación. Tokubei se envolvió en las suaves sábanas, pero, aunque estaba muy cansado, no conseguía dormirse.

Daba vueltas en la cama, los párpados cada vez le pesaban más, pero el sueño no quería llegar.

«Probablemente semejante lujo no está hecho para un pobre diablo y la inscripción sobre la puerta no ha mentido», se dijo finalmente Tokubei.

Tuvo de repente la impresión de que veía cómo algo se movía en la chimenea. Se quedó inmóvil como si durmiera, pero sus ojos completamente abiertos observaban atentamente lo que ocurría. Cerca de la chimenea, una encorvada mujercita parecía muy atareada. Después de un rato, Tokubei reconoció en ella a la mujer del posadero que iba y venía por el hogar, agachándose como si trabajara en un campo. El joven se esforzó en observar más y vio que la mujer plantaba arroz en las cenizas. Apenas hubo contado hasta cinco, los gérmenes empezaron a brotar. Crecían rápidamente y las espigas aumentaban de tamaño. Durante un momento no pasó nada más en la chimenea, sólo que las espigas maduraron, y cuando estuvieron bien amarillas, la mujer las cortó y las agitó con una barra de madera; luego amasó lenta y cuidadosamente una pasta. Apenas había terminado el trabajo cuando el día empezó a clarear. Con el primer canto del gallo todo desapareció; sólo las cenizas secas quedaban en la chimenea.

Tokubei se frotó los ojos. «He debido dormir y soñar». Contempló la habitación. «Pero lo he visto todo tan claramente como si hubiera pasado en realidad».

Se levantó y examinó el hogar, pero no encontró nada digno de mención. Era una chimenea como cualquier otra. Luego, Tokubei se miró en el espejo. En una cara pálida por el insomnio, sus ojos enrojecidos le miraban.

«Que haya soñado o no, es lo mismo; aquí hay algo que no está claro», decidió, y corrió a la habitación contigua para poner en guardia a su amigo.

—En ningún caso debes comer lo que te ofrezcan —dijo—. Sobre todo no comas pastel de arroz.

Y le contó lo que había visto.

Kiheidji se burló de él:

—¡Es una estupidez! Plantar y recolectar arroz en una chimenea en una sola noche; ¡quién ha oído hablar jamás de semejante cosa! No era más que una pesadilla. La conclusión es que no tienes costumbre de dormir en este tipo de albergues.

Tokubei se ofendió:

—Te he dicho lo que he visto con mis propios ojos. Es asunto tuyo si no quieres

creerme. Pero te lo advierto, ¡no comas pastel de arroz!

Y volvió a su habitación.

Poco después, Kiheidji oyó que llamaban suavemente a la puerta. Cuando la abrió, entró la mujer del posadero, llevando en una bandeja el desayuno de su huésped. Kiheidji no pudo evitar sonreír al pensaren la cara ofendida de Tokubei. Con buen apetito, empezó precisamente por los pasteles de arroz. Comió el primero, pero no pasó nada.

«Realmente, Tokubei ha tenido sueños fantásticos», se dijo, y cogió el segundo pastel. Pero, apenas lo luibo terminado, en lugar de Kiheidji había un caballo negro en la habitación. La mujer que le había servido soltó una carcajada maléfica y condujo rápidamente el caballo, que se resistía, al establo.

Durante ese tiempo, Tokubei estaba sentado en su habitación. No había tocado los platos que la mujer del posadero le había traído y esperaba que Kiheidji le llamara, porque tenían que marcharse.

Tokubei se levantó y se dirigió a la habitación de su amigo. Pero Kiheidji había desaparecido; solamente estaba la mesita con el desayuno empezado. Muy preocupado, Tokubei salió de la casa justo a tiempo para ver que los criados conducían al establo a una caballo negro por cuyo rostro se deslizaban gruesas lágrimas. Tokubei sospechó lo que había ocurrido.

Fuera de sí de ira, corrió al encuentro del posadero.

—¿Qué han hecho con mi amigo? ¿Dónde está? —gritó, zarandeando al intimidado posadero.

Este farfulló:

—No sé, honorable señor, no sé nada.

Entonces la mujer se acercó y dijo con una falsa sonrisa:

—¿Por qué es tan brusco con mi esposo, señor? ¿Por qué está tan enfadado? Yo personalmente he llevado el desayuno al joven señor y puedo dar testimonio de que le ha gustado mucho. Seguramente su amigo se ha ido antes que usted y le espera en alguna parte del camino. En cuanto a la nota, no se preocupe, está saldada. ¿Es eso lo que quería saber?

Tokubei, furioso, no sabía qué responder a aquellas palabras burlonas. Volvió a su habitación e hizo su hatillo. Pero antes de abandonar el albergue, fue al establo y buscó entre los numerosos caballos al negro y lo encontró tristemente atado a un pesebre.

Tokubei lo acarició dulcemente y dijo:

—Ya ves lo que te ha ocurrido por no haberme escuchado. Continuaré el camino solo y preguntaré a los sabios si existe una forma de ayudarte.

Tokubei siguió, pues, solo su ruta. No era fácil, porque todo el dinero se había quedado en el equipaje de Kiheidji y había caído en manos de los falsos posaderos. Tenía intención de dirigirse a las grandes ciudades, pues allí le sería más fácil subsistir. Además, las grandes ciudades albergaban a tanta gente, que seguramente

habría una posibilidad de encontrar a alguien que supiera cómo liberar a su amigo.

Pero en vano recorrió los mercados, habló en los salones de té con las personas más diversas, visitó los monasterios famosos y preguntó a los monjes conocidos y desconocidos. Se dirigía a todos aquellos que pensaba que podrían aconsejarle para preguntarles si existía un medio para devolver su forma humana al caballo negro. Ya había recorrido la mitad del reino y no había conseguido nada.

«No he tenido éxito en las ciudades y en los monasterios; me dirigiré a las montañas. Quizás encuentre allí a un sabio ermitaño que pueda ayudarme».

Tokubei abandonó las ciudades y buscó en los pueblos aislados, pero en vano. Todo un año había pasado desde que se había ido con Kiheidji y se habían hospedado en el albergue, y Tokubei seguía sin saber cómo liberar a su amigo. Un día caminaba a gran altura por las montañas, pues los habitantes de un pueblo le habían indicado otro vecino donde vivía un monje muy sabio que seguramente podría ayudarlo. Aunque Tokubei ya había abandonado toda esperanza, no quiso dejar nada sin investigar y se dirigió al pueblo vecino. Se había perdido en las montañas y, desde hacía dos días, buscaba el camino.

Después de dejar su hatillo con el último alimento que le quedaba en un prado, trepó a una roca, pensando que seguramente encontraría más fácilmente el camino desde un punto elevado. Y, efectivamente, descubrió un sendero. Pero antes de seguirlo quería descansar un poco y comer, porque desde hacía dos días apenas había tocado las provisiones que llevaba consigo, pues no sabía cuánto tiempo iba a seguir vagando por las montañas. Ahora que había encontrado el camino, podía saciar el hambre tranquilamente. Pero cuál no sería su sorpresa al encontrar vacío el hatillo en el prado. Miró a su alrededor y descubrió, no lejos del lugar donde había dejado su hatillo, a un viejo de cabellos plateados que precisamente se estaba quitando las últimas migas de la barba.



El anciano no se asustó al ver al joven; sonrió amablemente y dijo:

—Tus galletas son buenas. Hacía mucho que no las comía tan deliciosas. Espero que no estés enfadado porque me he servido sin esperar que el propietario del hatillo viniera y me ofreciera. ¿Sabes? Soy viejo y hacía mucho que no comía nada. Simplemente no he podido resistir la tentación al ver el hatillo con las apetitosas galletas.

Al oír estas palabras, la ira de Tokubei desapareció.

—Muy bien, ya que le han parecido buenas, mejor; el pueblo no está muy lejos, seguramente podré conseguir allí algo de comer.

—Debes de ser un buen muchacho, pues no te has enfadado con un viejo curioso que se ha comido tu último bocado. De verdad, no sabía que no tenías nada más. Pero dime lo que te trae a nuestras montañas. No te había visto nunca. ¿Acaso buscas algo? Confíamelo.

—Muchas gracias, abuelo. Pero cómo podría ayudarme usted si ni siquiera en las ciudades más grandes y en los monasterios más famosos he encontrado a nadie que pudiera darme un consejo —respondió Tokubei.

—Confíame lo que te preocupa. Quiero recompensarte por tu buen corazón. Porque debes saber que no soy un anciano corriente; soy el genio de estas montañas. Como no te conocía, solamente quise ponerte a prueba.

Tokubei no cabía en sí de gozo. Los hombres no habían podido ayudarlo, pero el genio de las montañas era otra cosa. Entonces contó lo que le había ocurrido a su amigo, quien, desde hacía ya más de un año, tenía que servir como caballo en casa de los malvados posaderos.

—Hum, hum —reflexionó el genio de las montañas—. No será fácil. Puedo darte un consejo, pero exige mucha paciencia y perseverancia por tu parte. Escúchame bien: camina siempre hacia el este hasta que encuentres, en una pendiente que desciende exactamente desde el oeste hacia el este, un enorme campo de berenjenas. Cuando hayas encontrado el campo, tendrás que examinar cada planta. Sólo una de ellas tiene siete frutos; es la buena. Tendrás entonces que coger, con cuidado, los siete frutos y llevárselos a tu amigo. Cuando haya comido los siete, crudos, uno después de otro, se desvanecerá el encantamiento.

Apenas terminado el discurso, el anciano desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Tokubei lanzó miradas de asombro a su alrededor. Sólo el hatillo vacío probaba que no había soñado, sino que realmente había hablado con el genio de las montañas. Recogió el hatillo y se quedó muy sorprendido al oír un ligero tintineo. En el hatillo había varias monedas de oro.

—Que gran recompensa por unas pocas galletas. Por lo menos no tendré que preocuparme por subsistir —se dijo Tokubei feliz, y emprendió el largo y difícil camino.

No, realmente no era fácil, aunque ahora supiera el modo de ayudar a su amigo. ¡Primero había que encontrar la planta que iba a curarlo!

Caminaba siempre hacia el este, encontraba muchos campos de berenjenas, grandes y pequeños, bajando en pendiente exactamente desde el oeste hacia el este. De rodillas, examinaba con atención una planta tras otra, pero ninguna tenía siete frutos. Tokubei no se daba por vencido. Apenas había terminado con un campo, iba a buscar el siguiente. Encontró muchísimas plantas con cuatro, incluso cinco frutos; una vez, creyó haber alcanzado su objetivo. Contó: uno, dos, tres, cuatro, cinco…, y se levantó decepcionado: no había más que seis.

Estaba extenuado, le dolía la espalda de tanto agacharse; ante sus ojos, ya estuvieran abiertos o cerrados, no veía más que berenjenas, pero seguía siempre hasta el siguiente campo. Examinaba de nuevo una planta tras otra. De pronto encontró, en el extremo este de un campo, una berenjena que tenía muchos frutos. Se puso a contar: ¡… cinco, seis, siete!

Exhaló un profundo suspiro de alivio. Puso los siete frutos en su hatillo y dirigió sus pasos hacia el albergue. Caminaba alegremente. ¡Muy pronto la pena de su amigo terminaría! Se sentía lleno de gratitud hacia el genio de las montañas que, a cambio de una comida frugal, le había proporcionado un buen consejo y, además, monedas de oro.

Las monedas de oro le dieron una idea. Antes de acercarse a la posada, compró en la ciudad vecina, con el dinero que le quedaba, un rico quimono y alquiló cuanto necesita un joven de una casa rica para hacer un viaje; luego se encaminó con paso digno y lento al albergue.

Los posaderos, al ver al joven ricamente vestido, avanzaron hacia él llenos de deferencia.

—He hecho un largo viaje, porque vengo de los templos de Isa —dijo Tokubei—. Estoy cansado y quisiera pasar la noche en su casa. Espero que tengan una habitación lo suficientemente buena para mí.

—Oh, noble señor, en nuestro albergue no se hospedan sino huespedes tan dignos como usted. Le daremos nuestra mejor habitación y seguro que queda satisfecho.

Inmediatamente condujeron a Tokubei a la casa haciéndole miles de reverencias. El joven, engreído sin duda, no se daría cuenta de los guiños de complicidad que se lanzaron entre sí, y que significaban: «¡Menuda presa!».

Acompañaron a Tokubei a la habitación que el desdichado Kiheidji había ocupado un año antes. Luego se alejaron reiterando las reverencias, para preparar un baño refrescante al ilustre huésped.

Apenas los posaderos hubieron abandonado la habitación, Tokubei se deslizó al establo para buscar a su amigo. Le encontró en un rincón, delgadísimo y con el cuerpo amoratado y lleno de arañazos. El hambre y el duro trabajo le habían afectado tan duramente, que permanecía insensible a todo, ante el pesebre, sin ni siquiera volver la cabeza hacia el que acababa de entrar. Tokubei se acercó a él, le acarició las crines y dijo:

—No sufras más, he traído un remedio que puede devolverte la forma humana.

Y sacó del hatillo, que llevaba escondido en la manga de su quimono, la primera berenjena y se la dio al caballo negro.

—Mira, tienes que comerte esto para que todo vuelva a ser como antes.

El caballo comió el primer fruto; luego, el segundo y el tercero. El cuarto entró con dificultad y el quinto ya no lo quiso.

Tokubei se enfadó:

—¡No colaboras nada! Parece que te gusta ser caballo. Muy bien, como quieras; ¡si no comes más, seguirás siendo un caballo!

Amenazándole constantemente con marcharse y abandonar a Kiheidji a su suerte, poco a poco acabó por hacerle tragar las siete berenjenas. Apenas hubo desaparecido el último bocado, en el lugar del caballo se encontraba Kiheidji de pie ante el pesebre. ¡Pero qué delgado y pálido estaba!

Tokubei lo desató y le aconsejó:

—Escóndete de momento en el bosque de al lado; todavía tengo que arreglarles las cuentas a los posaderos.

Tokubei volvió a su habitación y mandó que le prepararan una copiosa cena. Incluso invitó al posadero y a su mujer a que la compartieran con él para que probaran los raros pasteles de arroz que, según él, había traído de su peregrinación. Ambos aceptaron la invitación y le hicieron una profunda reverencia para agradecerle el gran honor que les hacía. Mientras tanto, Tokubei, sin ser visto, cambió sus pasteles de arroz absolutamente corrientes, que había comprado en la ciudad, por los que el posadero había llevado en una bandeja para dar las gracias al joven por su hospitalidad.

Los dos comieron con buen apetito los pasteles de arroz que Tokubei les ofreció; pero apenas hubieron tomado el segundo, se transformaron en caballos. Relincharon, cocearon, pero de nada les sirvió. Tokubei llamó a los sirvientes y mandó que condujeran los caballos al establo. Luego fue a buscar a Kiheidji al bosque. Los dos amigos pasaron muy bien la noche; al día siguiente, vendieron la propiedad de los posaderos y los dos caballos. Tokubei devolvió lo que había alquilado y compró lo que necesitaba para hacer el viaje de vuelta. Ahora nada podía detenerlos.



El rico comerciante se sintió feliz de poder abrazar a su hijo. Había sufrido una angustia terrible, y no solamente él, sino también la pobre viuda, la madre de Tokubei, porque los dos jóvenes tardaban mucho en volver. Habían enviado emisarios en todas direcciones, pero no averiguaron nada, salvo que los dos amigos probablemente jamás habían llegado a Isa, pues nadie les había visto en los templos de aquella ciudad. El rico comerciante estaba ya dispuesto a llorar a su hijo, y la pobre viuda no había pegado ojo durante días y noches.

Ahora los dos estaban allí, sanos y salvos, y la dicha de los padres no tenía límites. Tokubei y Kiheidji contaron lo que les había ocurrido; cuando el comerciante supo la fidelidad que Tokubei había demostrado, dividió sus posesiones en dos partes iguales y dio una a Tokubei.

—Sin ti hoy no tendría a mi hijo; y lo que poseo es suficiente para vosotros dos.

Desde entonces, vivieron felices y contentos. Pero en Kiheidji se había operado una gran transformación. Apenas se le reconcía. Ahora sabía gozar de la vida, alegrarse de su riqueza y de sus amigos. Pero también había aprendido a conocer lo que significa trabajar duro, y de este modo su padre dejó de preocuparse sobre el destino de su negocio después de su muerte.



# Urashima Taro

HABÍA una vez un joven pescador, Urashima, que vivía con sus padres en un pueblecito. Su cabana se encontraba un poco alejada del pueblo, a la sombra de un acantilado que dominaba el mar; muy cerca se extendía un pinar. Cuando el tiempo era bueno, Urashima se hacía a la mar al amanecer para volver poco o mucho tiempo después, según la pesca. A veces no volvía hasta la noche y, en ese caso, sus padres iban a la playa y escrutaban con impaciencia el horizonte para distinguir el barquito, preguntándose si la pesca sería suficiente para poder llevarla al mercado.

Un día —era una bella mañana de primavera, el cielo no tenía nubes y una cálida brisa acariciaba el pinar—, Urashima se hizo a la mar muy temprano, esperando conseguir una buena pesca para volver más pronto que de costumbre y poder charlar un poco con sus amigos en el pueblo, algo que no ocurría desde hacía mucho tiempo. Pero sus esperanzas no se cumplieron. Por más que lanzaba las redes, éstas permanecían vacías. El mediodía había pasado y todavía no había cogido un solo pescado. Entonces decidió probar suerte por última vez, y si la red seguía vacía, regresaría, pues al parecer le perseguía una mala racha.

Pero esta vez la suerte pareció sonreírle. Cuando quiso recoger la red, notó un gran peso. Tiró con todas sus fuerzas hasta que vio la captura que había hecho. Era una brema como no había visto antes ninguna. No solamente era más grande que las que había capturado en el pasado, sino que además era tan bella que Urashima se quedó obnubilado. Brillaba con un resplandor plateado, y al caer los rayos del sol sobre sus escamas, hacían que se iluminara con todos los colores del arco iris. Pero lo más admirable eran sus ojos, que miraban a Urashima con una expresión de tristeza tal, que no tuvo corazón para matar al pez. Además, hubiera sido una pena vender en el mercado un animal tan magnífico. Urashima sacó la brema con mucho cuidado de la red y la devolvió al mar. Como un relámpago brillante, el pez se abrió paso entre las olas, se volvió una vez para lanzar a Urashima una mirada agradecida y desapareció en las profundidades.

Sumido en sus pensamientos, Urashima cogió los remos y volvió a tierra, sin poder olvidar la súplica que había leído en la mirada de la brema. Decidió no hablar a nadie de su extraña captura. De todas formas, no le hubieran creído, y además se

hubieran reído de él por haber devuelto al mar un pez tan extraño. Sus padres estaban ya en la playa y, al vera su hijo tan triste y taciturno, atribuyeron su actitud al hecho de que no había capturado nada y lo consolaron diciéndole que seguramente la próxima vez sería más propicia.

Al día siguiente, el tiempo era todavía mejor y Urashima partió con su barquito al amanecer. Remó contemplando la costa, donde, lentamente, el acantilado y la cabaña desaparecieron de su campo de visión. Al llegar al centro de la bahía, echó el ancla y se dispuso a lanzar las redes. Pero antes de que pudiera hacerlo, oyó que le llamaban por su nombre:

—¡Urashima, Urashima!

Sorprendido, escrutó los alrededores, porque ¿quién podía interpelarle allí, en medio de las olas? No pudo distinguir sino a una gran tortuga que se dirigía rápidamente hacia su barco. ¿Sería ella la que le había llamado?

Efectivamente, cuando la tortuga hubo llegado al barco, sacó la cabeza del agua y dijo con voz humana:

—Urashima, el rey de todos los mares que reina en su palacio en el fondo del mar me envía. Ayer perdonaste la vida a su única hija; el rey de los mares te invita a su palacio, en el que jamás ha entrado un hombre todavía. Siéntate en mi concha, te llevaré hasta allí.

Urashima estaba tan sorprendido que necesitó un cierto tiempo antes de comprender las palabras de la tortuga; pero realmente no sabía si podía confiar en ella.

Al observar su vacilación, la tortuga añadió:

—No tengas miedo; mi caparazón es bastante grande para que te instales confortablemente. Tampoco temas las olas, se apartarán ante nosotros y ni siquiera te mojarás. ¡Ven, el rey y la princesa te esperan!

La idea de ser el primer hombre que veía el palacio del fondo del mar resultaba en verdad tentadora, sobre todo porque el rey de los mares le esperaba personalmente. Así que no dudó por más tiempo, abandonó su barco y se sentó a lomos de la tortuga, cuyo caparazón era realmente más grande de lo que había pensado y le aseguraba una postura muy cómoda.

La tortuga se puso a nadar y el agua se apartó para dejarles paso. Mientras se sumergían sin parar, la tortuga contó:

—Has de saber que una vez al año nuestra princesa tiene derecho a pasear por los alrededores del palacio. Ese día toma la forma de una brema plateada, y las dos —pues yo soy la dama de compañía de la princesa— nadamos ante las puertas del palacio. Igual pasó ayer; solamente que a la princesa se le ocurrió la idea de alejarse del palacio en lugar de quedarse en los alrededores, como de costumbre. Intenté persuadirla para que no lo hiciera, pero fue en vano. Antes de que pudiera impedirlo, se había ido tan rápidamente que la perdí de vista. ¡Qué miedo tuve! Porque una princesa es muy inexperta y nada sabe de los peligros que nos acechan.

Evidentemente, volvió muy alterada; aunque se puede considerar afortunada por haber sido capturada por un hombre tan compasivo como tú. La próxima vez será más obediente.

Mientras tanto, habían llegado a un jardín de flores acuáticas, y entre los torbellinos de agua que se habían formado ante ellos apareció de repente la puerta del palacio del rey de todos los mares.

¡Qué maravilloso era! La puerta estaba hecha de los más bellos corales rojos, el tejado estaba construido con el más puro nácar y las columnas estaban engastadas con las perlas más grandes y más blancas que el mar oculta. Del edificio emanaba una extraña claridad azulada cuyo origen Urashima no pudo explicarse.

Se volvió; tras ellos, las olas se habían cerrado y pasaban peces fosforescentes. A la entrada del palacio había gran agitación; peces grandes y pequeños, pulpos, estrellas de mar, sepias, cangrejos y langostas entraban y salían, pero lo más extraño era que todos se transformaban en el umbral. Los que entraban cobraban forma humana y llevaban pintado o bordado en sus ropas el dibujo de los seres marinos que habían sido hasta entonces. Y los que salían perdían su forma humana y se convertían en peces, estrellas de mar, etcétera.

Cuando la tortuga y Urashima llegaron a la puerta, todos se retiraron respetuosamente. La tortuga también se transformó, y de pronto Urashima vio a su lado a una dama de compañía sonriente cuyo vestido estaba totalmente bordado con tortugas.

—Hemos llegado —dijo la tortuga, o, más bien, la dama de compañía…—. Hoy hay más animación que de costumbre porque se ha extendido la noticia de que recibimos a un importante invitado del reino de los hombres, y el rey y la princesa dan una gran fiesta en su honor. Ven deprisa, no hagamos esperar a nuestros ilustres anfitriones.

Atravesaron el patio del palacio, donde los presentes, que formaban grupos, se inclinaban profundamente ante el hombre. Luego penetraron en el edificio principal del palacio. Éste no tenía nada que envidiar en magnificencia a la entrada, y además estaba decorado con extrañas piedras, cuyas formas Urashima no pudo reconocer bien porque difundían aquella luz azulada que iluminaba los alrededores del palacio. A la entrada había cinco damas de la corte con quimonos bordados con bremas plateadas. Rodearon al joven y a la tortuga y los condujeron, a través de un largo pasillo, a un gran salón. Allí, la princesa y sus damas de compañía los esperaban. La hija del rey de todos los mares era la única que llevaba un vestido blanco de seda sin ningún motivo ornamental; pero a cada uno de sus movimientos los pliegues del vestido brillaban y resplandecían como la espuma de los mares. La princesa saludó alegremente a Urashima y le agradeció, con lágrimas en los ojos, haberle salvado la vida. Luego, le condujo a través del salón para presentarle al rey. El rey de todos los mares era tan augusto que nadie tenía derecho a verle; por ello estaba oculto, para la fiesta, detrás de una densa cortina de perlas. La voz que, desde el otro lado de la

cortina, agradeció a Urashima haber conservado la vida de la princesa, era baja y serena, y recordaba el tumulto lejano de las olas. Cuando el rey hubo dado las gracias al joven, ordenó que empezara la fiesta.

Se oyó un clamoroso sonido de trompetas, se abrieron las puertas de las cuatro paredes del salón y los criados trajeron para cada invitado una mesita de nácar en la que había una bandeja con diferentes manjares. La princesa condujo a Urashima al lugar de honor, a su lado, y los cortesanos y los demás invitados ocuparon un lugar, según su rango, en una larga hilera a lo largo de las dos paredes laterales. Y mientras todos se deleitaban con varec y holoturia, la princesa conversaba con su huésped y le contaba las costumbres de cada uno de los invitados, así como la vida en el palacio del mar.

—Como puedes comprobar, todos los habitantes del mar se reúnen en nuestra casa y se llevan maravillosamente, el tiburón con el bacalao y la estrella de mar, el pulpo con el arenque, incluso los que fuera son enemigos mortales. En el palacio real todos son amigos: así lo quiere la ley de nuestro reino. Espero que seas feliz entre nosotros —dijo la princesa terminando su relato.

Después de la cena, los músicos se situaron en una esquina del salón y tocaron música de danza sobre conchas magistralmente afinadas. Por deseo de la princesa, los invitados avanzaron uno tras otro, hicieron una reverencia a la asistencia y bailaron la danza que les correspondía. Las tortugas danzaban como meciéndose, las anguilas se mantenían erguidas y contoneaban su delgado cuerpo, los cangrejos bailaban hacia atrás; pero los mayores aplausos fueron para los pececitos voladores que, en el transcurso de su extraña danza, saltaban al aire al ritmo de la música, haciendo que las largas mangas de sus quimonos flotaran con gracioso movimiento.

Pasó un largo rato antes de que todos hubieran efectuado su turno de danza; y cuando, por fin, los asistentes, formando una larga hilera, bailaban juntos, la princesa invitó a Urashima a visitar el palacio.

Sin ser advertidos por los alegres bailarines, abandonaron el salón y la princesa llevó a Urashima por largos pasillos, abriendo una puerta tras otra. Las estancias rivalizaban unas con otras en belleza y ofrecían una vista sobre paisajes marítimos diferentes. En cada una, la princesa explicaba al joven cuál era la región que veían y por que animales estaba habitada.

Mientras pasaban de una estancia a otra, Urashima pensó de pronto que seguramente hacía mucho rato que se hallaba en el fondo del mar. Debía de ser por la noche, o quizás incluso la mañana siguiente, y sin duda sus padres estarían preocupados. Con este pensamiento, sintió que le invadía la nostalgia de su pueblo natal; ya era hora de marchar.

La princesa se dio cuenta de que los pensamientos de Urashima estaban lejos de allí y le preguntó qué le ocurría. Cuando le dijo que tenía ganas de volver, ella se puso muy triste y sus bellos ojos se humedecieron cuando dijo:

—Qué pena, esperaba que te gustara tanto estar entre nosotros que te quedaras

para siempre en nuestro reino. Aquí todo el mundo es bueno y te colmaría de honores. Piénsalo bien, quizás ahora ya no te guste estar en la tierra.

Urashima se quedó sorprendido por aquellas palabras; sintió ser motivo de tristeza para la princesa, pero el deseo de ver a sus padres, el sol, el pueblo natal y a sus amigos era demasiado grande. Dio las gracias a la princesa con mucha educación por el ofrecimiento que le hacía, pero le rogó que no se enfadara si, como hombre, sentía que pertenecía al mundo de los hombres.

—Si tienes tantas ganas de volver a tu casa, no te retendré —dijo la princesa—, pero, espera un instante, quiero darte un regalo como recuerdo.

Cogió a Urashima de la mano y lo condujo a lo más profundo del palacio, directamente a la sala donde se encontraba encerrado el tesoro del rey de todos los mares. Había allí, hasta donde alcanzaba la vista, perlas y piedras preciosas; pero la princesa pasó al lado de aquellas riquezas y cogió de un rincón un simple cofrecito de madera que dio a Urashima.

—No podrás encontrar en el mundo entero tantos tesoros como hay aquí; y podría darte tantas perlas y piedras preciosas como fueras capaz de llevar. Pero quiero regalarte algo más valioso, porque deseo que no te falte nada allí arriba, en la tierra. Coge este cofre. En el interior se halla una piedra preciosa marina que tiene más valor que todos los tesoros del mundo, porque puede engendrar cualquier cosa. En el fondo del cofre hay una pequeña abertura. Sólo tendrás que susurrar lo que deseas y luego, después de dar tres palmadas, lo que hayas pedido aparecerá ante ti. Pero recuerda bien una cosa: si quieres vivir feliz, ¡no abras jamás el cofrecito!



Urashima dio las gracias a la princesa y se despidió; en el salón encontró a la tortuga. Los invitados formaron una hilera hasta la puerta. En el umbral, la dama de compañía se transformó otra vez en tortuga, y Urashima, con el cofre en la mano, montó en su caparazón.

De nuevo las olas se dividieron, dejando pasar cada vez más claridad, y finalmente llegaron a tierra. Allí, la tortuga se despidió:

—Adiós, Urashima, ¡y piensa alguna vez en nuestra princesa!

Tras estas palabras, desapareció.

Urashima miró a su alrededor y se quedó sorprendido: todo era tan conocido y al mismo tiempo tan extraño… Reconocía la bahía y el acantilado. Pero allí donde había estado la cabaña de sus padres ya no había sino arena, y el pinar estaba mucho más extendido y era más denso. Urashima, sin saber que podía significar, dirigió sus pasos hacia el pueblo; el camino que llevaba hasta allí estaba totalmente cubierto de hierba, como si nadie lo hubiera pisado desde hacía mucho tiempo. El pueblo también se encontraba completamente cambiado. Las casas eran más grandes y más bonitas y había muchas más. Urashima no pudo descubrir ninguna cara conocida; todos los hombres que encontraba le resultaban extraños. Por fin, uno de ellos lo detuvo y le preguntó:

—¿De dónde vienes, muchacho, y qué buscas?

Cuando Urashima dijo su nombre, el extraño respondió:

—¿Urashima? Que raro; por lo que recuerdo, no ha habido jamás ningún Urashima en nuestro pueblo.

Cada vez más habitantes se agruparon en torno al joven desdichado, mirándolo con curiosidad y murmurando entre sí:

—Es forastero y extraño; nadie lo conoce y, sin embargo, afirma ser de nuestro pueblo.

Finalmente, decidieron someter el asunto al sabio monje del templo situado detrás de la aldea.

El monje se asombró al ver a tanta gente llegara su casa; luego escuchó atentamente la extraña historia.

—¿Urashima? ¿Urashima? No conozco a ningún Urashima, y, sin embargo, ese nombre me resulta conocido. Esperad, voy a intentar acordarme.

Y, en efecto, se acordó:

—Dicen las viejas crónicas que mi predecesor me dejó, que un pescador con ese nombre se fue al mar un día y jamás volvió. Sólo se encontró su barco anclado en la bahía. Pero tú no puedes tener nada en común con aquel Urashima, porque aquel acontecimiento ocurrió hace más de trescientos años.

Entonces Urashima comprendió que el tiempo en el reino marino pasaba más lentamente que en la tierra. Contó a cuantos le habían acompañado a casa del monje lo que le había ocurrido, cómo había capturado y luego soltado a la hija del rey de todos los mares, cómo había visitado el palacio en el fondo de las aguas y cómo la

princesa, al despedirlo, le había regalado el cofre mágico. Al decir esto pensó súbitamente que no estaría nada mal ofrecer una comida en honor de sus nuevos vecinos, los descendientes de sus antiguos amigos. Giró el cofre y susurró en la abertura que había en el fondo:

—¡Necesito una comida para el honorable monje y mis amigos!

Luego dio tres palmadas, e inmediatamente apareció delante de cada uno una mesita que contenía una bandeja con deliciosos manjares. Los asistentes se quedaron estupefactos, dieron las gracias a Urashima y le pidieron que contara otra vez lo que había visto en el fondo del mar. El monje cogió papel, pinceles, tinta y escribió allí mismo la extraña historia.

Urashima se instaló en la playa, allí donde antaño había vivido con sus padres. Pidió al cofre una cabaña pequeña que se pareciera mucho a la de sus padres, en la que había vivido trescientos años antes. Pero ya no volvió a ir a pescar; por una parte, porque le repugnaba capturar a sus amigos del mar, y por otra, porque ya no lo necesitaba: el cofre le proporcionaba cuanto precisaba para vivir. Y además Urashima no hubiera tenido tiempo para pescar, porque de cerca y de lejos venían a verlo para oír la historia del palacio en el fondo del mar. Urashima daba hospitalidad a todo el mundo, y los que eran especialmente pobres se iban con alimentos, y a veces incluso con ropa nueva.

Pronto la noticia del pescador que había visitado el reino del rey de todos los mares y que colmaba de regalos a los pobres llegó también a oídos del intendente de la provincia. A éste la historia le pareció extraña. ¿No será el pescador un brujo malvado? Envió, pues, a dos funcionarios al pueblo de pescadores para que realizaran una investigación profunda y determinaran si el pescador era un impostor, un rebelde o incluso un brujo.

Los funcionarios montaron en sillas de manos y, después de un viaje de tres días, llegaron a la cabaña al borde del mar. Urashima los saludó respetuosamente y les contó lo que le había ocurrido en el palacio en el fondo de las aguas.

Los funcionarios escucharon, incrédulos, movieron la cabeza dubitativamente y, por fin, uno de ellos preguntó:

—Y, este cofre, ¿sabe también hacer dinero?

—La princesa dijo que la piedra que hay dentro es tan preciosa que puede engendrar cualquier cosa; por lo tanto, también dinero —respondió Urashima, deseando un montón de monedas de plata; luego dio tres palmadas, y un montón de dinero apareció ante los patidifusos funcionarios.

Entonces el mayor de los dos funcionarios dijo:

—En nuestro reino sólo el príncipe está autorizado a hacer dinero. ¡Como has violado la ley, te confisco el cofre! Inmediatamente vamos a ver cómo es la piedra marina o cualquier otra inadmisible brujería que escondas ahí.

Urashima, horrorizado, rogó a los funcionarios que no abrieran el cofre, porque la princesa lo había prohibido.

Pero éstos respondieron:

—El intendente supremo nos ha encargado que lo comprobemos todo cuidadosamente; ¡lo que cuenta para nosotros es la palabra del intendente, y no la de una princesa-pez cualquiera!

Unieron sus fuerzas para abrir el cofre. Cuando, por fin, cedió la tapa, descubrieron un segundo cofre, ricamente engastado en perlas. Los funcionarios lo sacaron y lo inspeccionaron por todas partes. Entonces Urashima se tiró al suelo ante ellos y suplicó:

—¡No lo abráis! ¡No lo abráis!

Pero los funcionarios no tuvieron necesidad de abrirlo; la tapa saltó sola, hubo un rayo azul y luego una nube blanca salió del cofre. En el mismo instante, las monedas de plata se transformaron también en vapor, y cuando la nube tocó a Urashima, sufrió éste una extraña transformación: su rostro se cubrió de mil pliegues, sus cabellos blanquearon, la piel de las manos se le arrugó. En un instante se había convertido en un viejo, cayó al suelo y murió.

Espantados, los funcionarios se apartaron de un salto y dejaron caer el cofre. Este se puso a verter arena, cada vez más y más deprisa, hasta que el cofre y el cadáver de Urashima, la cabaña, la orilla y el acantilado, el pinar y los funcionarios desaparecieron enterrados.



# La envidia

HABÍA una vez un joven caballero que iba de camino hacia regiones lejanas del Japón. Era el último de su linaje, y no tenía en la capital ni parientes ni amigos que pudieran introducirle en la sociedad o que le ayudaran a montar una consulta. El joven había aprendido el arte de curar con famosos maestros, y su habilidad y su arte, a los que se añadía un corazón compasivo, con seguridad le hubieran proporcionado rápidamente una clientela numerosa. Pero en una ciudad tan grande un hombre solo está perdido. Entre tantas personas, ricos y pobres, sabios e imbéciles, maestros y charlatanes, sólo el que tiene dinero o es mantenido por los poderosos puede abrirse camino. Y como el joven médico no poseía ni lo uno ni lo otro, tomó la decisión de dirigirse a otras ciudades para establecerse allí donde todavía no hubiera médico; porque sólo así su arte sería decisivo.

Era primavera. Los ríos, con agua abundante, bajaban murmurando y salpicando espuma; de repente, se levantó una terrible tempestad que empujaba ante sí olas tan altas como casas que enterraban todo a su paso. En el último minuto, el joven caballero pudo salvarse agarrándose a una puerta de madera que acababa de ser arrancada por la tempestad y que las olas arrastraban. Pegado a las tablas de la puerta, el médico se dejó llevar mientras contemplaba los elementos desencadenados.

De pronto oyó llamadas desesperadas de socorro:

—¡Socorro, socorro! ¡Me ahogo! ¡Socorro, me ahogo!

Cerca de la puerta, un hombre luchaba con todas sus fuerzas contra las sucias olas que intentaban llevarle al fondo. Sin pensar que él también podría caer al agua, el médico agarró al que estaba a punto de ahogarse y lo subió a su lado.

Apenas el hombre hubo vuelto en sí, colmó a su salvador de palabras de agradecimiento:

—Oh, noble salvador, le debo la vida; de ahora en adelante le pertenece. Disponga de mí como de su más fiel servidor; le seguiré a todas partes y hasta mi muerte no cesaré de alabar su valor y su buen corazón. No soy más que un pobre tonelero; pero mis manos, que le deben estar todavía con vida, trabajarán solamente para usted de ahora en adelante.

Las frases de agradecimiento no se agotaban y, mientras seguía alabando a su

salvador, el hombre se apartaba, horrorizado, contra la madera y miraba con temor los torbellinos de agua. El médico, con mucho tacto, hacía como que ignoraba aquel torrente de palabras y prefería vigilar la dirección tomada por su fortuita embarcación. Esta parecía en aquel momento flotar por encima de un bosque porque aquí y allá las copas de los árboles sobresalían por encima del agua, y un zorro hacía vanos esfuerzos por escapar de un torbellino. El médico no dudó. Se estiró lo más que pudo fuera de la balsa y tendió las manos al zorro.

—¡Dios mío, qué está haciendo! —exclamó, aterrado, el tonelero—. Deje al zorro; la puerta se volcará y caeremos los dos al agua. ¡No tiene sentido poner dos vidas en juego para salvar a un zorro!

El médico ignoró aquellas palabras y sacó al zorro del agua. De este modo eran ya tres los ocupantes de la puerta, que apenas podía mantenerlos a flote. Afortunadamente, estaba hecha con buenas y sólidas vigas; si no, no hubiera podido soportar el peso de los tres y se hubiera ido a pique.

El agua seguía subiendo y pronto ya no se vio sino espuma amarillenta. De repente empezaron a formarse remolinos muy cerca de la balsa. Una enorme serpiente se debatía en las aguas y estaba a punto de desaparecer. Una vez más, el médico, sin reflexionar demasiado, subió la serpiente a la embarcación. El tonelero protestaba y se lamentaba, prediciendo que perecerían todos por culpa de la serpiente, pero fue en vano.

—Si tenemos sitio para tres, encontraremos un hueco para la serpiente —respondió el médico con firmeza—. La serpiente también es un ser vivo y no puedo negarle mi ayuda.

La puerta casi se hundía en el agua por los bordes, pero no zozobró, y la serpiente se instaló como pudo entre los tres ocupantes.

El extraño grupo estaba sentado, muy apretado, sobre las tablas salvadoras y se dejaba llevar por la corriente. Poco a poco, la tempestad se calmó y las aguas empezaron a bajar. Por fin, la puerta que transportaba al médico, al tonelero, al zorro y a la serpiente quedó atascada en un camino que atravesaba un campo. Esperaron un rato más para que el agua tuviera tiempo de dejar libre el camino y tomaron la dirección de la ciudad más próxima. La serpiente y el zorro acompañaron a su salvador durante un corto trayecto, y luego, al despedirse, le expresaron su agradecimiento:

—Jamás olvidaremos lo que ha hecho por nosotros; si está en nuestra mano, nos gustaría recompensarle.

A su vez, el tonelero aseguró al médico, a lo largo del camino hacia la ciudad, que le estaría agradecido para el resto de sus días y que los emplearía exclusivamente en saldar su deuda.

Pasaron la noche en casa de un rico ciudadano que notificó al médico que no había un solo doctor en los alrededores.

—Entonces me quedaré aquí, en esta ciudad, y curaré a sus habitantes —decidió

el médico—. ¿Por qué buscar más lejos?

Su rico anfitrión le ofreció que se instalara en su casa:

—Mi mansión es muy grande y mi familia muy poco numerosa para ocupar todas las habitaciones. Establézcase aquí. Cuando haya ganado bastante, podrá pagarme el alquiler que me deba. Y si no quiere ser mi deudor, cure a mi familia gratuitamente.

El médico aceptó de buen grado el ofrecimiento que se le hacía. Mandó hacer una gran placa y anunciar por la ciudad que a partir de ese día se establecía en su casa un joven médico. De toda la ciudad afluyeron a la casa los enfermos. El médico era amable con la gente y escuchaba con calma las lamentaciones. Y como, además, conocía realmente su arte a fondo —por algo había estado en las escuelas de los mejores maestros—, su fama se extendió rápidamente por los alrededores y los enfermos iban a verle desde los pueblos más alejados.



El joven médico se hizo rico, pagó el alquiler, mandó construir una enorme casa en la calle principal del pueblo y vivió feliz, dedicado totalmente a la medicina.

El tonelero que había llegado con él, también se estableció en la ciudad. Como el médico no quería aceptar su agradecimiento y le dijo que no necesitaba sus servicios, se dedicó a su oficio. También la suerte le sonrió. Muy pronto poseyó su propio taller y se construyó en las afueras una bonita casa, aunque modesta. Pero, al revés que el médico, no estaba satisfecho de su vida. La envidia le roía y le quitaba la felicidad. El éxito de su salvador no le dejaba tranquilo, y a menudo decía con maldad:

—Los dos llegamos aquí sin una perra y mira hasta dónde ha subido el médico. Seguramente tiene ya tanto dinero que no sabe qué hacer con él. Además posee una enorme y bella casa, justo en el centro de la ciudad.

Y la envidia continuó su obra destructiva hasta que hubo corroído todo sentimiento de gratitud. El tonelero dejó de dormir, el trabajo no avanzaba y, un día en que ya no podía más, se fue a ver al administrador de la ciudad.

—Honorable señor —dijo al administrador—, perdóneme si me atrevo a importunarle; pero es mi deber atraer su atención sobre el joven médico. Es un hombre muy peligroso que puede hundir en la desgracia no solamente a sus enfermos, sino a toda la ciudad. Nunca es bueno utilizar la brujería, y él, honorable señor, emplea en sus tratamientos magias misteriosa. ¿No le parece extraño que durante la gran inundación que costó la vida a tantas personas, la puerta de un templo se acercara precisamente a él, justo en el momento oportuno? Y en cuanto al dinero que posee, seguro que su procedencia es también oscura. Sin brujería, jamás hubiera amasado tan rápidamente tanta riqueza.

El administrador se asustó porque, efectivamente, era mejor mantenerse alejado de la magia y la brujería. Si a la ciudad le ocurría algo, el príncipe no castigaría a un médico desconocido, sino a él, el administrador. Inmediatamente envió a sus esbirros a casa del médico y mandó que metieran a éste en prisión. En vano el joven declaró su inocencia; nadie le escuchaba y, además, ni siquiera le decían de qué se le acusaba.

La noticia del arresto del médico, tan conocido y amado por todos, se extendió rápidamente, pero pasaron varias semanas antes de que llegara a oídos del zorro. Cuando tuvo conocimiento de la mala suerte que había tenido su salvador, buscó a la serpiente para pedirle consejo.

—Nuestro salvador ha sido víctima de una gran desgracia, querida serpiente —dijo el zorro—. Tenemos que ayudarlo.

Reflexionaron largamente y encontraron un medio. La serpiente se acercaría a los hombres para saber lo que decían del médico y por qué le habían metido en prisión. Avisaría cuando tuviera la respuesta a la pregunta.

El secreto entre los hombres es prácticamente imposible, así que la serpiente se enteró de la historia de la presunta brujería.

—¡Menudo agradecimiento! —se dijeron los animales al conocer el nombre del que había difamado al médico—. ¿Pero cómo vamos a tener acceso al administrador

de la ciudad? ¿Quién querrá negociar con una serpiente y un zorro?

Reflexionaron largamente, planearon muchas posibilidades, hasta que al fin encontraron la forma.

Por la noche, la serpiente se dirigió a casa del administrador de la ciudad y se escondió bajó el porche de madera que conducía al jardín y donde los miembros de la familia se quitaban las sandalias. Allí esperó, enrollada como una bola, durante la tarde. Por fin llegó la hora en que el administrador tenía costumbre de pasear por el jardín. Apenas éste hubo penetrado en el porche y avanzado el pie cubierto solamente por un fino calcetín para coger una sandalia, la serpiente se acercó a él, lo mordió en la pierna e inmediatamente se deslizó al exterior.

El administrador dio un grito de dolor y cayó. La pierna se le hinchó y una violenta fiebre le sacudió todo el cuerpo. A sus gritos, acudieron los sirvientes. Llevaron al administrador a su lecho y envolvieron la herida con paños húmedos, pero en vano. La pierna no dejaba de hincharse y el administrador se quejaba noche y día del dolor.

¿Qué hacía mientras tanto el zorro? Se reunió con la serpiente para saber cómo introducirse entre los hombres y se acordó de una vieja tía que vivía en un pueblo lejano y que poseía una perla mágica. Ésta permitía cobrar cualquier forma.

Mientras la serpiente se deslizaba por la ciudad y mordía al administrador en la pierna, el zorro corría a ver a su tía. Tenía que darse prisa si quería estar en la ciudad antes de que el administrador pudiera llamar a médicos famosos y monjes sabios de una ciudad cercana. Corrió durante dos días y dos noches. En la mañana del tercer día, en posesión de la perla, llegó a la ciudad. Allí se transformó en un viejo predicador y paseó ante la casa del administrador.

Apenas se tuvo conocimiento en casa de este último de la presencia en la ciudad del predicador, los sirvientes se precipitaron a la calle para conducir al sabio junto al enfermo.

El predicador contempló con gesto serio la pierna inflamada y dijo:

—No es una mordedura de serpiente ordinaria. Todo indica que se trata del castigo por una decisión injusta que usted ha tomado. ¡No, no, no creo que sea posible ayudarle!

El administrador preguntó al predicador si realmente no había ningún medio. Estaba dispuesto a anular, si era posible, la injusta decisión.

El predicador hizo un gesto serio y preocupado, y, por fin, dijo:

—No sé lo que tiene que hacer, pero en la prisión se encuentra un hombre que es el único que puede ayudarle.

No fue posible sonsacarle nada más. Sin mirar a derecha ni a izquierda, abandonó la casa y la ciudad.

Entonces, el administrador se acordó de que había mandado encerrar al joven medico. Seguramente el sabio había pensado en él al hablar de la decisión injusta. Inmediatamente envió a sus esbirros a la prisión para que trajeran al médico.

El joven médico se asustó cuando vio de repente cómo la puerta de su celda se abría y los esbirros penetraban en ella y le decían:

—¡Vamos, deprisa, sin perder tiempo!

En la cabeza del médico sólo podía germinar la idea de que habían ido a buscarle para la ejecución.

—¡Soy inocente! ¡No he hecho daño a nadie! —gritó desesperado.

Pero ninguno le escuchaba; le empujaron y le condujeron a la habitación del administrador.

Una vez allí, el pobre médico estaba muy asustado; bajó la cabeza y suplicó:

—Tenga piedad, honorable señor, le aseguro que no he cometido ninguna falta.

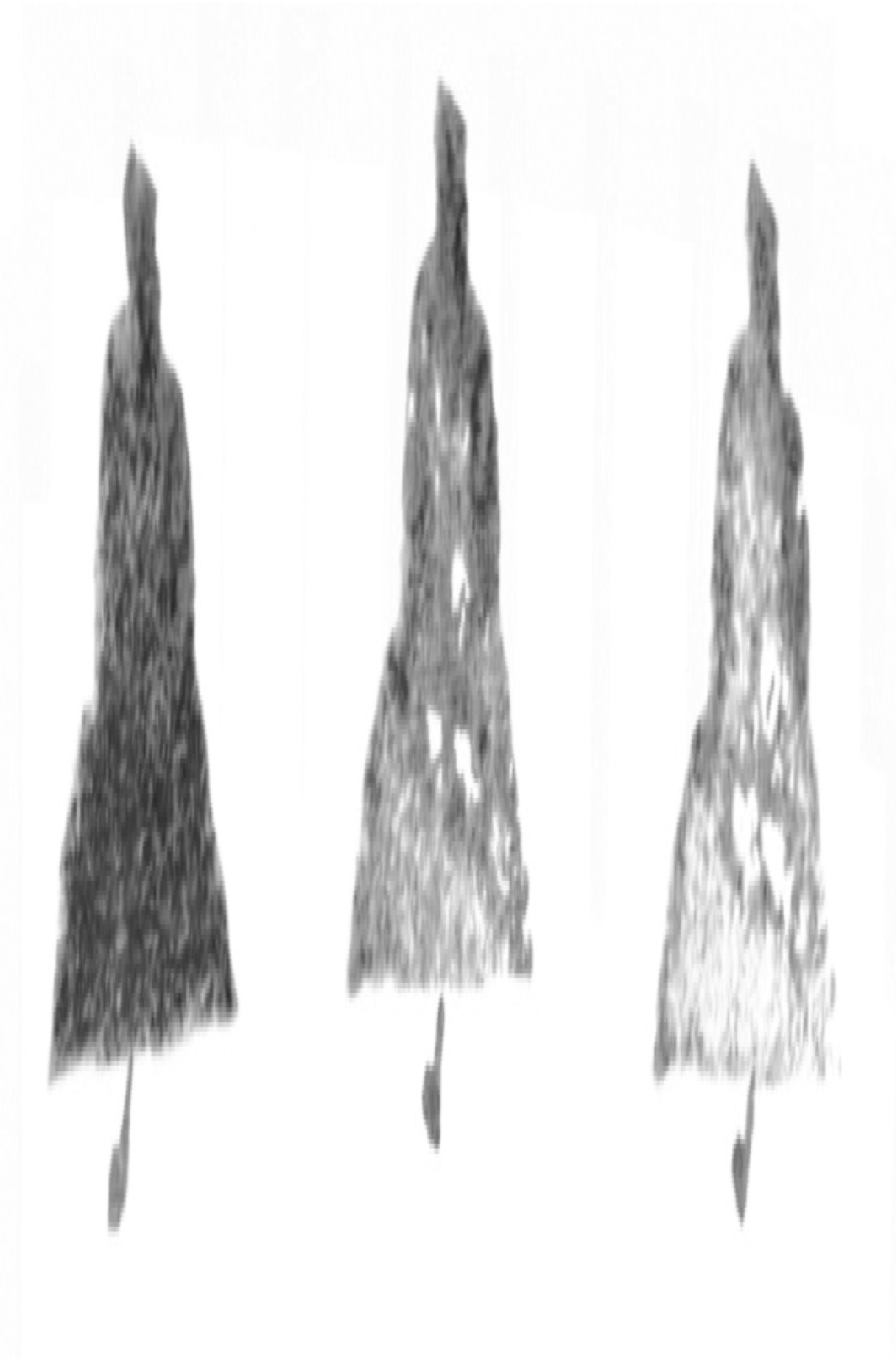
Pero en lugar de una acusación, oyó la voz suplicante del administrador que le decía:

—Señor, he cometido una injusticia con usted. Ayúdeme, por favor, no puedo soportar los dolores.

El médico no se hizo de rogar dos veces. Contempló la pierna hinchada y, apenas hubo posado su mano en el talón caliente y enrojecido, la inflamación desapareció. La fiebre bajó y el dolor disminuyó.

El administrador no cabía en sí de gozo; despidió al médico, le recompensó abundantemente y, como sabía quién era el causante de todos los problemas, mandó que metieran al tonelero en el lugar que el médico había ocupado en la prisión.

—Todas las maldades proceden de gente malvada —declaró—. No hay en el mundo criatura más ingrata que el hombre.



# La campanilla plateada

VIVÍA una vez en un templo de una pequeña ciudad, junto al mar, un monje anciano y bondadoso. Por encima de todo le gustaba sentarse en el porche y contemplar las olas. Y para no sentirse demasiado solo, había instalado en el tejado, sobre el porche, una campanilla plateada, atada a una ancha tira de papel que llevaba escrito un maravilloso poema. Y cuando el viento soplaba, aunque sólo fuera un poquito —y al borde del mar siempre hace aire—, el papel se balanceaba y la campanilla plateada tintineaba agradablemente. El viejo monje se sentaba en el porche, contemplaba el mar, escuchaba el sonido cristalino de la campanilla plateada y sonreía de felicidad.

En la misma ciudad vivía también un boticario. Desde hacía mucho tiempo le perseguía la mala suerte; en nada de lo que emprendía tenía éxito, y estaba tan triste que ya no sabía qué hacer. En su desdicha, un día se puso en marcha para visitar al viejo monje y pedirle consejo. Cuando vio al monje sentado en el porche, lleno de satisfacción, y oyó el dulce sonido de la campanilla plateada, se dio cuenta de pronto de que él también estaría más alegre si pudiera estar sentado en su porche y escuchar la campanilla. Reflexionó un buen rato y luego pidió al monje que le prestara la campanilla aunque sólo fuera por un día.

—¿Por qué no iba a prestártela? —dijo el monje amablemente—. Pero no olvides devolvérmela mañana por la mañana, porque sin la campanilla estoy muy triste.

El boticario dio las gracias respetuosamente al monje y le prometió devolverle la campanilla, sin falta, al día siguiente. Luego volvió a su casa y colgó la campanilla sobre su porche. La campanilla se puso a tintinear y el corazón del boticario se volvió ligero, ligero, y el mundo le pareció de repente tan bello que empezó a bailar.

Al día siguiente, el monje se puso de muy mal humor desde el amanecer. No paraba de salir al camino que había delante del templo para ver si llegaba el boticario. Pero éste no venía. Así pasó una hora, luego otra, y como a mediodía el boticario seguía sin aparecer con la campanilla, el monje llamó a su discípulo y le ordenó:

—Corre a toda velocidad a casa del boticario. Ayer me pidió prestada mi campanilla plateada y tenía que devolvérmela esta mañana. Ve, recuérdaselo y dile que espero con impaciencia.

El discípulo corrió a casa del boticario, pero apenas llegó a su jardín, se detuvo,

asombrado. Oyó el alegre tintineo de la campanilla y vio al boticario bailando en el jardín; las mangas y los faldones de su quimono flotaban al ritmo de la danza. El muchacho no sabía cómo dirigirse al boticario; y, de pronto, él también se puso tan alegre que empezó a bailar.

Pasó una hora, luego otra: el boticario todavía no había venido y el discípulo tampoco regresaba. El anciano monje movió la cabeza contrariado y, como cada vez estaba más triste, llamó a su segundo discípulo y le ordenó:

—Corre lo más deprisa que puedas a casa del boticario y dile que me devuelva mi campanilla plateada. Y si, por el camino, encuentras a mi primer discípulo, dile que debería darle vergüenza desobedecer a su maestro.

El segundo discípulo corrió tan deprisa como sus piernas se lo permitieron. Al entrar en el jardín del boticario, oyó un alegre tintineo y vio, lleno de asombro, al boticario y al primer discípulo bailando en el jardín. Y antes de que pudiera decidir si regañaría al muchacho por su olvido o recordaría al boticario que devolviera la campanilla, empezó él también a girar al ritmo de la danza y se olvidó del mundo.

Otra hora había pasado, luego otra más. El sol se ponía en el horizonte. Pero ni el boticario ni ninguno de los dos discípulos aparecían. El anciano monje no podía explicarse lo que ocurría. De repente, se puso más triste de lo que había estado jamás. Por fin, como ya no podía más, se calzó las sandalias y se dirigió personalmente a casa del boticario.

Mucho antes de entraren el jardín, oyó el dulce tintineo de su amada campanilla y unas risas alegres. Al entrar, vio al boticario y a sus dos discípulos cogidos de la mano. Bailaban hacia la izquierda, luego hacia la derecha, y una plácida sonrisa iluminaba sus caras.

El monje movió la cabeza y no sabía cómo explicarse el fenómeno. Pero aquello no duró mucho. De pronto, su tristeza se desvaneció, sus pies empezaron a moverse solos, el monje sonrió al boticario, estrechó sus dos manos a cada uno de sus discípulos y siguieron bailando los cuatro.

¿Y qué pasó después? Bueno, si quisiéramos saberlo habría que enviar a alguien al jardín del boticario. Pero no es seguro que volviera. Porque cuando oyera el sonido alegre de la campanilla y viera a las cuatro personas bailaren el jardín, lo olvidaría todo y se uniría a ellos. Entonces tendríamos que enviar a un segundo, a un tercero, a un cuarto…

Por fin, no nos quedaría más remedio que ir nosotros mismos, y nos pondríamos a bailar también. Y eso no es posible; no es posible que todos los hombres se pongan a bailar. Así que no enviamos a nadie a casa del boticario y ahora vamos, tranquilamente, a acostarnos.



# Los nueve monjes

HABÍA una vez un joven señor, de nombre Kakiemón, que era oriundo de Osaka; pero cuando su familia se arruinó y se quedó solo, decidió probar suerte en la capital, Edo. Era un joven enérgico, y apenas concebía una idea, la realizaba. Al día siguiente, pues, se puso en marcha hacia Edo.

Al llegar allí, paseó durante varios días por el mercado y los barrios de la ciudad, hasta que encontró un buen empleo en casa de un rico comerciante. Como era hábil en el cálculo y sabía echar rápidamente a los ladrones, siendo al mismo tiempo muy amable con los clientes, en seguida adquirió una buena reputación ante el comerciante. La suerte parecía sonreírle de nuevo.

Un día tuvo que ir a casa de su amo para un asunto urgente. En el jardín vio a una joven increíblemente bella que paseaba entre los árboles floridos y cuya hermosura hacía que las flores palidecieran.

Kakiemón se enamoró perdidamente de la bella desconocida, pero, con gran pesar, descubrió que se trataba de la única hija de su amo, el rico comerciante. Y este jamás daría su hija a un pobre diablo como él. Kakiemón se consumía en la tristeza; evitaba los placeres de la ciudad y los amigos le invitaban en vano a divertirse con ellos después del trabajo. En cambio, aprovechaba cualquier ocasión para ir a casa de su amo. Con frecuencia, corría allí varias veces al día para comunicar noticias que hubieran podido esperar perfectamente. Y cada vez aguardaba en la puerta, deseando ardientemente que pasara la bella Orana.

Pronto la doncella se fijó en el guapo muchacho y le gustó. En seguida los jóvenes intercambiaron cartas en secreto y pensaron en la forma de convencer al severo padre. Por fin, Kakiemón tomó la decisión de visitar al padre de Orana para

pedirle la mano de su hija.

Pero ¡cómo se le había ocurrido! El comerciante se puso fuera de sí por su impertinencia e increpó al muchacho:

—Estás loco: ¿un golfo como tú que no sabe de qué vivirá la semana que viene pretende casarse con mi hija? ¿Acaso no sabes que es uno de los partidos más ricos de la capital? ¡Apártate de mi vista; no quiero volver a verte!

Kakiemón se quedó tan abatido que no se atrevió a responder a aquel torrente de palabras.

Cuando la furia del comerciante se hubo aplacado un poco, dijo con más calma:

—Pero, para que veas que sé apreciar a un buen empleado, quiero olvidar tus atrevidas palabras; puedes seguir a mi servicio, pero ahora desaparece de mi vista.

Y echó a Kakiemón.

Cuando Orana se enteró de la severa decisión, se puso a lamentarse y a llorar, y no podía tranquilizarse. Sobre todo, porque su padre le prohibía ver a Ka-kiemón y mandó que la vigilaran dos doncellas. En cuanto a Kakiemón, lo envió a través del país con distintas misiones, de modo que los jóvenes ni siquiera podían intercambiar una tímida sonrisa. Kakiemón se esmeraba en el trabajo y guardaba cada moneda de cobre que ganaba. Pero, evidentemente, actuando de aquel modo, jamás podría llegar a ser tan rico que fuera un yerno adecuado para el comerciante.

Era tal la tristeza de Orana, que cayó gravemente enferma. Ningún médico podía ayudarla. De día en día estaba cada vez más pálida y más delgada, y no quería hablar más que de su Kakiemón. El rico comerciante mandó traer a los mejores médicos, que se limitaban a encogerse de hombros:

—No podemos hacer nada. No es una enfermedad del cuerpo, sino del corazón; y si la muchacha no quiere curarse, la enfermedad no hará sino empeorar.

Por fin, el comerciante tuvo que hacer poco a poco concesiones. No tenía más que una alternativa: o perder a su hija o aceptar a Kakiemón como yerno. Mandó llamar a Kakiemón y le dijo:

—Sabes perfectamente que no deseo que te conviertas en mi yerno. Pero mi hija está gravemente enferma y sólo la boda contigo puede curarla. Pero tienes que saber que por nada del mundo tendrás mi dinero. Debes recibir a mi hija como corresponde a una muchacha de casa buena y rica. Si no eres capaz, entonces… —y suspiró profundamente.

Kakiemón reflexionó sobre lo que debía hacer, porque él también temía por la vida de Orana. Por fin se le ocurrió una idea. Pidió unos días de permiso sin decir adonde tenía intención de dirigirse. Su amo aceptó, pero dijo con gesto receloso:

—Veremos si eres capaz de hacer otra cosa que suspirar de tristeza.

Kakiemón se dirigió a toda prisa a Osaka. Recordó que en las afueras de su ciudad natal se encontraba un palacio principesco abandonado. Se hallaba deshabitado desde hacía muchos años porque estaba encantado. Kakiemón no tenía miedo a los fantasmas; y aunque hubiera tenido miedo, la esperanza de poder hacer

de Orana su esposa hubiera ahuyentado sus temores. AI llegar a Osaka, pidió una audiencia al príncipe.

—Su alteza, os prometo desterrar los fantasmas de vuestro palacio si me lo prestáis durante algunos días.

—¿Para qué necesitas el palacio? —preguntó, sorprendido, el príncipe.

Kakiemón explicó al príncipe que necesitaba el palacio exclusivamente para su boda y le contó las condiciones que el rico comerciante de Edo le había puesto. La tenacidad del joven gustó al príncipe y prometió alquilarle el palacio por algún tiempo.

—¡Pero que la boda no haga que olvides los fantasmas! —añadió riendo.

Kakiemón volvió a Edo y se dirigió rápidamente a ver al rico comerciante.

—Si recibo en un palacio principesco a su hija, que, aunque pertenece a una casa rica, es solamente una burguesa, ¿estará contento?

—¿En un palacio principesco? ¿Cómo pretendes conseguir un palacio principesco? —exclamó, sorprendido, el comerciante.

—Eso es asunto mío; lo único que me importa es haber cumplido su condición. Envíeme el cortejo nupcial al palacio principesco de Osaka. Allí esperaré a su hija.



«Este muchacho se abrirá camino», se dijo el comerciante. «No es tonto y tampoco le falta valor». Y ya no tuvo nada que objetar a la boda.

Cuando Orana supo que, a pesar de todo, iba a convertirse en la esposa de Kakiemón, sus mejillas recobraron el color, y dos días más tarde corría alegremente por la casa.

Los esponsales se festejaron con el mayor esplendor, primero en Edo, y luego el cortejo nupcial se dirigió a Osaka. Cuando también allí las fiestas hubieron terminado, Kakiemón y Orana se quedaron solos en el viejo palacio abandonado, cuyas vigas estaban podridas, y en el jardín, en el que la hierba crecía a la altura de un hombre.

Ahora vivían en un palacio; pero también tenían que comer; así que Kakiemón se puso a vender pescado. Si quería ganar suficiente dinero, tenía que salir antes de medianoche pues, Orana se quedaba sola en el palacio. Pero, del mismo modo que a Kakiemón no le importaba el largo y difícil trayecto que tenía que recorrer con la cesta a la espalda, Orana no tenía miedo en el palacio. Los dos eran felices porque al fin la suerte había querido unirles.

Kakiemón y Orana vivían ya desde hacía cierto tiempo en el palacio y nada había pasado. Kakiemón tenía que preocuparse tanto por procurarse y vender el pescado fresco, que olvidaba totalmente que en realidad el palacio estaba encantado. Orana tampoco pensaba en los fantasmas, y, de hecho, no se asustó especialmente cuando, una noche —Kakiemón acababa de salir—, tres monjes con largos trajes negros aparecieron de repente ante ella. Cada uno llevaba en la mano un pequeño cirio negro que despedía una brillante claridad. Sin hacer ruido, habían penetrado en el palacio a través de las paredes y, al llegar ante Orana, empezaron a danzar con pasos lentos y rígidos. Danzaron hasta el amanecer alrededor del lecho de Orana. Luego, uno tras otro, se acercaron a la estera en la que se encontraba Orana, poniendo el dedo en la boca y amenazándola en silencio. Durante toda la noche, ni una sola palabra fue pronunciada.

Orana había asistido, muda y valiente, a la danza de los monjes. Cuando éstos desaparecieron, lanzó un suspiro de alivio. «Sin duda son los fantasmas de los que Kakiemón me habló antes de la boda. Probablemente no quieren que hable de los acontecimientos de esta noche; y por qué iba a hacerlo, Kakiemón no haría sino preocuparse y no querría volver a dejarme sola en el palacio. Y, además, debe ir al mercado si queremos tener para vivir».

Cuando Kakiemón regresó, Orana le saludó alegremente, le dio de comer y charló con él hasta el momento en que tuvo que volver al mercado. No mencionó una palabra sobre lo que había pasado durante la noche. Cuando Kakiemón se hubo marchado, esperó con impaciencia para ver si los monjes volvían. No cerró los ojos en el resto de la noche, pero esa vez todo permaneció en calma.

La tercera noche, Orana vio luces a lo lejos que se acercaban lentamente y penetraban en el palacio a través de las paredes. «Seguramente son los monjes», se

dijo Orana, y, para su propio asombro, sintió alivio. Porque esperar en vano durante una noche entera habría sido mucho peor.

Los monjes se acercaron silenciosamente, vestidos esta vez con largos hábitos blancos y llevando cada uno un grueso cirio blanco en la mano. Mudos, empezaron a danzar, con movimientos rígidos, alrededor de Orana. Sólo las llamas de los cirios oscilaban y proyectaban sombras agitadas. Al alba, los monjes se acercaron de nuevo uno tras otro a Orana y se pusieron el dedo en la boca, amenazándola. Luego desaparecieron sin que Orana pudiera decir adonde.

Después de tres noches de insomnio, la joven estaba tan cansada que se durmió inmediatamente. La despertó la risa de Kakiemón.

—¿Ya es mediodía y sigues durmiendo? ¿Qué ha pasado esta noche?

Asustada, Orana se levantó rápidamente y preparó la comida.

—¡Menuda mujer tengo! ¡Se dedica a dormir mientras su pobre Kakiemón sufre bajo el peso de la cesta de pescado!

La cuarta noche todo permaneció en calma. Como después de medianoche los monjes no habían aparecido, Orana se acostó tranquilamente y durmió hasta la mañana siguiente. La quinta noche, de nuevo tres luces aparecieron y atravesaron las paredes. Ante la proximidad de las luces Orana reconoció a tres monjes amarillos. Los capuchones les ocultaban la mitad de la cara, y en la mano llevaba cada uno un largo cirio amarillo de deslumbrante luz. Los monjes amarillos también danzaron durante toda la noche alrededor del lecho de Orana, y por la mañana se pusieron el dedo en la boca amenazándola.

Orana se preguntó con curiosidad quién aparecería la séptima noche. Apenas Kakiemón se hubo ido al mercado, ella vio cómo surgían luces por doquier que se dirigían al palacio. Del sur se acercaban tres monjes negros con pequeños cirios negros; del oeste, tres monjes blancos llevando gruesos cirios blancos, y, por fin, del este, tres monjes amarillos se acercaban con pasos elegantes llevando largos cirios de brillantes llamas. Se acercaban cada vez más, con la mirada lija en Orana. Luego empezaron su lenta danza alrededor del lecho de la joven. Orana se preguntó que ocurriría aquella noche, pues esta vez todos los monjes estaban reunidos.

De repente, los monjes interrumpieron su danza, se detuvieron ante la estera donde Orana estaba sentada y uno de los monjes amarillos dijo en voz baja y sepulcral:

—Eres valiente, Orana. Durante siete días no has dicho nada y no has tenido miedo de estar sola con nosotros. En recompensa, queremos decirte quiénes somos. Escucha: Hace mucho, muchísimo tiempo, una guerra cruel asoló el país; en esa época, el antepasado del actual príncipe escondió sus tesoros secretamente en este palacio. Pero cayó en la batalla, llevándose el secreto a la tumba. Desde hace siglos estamos escondidos aquí, sin poder ser útiles a los hombres y sin regocijarnos de nuestro poder. Nos gustaría volver entre los hombres, pero no podemos hacerlo con nuestras propias fuerzas. Alguien debe desenterrarnos. Pero, hasta ahora, todos

aquellos a los que nos hemos aparecido han emprendido la huida. Nadie ha sido tan valiente como tú.

Cuando el relato hubo terminado, los monjes negros se acercaron a Orana, la condujeron al jardín, le señalaron un viejo cerezo y desaparecieron. Luego, los monjes blancos señalaron el umbral del palacio y también desaparecieron. Los tres últimos monjes, los monjes amarillos, condujeron a Orana a un sótano abovedado y allí se desvanecieron.

Después de aquella terrible noche, Orana se acostó y durmió con los puños cerrados hasta el regreso de Kakiemón. Éste la hizo rabiar diciendo que empezaba a acostumbrarse a dormir hasta mediodía. Pero entonces Orana le contó cuanto había pasado en el palacio a lo largo de las siete últimas noches. Luego, se dirigieron los dos a ver al príncipe para revelarle quienes eran los fantasmas que embrujaban su palacio.

El príncipe mandó escavar en los lugares indicados por los monjes y encontró tesoros insospechados: en el jardín, bajo el árbol, cántaros llenos de monedas de cobre; bajo el umbral, sacos llenos de plata, y en el sótano, cofres llenos de oro.

Dichoso de encontrarse en posesión de tesoros que había ignorado, el príncipe recompensó enormemente a Kakiemón y a la valiente Orana. Desde entonces, el rico comerciante dejó de avergonzarse de su yerno; al contrario, era feliz por haberle dado a su hija por mujer. Con frecuencia, Orana imitaba la rígida danza de los monjes para Kakiemón y los dos reían, dichosos.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).

# Notas

[1] Tumor superficial, indolente, generalmente enquistado, que forma debajo de la piel en algunas partes del cuerpo. <<